



**Rosa
Liksom**
**La mujer
del Coronel**

Alianza Lit

Rosa Liksom

La mujer del Coronel

Traducción del finés tornedaliano de Luisa Gutiérrez Ruiz

Alianza editorial

Los troncos de una cabaña de pesca construida en la ribera de un gran humedal de terraplenes pantanosos crujen y el bote de madera recostado boca abajo contra el paramento de la caseta lanza un grito, y si se gira la vista hacia el pequeño pueblo, se ve que sus casas están oscuras, sus habitantes han ido a dormir. Una cortina oscila y se vislumbra una tenue luz. Alguien se da media vuelta debajo de un edredón floreado, alguien se rasca la pantorrilla sumido en un sueño profundo, la boca de alguien se ha quedado abierta y su baba resbala sobre un almohadón blanco, alguien se despierta sobresaltado de un sueño ligero y vuelve a dormirse, alguien ronca de forma intermitente, alguien se sienta al borde de la cama, enciende un cigarrillo a medias y después de fumarlo se sienta un momento, con los ojos cerrados, en un orinal esmaltado que luego desliza bajo la cama de muelles, se desploma sobre el colchón de paja y retorna con un suspiro a su placentero sueño.

Solo en una ventana, en la de la casa más distante, palpita una luz modesta. Es la casa de la Coronela. Vista desde el lago, parece una combinación de chalé alpino y cabaña sin chimenea. Tiene dos plantas y los viejos troncos de sus paredes ya están anegados.

En la profunda negrura de la madrugada, la helada penetra en la estancia por los huecos de los tablones y las grietas del suelo. La Coronela introduce las manos bajo la chaqueta de reno y se aprieta el cinturón del antiguo albornoz desgastado del Coronel, mira sus altos calcetines de pelo de camello y los botines de piel de reno que en las frías horas nocturnas mantienen sus pies calientes y se tambalea hacia la chimenea.

Dispone sobre la rejilla los leños de abedul que ha traído Tuomas.

El fuego prende a la sexta cerilla. El bramido de la madera de abedul ardiendo sube por la chimenea y se condensa en forma de losa blanca en el cielo invernal.

¹ *Lo bueno de la vida pasada es que jamás regresa.*

¹ . A partir de aquí, el texto está en un dialecto del finés que se habla en el valle del río Torne. [*N. de la T.*]

No obstante, jamás desaparece nada.

Me había inscrito en el campamento de verano de la organización femenina Lotta Svärd. Tomé el autocar hacia Kittilä y luego me interné con mis bártulos en el bosque; caminé hacia una landa entre un lago y el remanso encharcado de un río. Allí estaban ya las otras niñas y mujeres, ocupadas montando las tiendas, y me uní a ellas. Al sur del campamento había una laguna que el musgo invadía a gran velocidad y al norte, un hermoso lago virgen de aguas plácidas y límpidas cuya orilla vecina bordeaba una playa de arena. Vagar por el bosque era para mí bastante natural. Papá había quedado fascinado por el ideal escultista en Alemania, a su regreso introdujo la práctica en la ciudad de Rovaniemi y me incorporó a las exploradoras a mis siete primaveras. En las lobeznas aprendí que una persona de bien es digna de confianza, servicial, educada, obediente, responsable, trabajadora, valiente y patriota.

Bajo esos hermosos principios nos peleábamos, nos atormentábamos unas a otras, acosábamos a las más pequeñas y aprendíamos a vivir. Yo era una exploradora entusiasta y tuve la oportunidad de pasar varios veranos de campamento en Alemania, al mismo tiempo que aprendía el idioma. *Juuden raus!* Qué hermoso sonaba entonces en mis oídos y qué mal suena hoy. Mis hermanas y yo éramos pequeñas *lotta* diez años antes de que se fundara oficialmente la sección juvenil de esta organización. Nuestra familia era un pilar de la guardia blanca y un ejemplo para todos los finlandeses.

Con las pequeñas *lotta* aprendí a poner la mesa y a tejer tapetes de ganchillo. Después de la Guerra de Liberación, así llamábamos a la guerra civil, recogíamos trozos de huesos para fabricar jabón y raíces de dientes de león para hacer café. Yo reuní también tantas piñas que recibí una insignia en forma de estrella en la pechera de mi pequeño uniforme. He conservado todos los trajes, aunque tras el armisticio se dio la orden de destruirlos. No los hice desaparecer, los deposité en el fondo del arcón del ajuar que ahora está allí, en un rincón de la habitación.

La general de nuestro campamento en Kittilä era la deana. Era atenta, despierta, meticulosa y precisa, siempre defendía la vida ante la muerte y, en ese sentido, era pacifista. Nos enseñó cómo preparar un buen café, cómo alimentar a un millar de hombres a la vez, cómo tratar a los heridos, cómo recaudar fondos para la Guardia Blanca. Aprendí que una mujer ha de ser obediente y trabajadora hasta el sacrificio, y prepararse cuidadosamente para su futuro papel de madre de soldados. Que de la naturaleza masculina es intrínseca una cantidad adecuada de tiranía y que el hombre ha de ser moralmente superior a la mujer. Y que el amor es una lucha que para él comienza con el odio y acaba en la victoria moral, y una mujer ha de aprender a aceptar y a amar a pesar de todo a su marido con un afecto inocente y puro.

Un día, en el campamento nos dejaron un rato de libertad. Cada una podía hacer lo que deseara. Una leía la Biblia, otra entonaba himnos, otras jugaban al corre que te pillo. Yo me fui al pantano de turba más próximo para comprobar si los camemoros ya estaban en flor y cómo sería la cosecha. Me introduje entre los alisos y al momento sentí que el suelo seco bajo mis pies empezaba a hundirse y el mundo se sacudía como si me hubiese sentado en una mecedora. Ante mis ojos se abría una llanura pantanosa de gran belleza. Yo retozaba cual reno brincando de una balsa de musgo de turbera a otra y chillaba como una posesa. Mis saltos removían el agua del pantano y de las profundidades de la tierra ascendían tales olores y emanaciones que tuve que agarrarme a la rama de un deformado pino para no desmayarme. Se arremolinaban en mi cabeza los distintos colores, veía luces y sombras, toda clase de reflejos. Los pinos de troncos marrones susurraban, los abetos de líquenes colgantes bramaban, las rocas resonaban y una bandada de grullas lanzaba gritos en la bóveda celeste. Me sentía febril, mi cabeza se había separado del cuello y reía a carcajadas. Continué avanzando, vadeando descalza el agua y en mis sensibles dedos de los pies notaba las cosquillas del aliento de

los hielos eternos del pantano. Pronto estuve empapada hasta la cintura y sumergida en los sedimentos, plantas palustres y cieno. En mi cabello quedaron atrapados toda clase de juncias y de fósiles, pero nada me detenía, y olvidé la floración de los camemoros; me sentía tan libre y tan plena e infinita que dentro de mí fluía la savia y pensé que si ahora me venía la muerte, la recibiría con los brazos abiertos. Yo era fuerza sobrenatural y éxtasis del principio al fin. Zumbaban los escarabajos, coleópteros, mosquitos, simúlidos y algún tábano, las ranas croaban invitaciones y las grullas chillaban como si les hubiesen disparado en el estómago. Cerré los ojos y me dejé llevar por los sentidos. Mi olfato me conducía al sur, mi tacto hacia el oeste, y cuando al caer la tarde me detuve exhausta y abrí los ojos, ya no sabía dónde me encontraba. No me inquieté, solo me miré los pies embarrados. Estaban cubiertos de arañazos encarnados, sanguinolentos, rasgados por los afilados bordes de las hojas de las plantas lacustres y picados por las criaturas. Todo mi cuerpo estaba enfangado, negro como un viejo pino quemado en un incendio. Me toqué entre las piernas, me ardía, y mi mano rozó una especie de tripa viscosa que colgaba. Me levanté la falda y me di cuenta de que era una sanguijuela, que me chupaba sangre en el borde de la vagina. Debía de haber estado succionando durante mucho tiempo, grande y hermosa como era. La separé con cuidado y la arrojé al brezal. Estaba completamente rendida, me acosté sobre una balsa de turba y entonces tuve una visión fugaz del mundo tal y como podría ser algún día. Ese mundo sería al mismo tiempo hombre y mujer, juego y amor, ternura y placer, todos serían buenos unos con otros, todos serían aceptados como son, no habría maldad ni bondad, ni palabras, solo sensaciones.

Con esa maravillosa imagen me quedé dormida. Estuve flotando en la balsa de turba toda la noche y al despertar la luna menguante había palidecido y me había quedado varada a la orilla de un estanque. El agua estaba negra como el carbón y me asomé a su profundidad sin fondo y en su superficie brillante vi las luces y sombras de una nube y a mí misma. Vi el rostro sereno de una mujer joven, hermosa, y un mástil plantado del revés. Ondeaba en él el estandarte de Lotta Svärd. Me giré y reconocí nuestro campamento un poco más lejos, en la orilla. Allí dormían todas un sueño cálido. Me deslicé hasta la fogata, coloqué unos leños entrecruzados, encendí el fuego con una corteza de abedul y preparé un buen puchero de café. Cuando el resto despertaron, estaban encantadas de poder sentarse enseguida alrededor de un café caliente.

Al concluir el campamento, desbordaba de un irrefrenable entusiasmo. Estaba completamente convencida de la filosofía de las *lotta* y de la actividad de la guardia blanca. Ambas se basaban en el idealismo alemán y en un sentimiento de superioridad, así como en el odio a los rusos y en la idea de que nuestra misión era unir a todos los pueblos de lengua finlandesa en una Gran Finlandia. La base, sin embargo, era la santa trinidad: hogar, religión, patria. Eso iba bien conmigo. Me fijé la tarea de convertir al mundo entero al credo de la Guardia Blanca. No sabía mantener la boca cerrada, ni siquiera a la mesa. Mamá se veía en un aprieto conmigo y mis palabras, pues en el fondo ella apoyaba al Partido Joven Finlandés, como papá en su juventud. En la ciudad de Kemi se iba a celebrar una asamblea de la organización Lotta Svärd y yo me empeñé en ir. Al principio mamá se negó, pero cuando mi hermana Rebekka prometió cuidar de mí, se ablandó. Imité a Rebekka y me puse el uniforme y sostuve mi primer discurso en el que dije que la patria representaba un valor ante el cual el sacrificio nunca era en vano. La fiesta culminó en un desfile al que asistieron, además de las *lotta*, apuestos y acicalados guardias blancos de uniforme. La belleza y la armonía de la marcha nos infundió voluntad de lucha y nos animó en una futura guerra contra los rusos.

Mi padre, Juho, había nacido en una de las familias campesinas más ricas de Kittilä y también la única de comerciantes. Fue el primer habitante de su pueblo en convertirse en agrónomo. Su padre,

Frans, murió antes de que yo naciera, y mi abuela Elve, la madre de mi padre, era una sami de pura raza. Vivió hasta los ciento uno. No procedía de una miserable comunidad de pescadores, sino de un clan de pastores de renos nómadas y, siendo una niña, subía y bajaba las laderas de los cerros montada en un trineo de renos como una princesa. A mediados del invierno, la abuela Elve rociaba leche de reno al sol, pues este traía luz y calor después de la oscuridad y el frío. El sacerdote de Kittilä la llamaba ramera licenciosa y perra poseída por el demonio porque ella no creía en sus sermones graves y simples. Yo era su niña mimada y me enseñaba secretos del viejo mundo. Ida, mi madre, era natural de Helsinki y procedía de una familia aristócrata de lengua sueca. Hiltrud, mi abuela materna, había sido la prometida secreta del gobernador general Bobrikov, y el padre de mi madre, el abuelo Thomas, era un reconocido empresario que acumuló una fortuna tremenda y luego la perdió. No los recuerdo porque murieron antes de que yo viniera al mundo.

No habría sabido nada sobre el colapso de los mercados mundiales y la depresión económica surgida en Nueva York, pero también a mí me explotó en plena cara cuando la querida casa de nacimiento de mi padre a las afueras de Kittilä acabó bajo el mazo de la ley. El tío Matti había sido su propietario tras la muerte de los abuelos. Se había visto obligado a contraer deudas que garantizaba el granjero más rico del pueblo, Paksuniemi, un antiguo compañero de colegio de papá. Llegado el momento de saldar cuentas, el tío Matti no tenía dinero y al acaudalado dueño se le ocurrió que necesitaba dos habitaciones más para el ala de verano de su casa, y se las llevaba a cambio de la deuda. Por aquel entonces, estaba yo de visita en casa del tío Matti, daba sorbos a una infusión de hojas de frambuesa y escribía el diario y unos poemas, cuando el tal Paksuniemi se presentó en el patio con unos obreros. Antes de mediodía ya habían serrado los cuartos del fondo y por la tarde cargaron los troncos en un carro y se los llevaron. La querida casa de infancia de papá se quedó llorando, violada y deshonorada. El tío Matti explicó que ahora solo tenían dinero los ricos y que los desempleados capaces de trabajar se arrastraban por los caminos, pues el empleo se había marchado a otro sitio y que, además de la pobreza general y la escasez, había habido muchos años seguidos de malas cosechas, otras tantas granjas habían acabado en subasta, las letras de cambio recortaban las pequeñas haciendas y los periódicos se llenaban de anuncios de subastas forzosas.

Entonces una idea muy clara llenó mi cabeza, que también Finlandia necesitaba un guía de voluntad firme que dijera que no y que escuchara la voz de los desfavorecidos y los excluidos del mercado. Los comunistas no eran capaces. No hacía falta más que mirar al tío Matti, que era rojo, y que se limitaba a gemir en lugar de tomar un hacha y defender lo suyo. En ese preciso momento decidí que seguiría con las Lotta Svärd hasta el final y luego iría más allá. Necesitábamos ideas y acciones más firmes, claras y sencillas para levantar Finlandia.

Las habitaciones de la hermosa casa del tío Matti habían desaparecido. Cuando regresó el auge económico y los años de escasez dieron paso a años prósperos, él construyó otras nuevas, mejores que las anteriores y cada una con su gran estufa de chapa. Me gustaba el tío Matti y no me importaba en absoluto que fuera un rojo. Tenía la nariz de papá, pero su carácter era más indolente. Como era una niña revoltosa, una vez me aupó en brazos y me llevó al bosque. Era verano y los mosquitos estaban sedientos de sangre. Me condujo a través de una ciénaga boscosa llena de pozas de agua. No sé adonde me llevaba, pero me abrazaba y yo no albergaba ningún miedo. Me dijo que nunca hay que ir sin compañía a este tipo de tremedal movedizo, en los ojos de las ciénagas se ahogan la gente y los animales, y en los pantanos viven toda clase de plagas de las que cuidarse, como la peste pustulenta, y escarabajos estercoleros que inyectan a las personas sangre mala en sus venas, y parásitos de la tuberculosis; allí se esconden ladrones y asesinos que han perdido toda esperanza y está repleto de niños asesinados y fetos abortados. Me eché a llorar. Mi tío me calmó, no pasa nada, pero recuerda

siempre lo que digo.

Lo recordé y después de eso, cuando llegaba en bicicleta a una de esas turberas que en Laponia se encuentran detrás de cada curva, pedaleaba a gran velocidad y pasaba de largo. Ya mayor, cuando veía una, me detenía en el margen y la observaba fijamente, pues quería superar el miedo.

De ese modo fui venciendo el pavor y empecé a amar las turberas y ciénagas boreales, las cruzadas por canales, las cubiertas de musgo de turbera o las salpicadas de pinos caídos.

Nací en un tiempo de odio.

Me hice mujer en un tiempo de odio y venganza .

El día que papá exhaló su último suspiro, el Coronel nos había hecho una visita. Detrás de la puerta escuché su charla en secreto. El Coronel dijo que cuando Hindenburg estirara la pata, el poder pasaría sin un solo tiro a Hitler, pues tenía el respaldo del capital, y les devolvería a los alemanes el trabajo, la prosperidad y el orgullo y conquistaría el mundo entero. Y padre, que nosotros somos amigos de Alemania y aprovecharemos para liberar del yugo ruso a los pueblos hermanos, y todas las tierras del Kalevala que cobraron fama gracias a Elias Lönnrot podrán integrarse en la Gran Finlandia, hasta los Urales. Y el Coronel, que ningún finlandés quiere que el mundo nos considere el Estado báltico más septentrional. Papá, que desde luego que no, que pronto comenzará una guerra, nosotros tenemos la mina de níquel de Petsamo y por eso no hay de qué preocuparse.

Ya de niña sentía que papá y el Coronel compartían un vínculo especial. A mi madre se le escapó una vez que, estando en el campo de entrenamiento del batallón de *jägers* finlandés en Alemania, aquel había salvado a papá, quien tras una cadena de circunstancias desafortunadas había estado a punto de ahorcarse.

El Coronel regresó a su casa al caer la tarde y papá me invitó a que lo acompañara a la sauna, pues era su hija predilecta. Arrojamus agua por turnos sobre las piedras calientes, le azoté la espalda con el haz de ramas de abedul y dimos sorbos a la cerveza casera en el vestuario. Me contó que mamá y él habían ido de viaje de novios a Copenhague. En aquella época era algo inaudito en nuestro pueblo que los recién casados pasaran la luna de miel en el extranjero. Para la antigua familia aristocrática de mamá era, sin embargo, algo imprescindible. Los abuelos de Helsinki estaban a favor, los abuelos de Kittilä en contra, pues al parecer eran muy religiosos, casi laestadianos ortodoxos. Los recién casados se habían alojado en una pensión en el centro de Copenhague y vivían como reyes. No tardaron mucho en quedarse sin dinero. Papá llamó primero a su hermana de Rovaniemi para que le enviara dinero y esta dijo que no le iba a enviar ni un penique y que consideraba a papá un bohemio, pues era agrónomo y rector de la escuela lechera y se había casado con una de sus estudiantes. A continuación, papá llamó al único teléfono de Kittilä, que era el de su casa, y por suerte respondió el tío Matti, que le hizo un giro de inmediato, pero el correo era lento. El dueño de la pensión había exigido el pago y no había entendido cuando papá le explicó en latín que *pecunia venit*. El tipo había llamado a la policía y a papá lo habían encarcelado por deudas. Mamá se encontraba mientras tanto en la panadería comprando panecillos y, cuando regresó, papá no estaba. Angustiada, había preguntado al dueño de la pensión en un sueco claro dónde había ido su joven esposo y aquel le había espetado algo en danés, pero ella no lo había entendido. Se había pasado una semana llorando en su habitación sin más comida que panecillos y más bebida que champán. Pensaba que papá había conocido a otra mujer y se había marchado, abandonándola. Una tarde oscura, él había reaparecido con un fajo de billetes en la mano y encontró a su desesperada esposa tirada en la cama. Todo se había arreglado. Cuando se dieron cuenta de que mamá estaba esperando a su primer hijo, a mi hermana Rebekka, compraron como recuerdo del viaje un gran carrito de bebé de estilo victoriano. En ese mismo cochecito también me tumbé yo los primeros meses y desde allí contemplaba el prodigioso espectáculo de la aurora boreal en el firmamento invernal de Laponia y el cielo blanquiazul en los calurosos días del verano. Me sentía plena y completa.

Al acabar aquella historia, papá y yo entramos una última vez a la sauna y luego cruzamos el patio de vuelta a nuestra vivienda de maestro. En mitad del patio de la escuela, papá se derrumbó ante mis ojos. Estaba tirado en la tierra con los ojos en blanco, me apretaba la mano con sus últimas fuerzas. Eres mi ángel oscuro, dijo. Entonces de su boca se escurrió un diminuto chorro de sangre que continuó su camino hacia la oscura tierra. Aquello fue para mí tan horrible que aún no he podido

superarlo. Durante años pensé que su muerte había sido obra de la venganza divina por haber escuchado detrás de la puerta la conversación de los dos hombres.

Tras la muerte de papá, el tío Matti habría podido convertirse en su sustituto, pero su lugar lo ocupó el Coronel. Mi tío era demasiado blando y mamá necesitaba un hombre capaz para ese papel. Ella nos educó en el miedo. Antes de dejar hablar al cinturón, siempre decía, quien en golpes ahorra es que a sus hijos odia, y después de la tunda, preguntaba si ya habíamos comprendido el dolor. Había que responder que sí. Y era cierto, todo estaba grabado en nuestra memoria y en nuestros cuerpos sufrientes. Nos pegaba tan fuerte que teníamos las nalgas ensangrentadas y por eso estábamos eternamente inquietas. A veces me encontraba tan ansiosa que mordisqueaba las cuentas del collar, el dobladillo de la falda o la lana de los guantes. Una vez, Rebekka me dijo, anda, pon el dedo meñique del pie encima de ese tajo, que te voy a hacer cosquillas con el hacha. Hice lo que me ordenaba mi hermana mayor y al instante el dedo salió disparado contra la pared de la leñera. Primero mamá nos dio una paliza a las dos, luego me vendaron el pie. Había perdido tanta sangre que me entraron fiebres y pasé en cama un par de semanas debatiéndome entre la vida y la muerte. Cuando me recuperé, mamá dijo que lo que no te mata te hace más fuerte. Ella era pequeña, flaca y frágil. A los diez años, yo era más grande y fuerte que ella, aún así había de someterme a sus métodos educativos. Haré de vosotras unas niñas honestas y virtuosas, en la naturaleza de una muchacha y de una mujer ha de reflejarse el espíritu de Dios, insistía. Mamá era una persona profundamente creyente y de alguna manera siempre estaba enojada, continuamente temía por nosotras y eso en los adultos siempre hace brotar el enfado. Su frase favorita era que todo lo que no es esencial es impío. Por supuesto, eso no se aplicaba a sí misma, sino a nosotras, que jamás podíamos hacer algo que no fuera apropiado a sus ojos. Si lo hacíamos, el señor palo nos castigaba. Contaba yo con algo más de cuatro años, era verano y estaba tumbada en el tejado de la bodega del tío Matti tomando el sol, en Kittilä. Me quité las bragas y empecé a hurgarme la vagina. Madre pasaba por allí y me vio. Me gritó que lo que estaba haciendo era feo y que si volvía a hacerlo Dios me castigaría y me volvería ciega. Por supuesto que me asusté y comencé a llorar. Luego, cuando me hice un poco más mayor, me soltó una charla en tono sentencioso, que todo lo carnal contamina el alma, evita que se desarrolle la inteligencia y te vuelve loca. Después de escapar a su mirada, he tratado de violar todas esas reglas lo más posible.

Papá tuvo un hermoso funeral y yo me quedé sola. Mi mundo se vació y desertificó. Comprendí que o moría o empezaba a seguir el camino que papá había trazado.

El verano posterior al entierro, los camisas negras del movimiento Lapua organizaron una gran manifestación en Oulu. Le dije a mamá que aquello concordaba con el pensamiento de papá, a lo que ella replicó, no mezcles a tu padre en eso, no te dejaré ir. Y yo seguí machacando, que Rebekka también iba a ir. Y mi madre se mantenía firme, que no os dejo ir, con lo inconscientes que sois vosotras, a dar voces con esos fascistas, todo tiene sus límites, incluso el patriotismo. Rebekka se quedó en casa, pero yo me escapé.

El tren me dejó de madrugada en la estación de Oulu. Las campanas de la iglesia repicaban, la orquesta tocaba una marcha militar delante de la puerta principal de la estación y por todas partes se percibía el ambiente festivo. El desfile y los discursos estaban previstos a partir del mediodía, delante del ayuntamiento. Miré un rato a mi alrededor y me uní a un pequeño grupo de labradores que se dirigían a la plaza central. Allí me senté en los escalones de un edificio y saqué del bolso mi

almuerzo envuelto en papel de estraza. A mi lado se sentó Ritva Rämmevaara, antigua compañera de escuela. Me contó que era roja y estaba de camino a un campamento de la Liga de las Juventudes Comunistas. Yo, que a pesar de todo tenemos mucho en común, además del pasado, ambas estamos fascinadas por un poder fuerte, anhelamos un cambio y nos embarga una llama rebelde. Que me gusta que la democracia esté agotándose y que la nueva Europa necesita liderazgo fuerte y seguramente estás de acuerdo. Ella asintió. Le ofrecí pan con mantequilla, charlamos de todas las noticias y chismes y luego cada una seguimos nuestro camino. Me dirigí tranquilamente al escenario principal de la fiesta. El sol glacial brillaba por el este y éramos muchos. A mediodía en punto aparecieron dos grandes automóviles negros y se detuvieron detrás de la tribuna de los oradores. De uno de ellos descendió lenta y dignamente el rey del movimiento Lapua, Vihtori Kosola. Los presentes lo observamos en silencio subir al escenario. Tenía un poco del corredor Paavo Nurmi y del actor Tauno Palo y una pizca de Mussolini. Del primero, el paso; del segundo, los ojos y su mirada, y del último, los gestos fascistas italianos. Y su discurso penetró en mí como un cuchillo recién afilado. Me sedujeron palabras como «raza», que inmediatamente asocié a la herencia de la sangre y al honor del linaje, «heroísmo», que para mí evocaba el espíritu de las leyendas de santos y la sobria belleza del soldado espartano, y «ascetismo», que significaba que el dinero y la riqueza no brindan felicidad, sino la fe sólida en Dios y en una floreciente patria más extensa. Kosola dijo que el sentimiento nacional de los finlandeses estaba mucho menos desarrollado que el de los alemanes, que son inteligentes y curiosos, y que nuestro deber era alcanzarlos y luego superarlos. Al final de los discursos, estaba tan embrujada por el torbellino del fascismo que todo me parecía posible. Entre Kosola y yo, así como entre él y el resto del público, existía una comunicación directa, como si la línea estuviera todo el tiempo abierta. Compré en un puesto una camisa negra y me la puse sobre el uniforme de *lotta*. Poco a poco, la orquesta comenzó a tocar una marcha, se agrupó el desfile y nos dirigimos a paso ligero a la sede de la guardia blanca o al departamento de bomberos voluntarios, ya no lo sé. Desfilaba llena de entusiasmo y esperanza, la única mujer joven entre campesinos panzudos. Gritábamos que el Báltico será el mar germánico, que queremos un sistema de partido único al modo alemán, porque así resistiremos mejor el bolcheviquismo, que el movimiento sindical ha de ser disuelto y reemplazado por una organización de frente laboral donde empleadores y obreros agachen el lomo juntos en favor de la Finlandia blanca, etcétera.

Un sabio dijo que solo se puede capitular una vez, pero la vida que he vivido me ha demostrado que se puede capitular una y otra vez.

Tras el desfile, nuestro jefe de sección me preguntó si lo acompañaba a la escuela vecina, que me mostraría una foto del mariscal Mannerheim que jamás había visto. Confiada, lo acompañé y, cuando entramos en el edificio, me empujó al almacén de la sala de gimnasia y me tomó por la fuerza.

Me quedé tirada en el suelo del almacén, incapaz de moverme. Tenía la parte inferior de mi cuerpo, del ombligo para abajo, completamente congelada, mis piernas no funcionaban, ni siquiera la lengua. Sentía que me habían hincado un gran clavo oxidado en la cabeza. Hasta la noche no logré mover el dedo meñique lo suficiente como para que se relajara la tensión de mis músculos y, poco a poco, logré salir de allí a gatas.

Regresé a casa completamente devastada y la cólera de mi madre se calmó en cuanto vio mi deplorable estado. Le aterrorizaba que me hubieran contagiado la peste o hubiera pillado una tuberculosis miliar. Caminé errante, pálida y con un espantoso dolor de cabeza y angustiada entre los polvorientos geranios, pequeños objetos de bronce y jarrones ornamentales chinos y solo dije que tenía una gripe tremenda y por eso estaba completamente exhausta. Eso bastó, pero sentía que tenía que salir de casa de inmediato, la violación me había dejado en un estado terrible. Decidí imitar a

Alemania y sorprender a todos: me casaría con el primer hombre que se cruzara en mi camino. Se me ocurrió que mediante el matrimonio podría salir de casa y borrar todo lo viejo, como el Führer hizo en la primavera de 1934.

Era la temporada de patata y fui a la granja Laakkonen a cosechar. Allí conocí a un muchacho que vivía en un pueblo junto a un lago. No era feo ni guapo, no era nada, ni recuerdo su nombre. Lo llamaba Centaureo porque tenía las piernas cortas. Me casé con él y me instalé en su granja. Recibí como dote el gran espejo de marco dorado que papá había comprado en Ingria, el viejo piano de mamá, tan desafinado que en realidad no se podía tocar, pero aún así lo tocaba. La unión duró de otoño a primavera. En realidad, aquel muchacho no tenía nada reprochable excepto que estaba metido en la tierra hasta el cuello. Me creía destinada a algo más grande en la vida, la simple idea de ser labradora me parecía demasiado insignificante. Quería salir de aquel matrimonio que ya había desempeñado su papel.

Solicité el divorcio en la época en la que Alemania abandonaba el Tratado de Paz de Versalles. También yo deseaba recuperar mis instintos naturales. Pero divorciarme no era fácil y solo ayudaría ser paciente. Mi vida se arrastraba hacia el divorcio y al mismo tiempo el Movimiento Lapua y su sucesor, el Movimiento Patriótico Popular, fueron adquiriendo en mi boca un sabor a estiércol. Asistía a las reuniones en la sede de la asociación deportiva del pueblo, escuchaba a los viejos haciendo listas con los nombres de los aldeanos a quienes primero había que dar matarile. Se reían de los judíos de grandes cigarros que pedían asilo en Finlandia, aunque podían permitirse fumar tabaco de lujo. No se lo damos. Los judíos pobres, por el contrario, insistían en pedir asilo por motivos económicos y humanitarios. No se lo damos. A ningún judío. Al campamento con ellos.

La gota que colmó el vaso fue el asunto del periodista Grönroos, un hombre que mantenía la farmacia del pueblo en su casa y escribía artículos sobre los pequeños agricultores y el progreso en la revista *Kotiliesi*. Lo visitaba para echar una parrafada al menos una vez a la semana. A veces charlábamos de libros, a veces de la vida. Decía que en el mundo solo había un problema filosófico realmente grave: el suicidio. Todavía hoy sigo pensando en ello.

Una mañana, cuando Centaureo iba al establo, escuchó extraños gemidos y quejidos en la zona del estercolero. Creía que un cerdo se había extraviado en el muladar, fue a abrir las puertas para que el animal pudiese salir y reparó en un saco de lona que se movía en el montón de estiércol, los ruidos procedían de allí. Entreabrió la boca del saco y vio a Grönroos dentro, vino a casa a buscar ayuda y yo, naturalmente, me apresuré con la botella de gotas de alcanfor. Había sangre por todas partes. ¿Estás vivo?, pregunté. Lo estaba, pero se quedó imposibilitado para el resto de su vida. Con la culata de un hacha, los muchachos del Movimiento Patriótico Popular le habían descuajaringado la mano con la que escribía. Aquel episodio me desbocó tanto que tomé el tren a Lapua para ver a Kosola. El dirigente no estaba en casa, sino en la sede del partido. Allí me planté y me lo encontré haciendo planes para la victoria definitiva de la causa blanca en Finlandia. Yo lo consideraba un hombre sabio y espabilado que acabaría con el trajín que se traían los estúpidos. Primero le dije de quién era hija, porque papá y él se conocían desde la guerra de liberación, luego le conté lo que le había pasado a mi amigo Grönroos. Le juré que no era un comunista, solo un columnista inofensivo con ideas sobre el progreso del campo. Kosola me escuchó con atención y luego dijo, tienes un corazón demasiado blando, debes endurecerte, porque son precisamente esos negros chupatintas los que aran el camino al comunismo. Salí de allí vapuleada y decidida a no participar jamás en las actividades de los fascistas de Finlandia. No quería caminar en las filas de esos idiotas, sino donde florecía la sabiduría y la inteligencia.

Dejé de lado aquel fascismo de mal gusto a la Mussolini y continué hacia delante por un camino

distinto y más limpio. Recordé las palabras de mi padre para quien todo lo bueno procedía de Alemania: la fe luterana, el café Paulig, y, yo misma lo añadí, el nacionalismo del Führer. Aparté la vista de los fascistas finlandeses hechos de materia mediocre y empecé a mirar cada vez más en serio a Alemania. Rebekka vino a la granja de visita a principios del invierno y nos refugiamos en el desván. Allí nos leímos una a la otra en voz alta el *Mein Kampf* del Führer y estábamos entusiasmadas como cabezas locas. A veces Centaureo se acercaba a tocar la puerta, déjame entrar. Yo le gritaba, vete, estamos hablando de las molestias femeninas. Rebekka leyó que el Führer había mandado construir una maravillosa y efectiva red de campos de concentración donde llevarían a las gentes inmundas. Por aquel entonces, los campos formaban parte de la vida cotidiana en todo el mundo. Se había constatado que tanto en el Este como en el Oeste eran un sistema eficiente y funcional. Pensé que el progreso estaba en marcha y que los nazis no construían campos sangrientos y bárbaros como los que tuvimos nosotros en Finlandia durante la Guerra de Liberación e incluso mucho más tarde. Que los alemanes, como gran nación civilizada, entendían, entre otras cosas, de una buena alimentación e higiene. Había visto a un alemán con mis propios ojos por primera vez a principios de junio de 1918, al final de la Guerra de Liberación, cuando las tropas alemanas llegaron a Oulu procedentes de Helsinki, para medir un territorio que consideraban propio. Al fin y al cabo, por aquella época Finlandia era prácticamente una colonia alemana y durante ese verano nuestra familia se encontraba en Oulu a causa del trabajo de papá. Rebekka y yo lo habíamos acompañado a la estación y estábamos de pie, inmóviles a su lado, esperando impacientes a los añorados visitantes. Recuerdo el sombrero de fieltro negro de papá, el olor de su gabardina de verano y el delantal blanco de Rebekka, que yo envidiaba. La banda militar alemana tocaba el tambor y la música marcial resonaba por el translúcido día estival y el dulce bullicio de la gente y el olor a estiércol de caballo se elevaban por encima de los rieles. Los rebosantes vagones arrojaron a cientos de alemanes: oficiales, suboficiales, soldados de infantería y soldados rasos, que desprendían un aroma tan almibarado que me apetecía lamerlos. Unos cargaban a la espalda un saco de harina de trigo, otros un fardo de arroz. Uno de los soldados vino directamente a mí, me tomó en brazos, me abrazó, me besó las mejillas, me susurró secretos alemanes en mi pequeña oreja, acarició mis bucles negros y me subió a hombros. Me enamoré de inmediato de aquel hombre de ojos risueños, porque papá jamás supo mostrarnos ninguna ternura, solo se sentaba arisco detrás de su periódico. En ese mismo tren viajaba también el Coronel, endurecido por los combates de la guerra mundial y del frente sur. Su misión era llevar la disciplina y el orden al norte salvaje y libre. Rebekka contó que el Coronel y el comandante de las tropas alemanas, el teniente general von Tschirschky, habían dejado la estación con nosotros; que habían conversado con papá hasta la plaza del mercado, donde se habían unido al desfile de los alemanes. De eso no guardo memoria. Papá y el Coronel tenían mucho en común: el fútbol en su juventud, los ideales de la Guardia Blanca, el movimiento de los *jäger*, el panfennismo y, al concluir la guerra de liberación, la monarquía. Al principio mi padre se mostró terriblemente decepcionado de que Finlandia no se convirtiera en una monarquía. Él hubiese deseado ver al príncipe de Hesse, Friedrich Karl, en el trono de Finlandia. Este arreglo habría fortalecido aún más nuestros lazos con Alemania, pero el pueblo finlandés se había opuesto. Los partidarios de la democracia nos impusieron sus opiniones con el pretexto de que el frente Occidental se había derrumbado y que Alemania había perdido la Primera Guerra Mundial. Y los finlandeses nunca hemos querido estar en el bando perdedor, aunque sea así como siempre hemos acabado.

Rebekka recordaba que tras el desfile de bienvenida, el cabo primero Herman Suhlmann había instalado una cantina en el borde de la plaza del mercado de Oulu, entre los corrales de gallinas de Sutinen y el puesto del maestro sastre Vickman. Allí vendía todo tipo de golosinas desconocidas en

Laponia y allí corría yo también varias veces al día detrás de mi hermana.

Esa época fue como vivir en el paraíso. Rebekka decía que la ciudad estaba floreciente. Ella iba a bailar todas las tardes a la sala de los bomberos voluntarios y yo de vez en cuando me asomaba por la puerta a echar un vistazo. Recuerdo los cascos colgados en el guardarropa traqueteando al ritmo de la yenka y de la polca.

Y luego vino la partida de los alemanes, que continuaron viaje hacia Viborg vía Kajaani, grabada en mi recuerdo como un terrible trauma. El cielo nos miraba plomizo, llovía a cántaros, las campanas de la iglesia repicaban y en negros vagones de ganado se cargaba todo lo que los alemanes habían traído consigo. Yo estaba parada en la tribuna de honor de la estación, calada hasta los huesos, detrás de papá, mamá y un grupo de notables de Oulu, cuando resonó la marcha del regimiento de Pori e inmediatamente *Deutschland über alles*. Rebekka corría paralela al tren para despedirse de sus queridos soldados y oficiales alemanes, mamá lloraba y el silencio descendió sobre nosotros. En pocos días, el paraíso se había convertido en un callejón sin salida donde las personas vivían con precariedad y sin ninguna alegría.

Allí, en la cama nido de la habitación del ático, Rebekka y yo estudiamos los puntos en común entre los escritos de los pensadores más brillantes del Movimiento Patriótico Popular, como el pastor Simojoki y Martti Pihkala, y los textos de los nacionalsocialistas alemanes. De todo encontramos. Odiábamos la democracia, el liberalismo, a los rusos y a los comunistas, nos preocupábamos por el destino de nuestro querido país en las garras de la depresión económica y soñábamos con un Estado ideal nacionalista donde solo existiera un partido, un líder y un pueblo. Un país sin conflictos, sin crisis ni problemas, donde hubiera disciplina y orden, obediencia y lealtad, donde gobernara un líder fuerte, temeroso de Dios, un Estado fuerte donde el individuo formara parte de un engranaje operativo, donde la característica de un ciudadano fuera una voluntad firme y su ideal, el sentido del sacrificio y abnegación; donde el militarismo, la industria y la agricultura florecieran, donde la raza aria pura, es decir, la raza germana, dominara a las razas inferiores, donde de acuerdo con el pensamiento del darwinismo social reinara el poder del más fuerte y la teoría racial biológica purificadora, la distinción ideológica entre el alma y el espíritu, la psicología de las masas, las concepciones míticas y dualistas de la historia y del mundo, la eliminación de los principios cristianos y religiosos, el desprecio por la feminidad y el culto a los héroes.

Concluimos que el nazismo era nuestro nuevo hogar y que solo teníamos un posible líder, el Führer.

Rebekka regresó a Helsinki y me envió libros que recibió de la novelista Maila Talvio. La había conocido en los círculos de la buena sociedad de la capital y se habían hecho íntimas. La escritora era admiradora del Führer desde 1922 y, como gran amiga de Alemania, mantenía vínculos directos y a distintos niveles. Me suscribí al periódico de Goebbels, *Der Angriff*. Puedo decir con franqueza que entendí de inmediato sobre qué ideas y filosofía se levantaba el Tercer Reich. El Führer había decidido que Alemania produciría todo lo que necesitaba, es decir, que lo mejor era la autarquía. Tenían de todo, excepto níquel, rodamientos y dinero, imprescindible para financiar las futuras guerras. Por nuestra parte, Finlandia tenía en Petsamo la mina de níquel más grande de Europa. El Führer había prohibido los ensayos con animales, hablaba de la dieta vegetariana y de cómo solo un alma sana en un cuerpo sano irradiaba un flujo equilibrado de energías. Todo eso me interesaba. A los judíos y a otras gentes degeneradas no las soportaba. Su eliminación era el precio que pagar por un mundo mejor, más limpio y más hermoso. Desde pequeña había sido hipócrita como mi madrina.

Comprendí que Alemania instauraría un orden nuevo, primero en Europa y luego en todo el mundo, y yo deseaba participar en las labores de construcción. Alemania había dejado atrás a una

República de Weimar sumida en el desempleo, y se lanzaba tan rauda como el pastor Elias Simojoki hacia un mundo nuevo, mejor, más claro y sencillo.

Por fin, el cartero me trajo los papeles de divorcio y le dije a Centaureo, muy cortésmente, *auf wiedersehen*, solicité un puesto como maestra en la escuela de Hirttojärvi, y me contrataron. El profesor del curso superior era Taavi Rintaopas, sacerdote y *jäger*, y siempre enseñaba con el uniforme puesto y las medallas de honor en la pechera. Predicaba a renglón seguido de la cruzada contra los rusos y contra el maligno. Por mi parte, era una maestra bondadosa y trataba a los niños con respeto. Les enseñaba a respetar la naturaleza y a los animales y ellos lo entendían. En su interior asimilaban una igualdad entre el ser humano y la naturaleza que los adultos ya no son capaces de comprender. Les expliqué que si la humanidad desapareciera de la faz de la tierra, no pasarían más de quinientos años y todo estaría cubierto de bosques impenetrables. La gente del pueblo, por supuesto, se sorprendía al verme dando clases de cálculo, por ejemplo, en el repecho del río o a la orilla del lago, pero me sentía mejor al aire libre que en un lugar cerrado, así que casi siempre estaba fuera con los niños. Ellos no se quejaban. Incluso iban a la escuela estando enfermos.

Mi profesión la elegí siguiendo el ejemplo de mi padre. Antes de su muerte, sus hijos éramos sus alumnos y él, según los principios de la época, era un maestro severo. Una vez, en clase de matemáticas respondí mal, me golpeó con la vara del mapa en la oreja y brotó sangre. Como padre, era apacible y comprensivo, a diferencia de mamá, que nos castigaba en sueco solo por diversión. Papá se había entrenado como *jäger* en el mismo periodo que el Coronel. Entre ellos había algo sobre lo que mamá se había formado una idea clara: estaban cortados por el mismo patrón, aunque a papá no le gustaba el Coronel. Cuando a este último lo nombraron comandante de la Guardia de Fronteras, se construyó frente a nuestra casa una fortaleza de madera y papá nos prohibió acercarnos. Tenía yo entonces cuatro años y por supuesto que iba por allí, en cuanto mi padre apartaba la vista. Luego crecí un poco y empecé a tener miedo al Coronel. ¿Fue porque me hacía cosquillas cada vez que me daba golosinas?

En nuestra casa, el Coronel solía sentarse en el sillón y desde allí repartía sus verdades: el presidente Ståhlberg no entiende al pueblo finlandés ni los valores finlandeses, es un presidente de mierda, un títere de los rusos, hay que restaurar la disciplina y el orden, los jóvenes han perdido el sentido moral en los bailes y son gente perezosa y podrida hasta la médula, nada les es sagrado y por eso se han convertido en esclavos del mal, los jóvenes han rechazado lo bueno y han cedido a la tentación, hay que dejar de mimar a los rojos. Si el tío Matti andaba por allí y lo contradecía, el Coronel se ponía a gritar y a proferir amenazas y finalmente sacaba la Parabellum del bolsillo. Los niños pensábamos que siempre tenía razón y lo sabía todo, lo que era cierto. A mí me sonreía con un mohín en la cara, pero a Rebekka la devoraba con la mirada.

En la fiesta de mi decimotercer cumpleaños, dos años después de la muerte de papá, vinieron a casa mi padrino y mi madrina, el tío Matti y el Coronel. Este llevaba el pelo liso con crencha al medio, tenía pestañas largas y ojos estrellados, patillas cortas y una sonrisa de buen humor. El bolsillo superior izquierdo de la chaqueta del uniforme no lucía una tira de condecoraciones multicolores como el resto de los soldados de su rango, el botón del cuello estaba abierto, los pantalones eran anchos y metidos en sus botas de puntas curvadas. Se diferenciaba de otros oficiales y, a pesar de su edad, era atractivo. Me regaló un libro de poemas de Koskenniemi. Ese libro se convirtió en algo muy querido para mí. Me di cuenta de que ya no le temía. A petición de mi madre, leí uno de mis poemas mientras tomábamos el café y noté que el Coronel me miraba de una manera muy distinta. A partir de ese día, me llamó siempre «pequeña poetisa». Su mirada se volvería algo familiar para mí los años siguientes. La forma de posar sus ojos solo en mí y ya no en Rebekka me

desagradaba, pero despertaba en mí un hormigueo. El tío Matti reparó en ello y, cuando nos quedamos a solas, me habló como un padre: Cuídate y mucho de ese Coronel, es cruel y la imagen grotesca de un ser sin escrúpulos, le ha vendido el alma al diablo. Pensé que sus palabras se inspiraban solo en el odio de clase de un comunista envidioso.

Tenía yo nueve años cuando el Coronel se casó con Katri. La familia al completo asistió comandada por papá a la boda. Éramos ocho niñas y un niño. Papá se pasó toda la ceremonia pellizcándose la nariz. Después de la ceremonia, pude vivir con él dos veranos más antes de que falleciera. Luego el Coronel tomó las riendas de nuestra casa, ató a mamá con una soga y a los niños nos envió primero a la escuela secundaria y luego al colegio de formación de maestros en Jyväskylä, excepto a Rebekka. A ella le aterrorizaba tanto el Coronel que huyó a Helsinki, donde fue admitida en el curso de actuación del Teatro Nacional y se convirtió en actriz.

El Coronel y Katri se instalaron en el cuartel general para el comandante de la Guardia de Fronteras, en aquella casona de troncos frente a nuestro hogar. Vivía allí ya una vieja sirvienta originaria de Kauliranta, Hulda Häkki, que había servido como ama de llaves del Coronel desde que este llegó a Laponia. El Coronel nos visitaba a menudo y nosotros íbamos y veníamos a su casa. Katri adoraba a los niños, nos obsequiaba bollos dulces y a veces también bastoncitos de menta que traía de Suecia. Me gustaba Katri. Tenía ojos muy tristes y se le saltaban las lágrimas fácilmente.

Durante la guerra de Laponia, cuando estábamos en Tammisaari, el Coronel me decía que se había casado con ella porque necesitaba compañía y un coño gratis, que sabía tan ácido y agrio que ninguna semilla podía germinar.

El chófer del Coronel, el sargento mayor Alatalo, me habló mucho de él y de Katri. Decía que la había visto numerosas veces con la cara ensangrentada y que los apretones del Coronel solían dejarle los brazos tan azules que casi nunca llevaba un vestido de manga corta. Es cierto que ella lloraba a menudo porque su vientre estaba seco. Un verano, un tal Nyström le regaló al Coronel dos pequeños cachorros de oso. Se habían quedado huérfanos y al otro se le había ocurrido que podían ser dos gemelos para la parienta del Coronel. Katri había encontrado adorables a aquellos dos pequeñines y los cuidaba con auténtica dedicación. Un día de otoño salió a unos recados. Al regresar, no había rastro de los oseznos. Ni del Coronel. Katri se había alarmado y había buscado a los cachorros durante horas hasta encontrarlos en el bosquecillo detrás de la casa. Colgaban de una soga atada a la rama de un pino. Katri se derrumbó y luego tuvo cáncer. El Coronel había tratado de consolarla, que no le había quedado más remedio que sacrificarlos o pronto los hubieran matado a ambos. Pero consuelo no le había brindado y había significado el hundimiento de su matrimonio.

Mamá trató de empujar a Rebekka a los brazos del Coronel durante años, después de la muerte de papá. Solía decir que era un buen hombre, que como militar respetado era capaz de mantener a su familia. No desconfiaba, aunque por el pueblo circulaban rumores sobre las extrañas desapariciones de las prostitutas del Coronel, y sus mujeres y amantes pasaban de ser hembras poderosas y florecientes a almas en pena. A mamá ni siquiera le disuadía el hecho de que Rebekka aborreciera al Coronel. O que él estuviera casado. Durante cinco años, Katri sufrió discretamente su enfermedad en la residencia del comandante de la Guardia de Fronteras. Se va a morir pronto, afirmaba mamá a diario. Pero no. El Coronel acabó enviando a su mujer a Helsinki y allí permaneció en un hospital medio año antes de que la muerte se llevara su cuerpo martirizado. Él la visitaba cuando iba a Helsinki, aunque nunca lo mencionaba. Luego la enterró allí, en la más estricta intimidad, probablemente en el cementerio de Hietaniemi.

Así es mi pasado. Así lo recuerdo .

Llevaba impartiendo clases en Hirttojärvi unas tres semanas cuando alguien llamó a la ventana de mi pequeño alojamiento para maestros en mitad de la noche. Era el Coronel. Lo dejé pasar. Olía a cigarro y a jabón de afeitar, como papá. Nos fuimos directamente a la cama y follamos a la luz del cuarto creciente hasta la madrugada, y desgarramos las costuras de su chaqueta. Cuando me penetró, la fuerza de la gravedad me abandonó. Flotaba en el aire como un pajarillo y me olvidé de mí misma.

El día amaneció gris y aterido detrás del cristal de la ventana. El Coronel pasó la mañana agitado, gemía, respiraba con dificultad. Me folló incluso antes de alcanzar a abrir los ojos. Estaba segura de haberme quedado encinta, pero no. Me dijo que ningún coño de mujer huele tan bien como el mío y me pidió en matrimonio en alemán al tiempo que se secaba la polla en la cortina de flores.

Nos prometimos en secreto en un *lavvu* ² en Koiravuoma. Primero el coronel encendió el fuego para alejar a los mosquitos, luego deslizó en el dedo corazón de mi mano derecha un anillo de zafiro que había traído de Alemania con la inscripción *Ruth 6.6.06*. Yo estaba en el séptimo cielo, a pesar de que a nuestro alrededor flotaba el hedor a carroña de reno. El verano había abotargado sus estómagos y estaban negros de moscas. Apestaban, claro, pero no nos asustaban. Sabíamos que habían muerto a causa de la plaga de renos que les habían contagiado los hatos rusos al otro lado de la frontera.

Pasamos tres noches y tres mañanas en aquel campamento. Dormíamos entrelazados bajo las estrellas, admirábamos las luces del cielo y buscábamos las constelaciones y encontramos la Osa Mayor, las Pléyades y la W de Casiopea. Sentía el viento fresco soplando a mi alrededor. Observaba el hermoso despertar del Coronel, primero bostezaba en la mano, estiraba su cuerpo de hombre mayor ya torpe y anquilosado, luego me atrapaba y me encaramaba sobre su polla lista para descargar. Admiraba su robusta lasitud militar, su disposición a morir en cualquier momento. Después de una broma, sacó su Parabellum y me la puso en la mejilla, agárrala con tu bonita mano y siente su peso, dijo. Luego me ordenó besar el cañón y lo besé, y mientras lo miraba a los ojos me entró la risa. Él me miró, de qué te ríes. Y yo, es que eres tan distinto a los demás. Sacó dos granadas de mano de su mochila y me deslizó una en los pantalones largos, justo contra mi coño, y otra me la apretó contra los labios y me ordenó morder la clavija.

El Coronel sugirió que solo le anunciáramos nuestro compromiso secreto a mi madre, porque una viuda necesita consuelo en su triste vida cotidiana. A mí no me parecía, pero no objeté. Él mismo se puso al volante y fuimos a Rovaniemi, a casa de mamá. Ella no estaba sola, sino tomando café con el tío Matti en el salón. Se puso pálida al vernos aparecer de la mano. El Coronel hizo un gesto con la cabeza señalando la habitación del fondo y ambos entraron. No sé lo que se dijeron, pero al salir las mejillas de mamá estaban sonrosadas y me felicitó calurosamente. Dijo que todo estaba bien y que aquel asunto no saldría de aquellos muros antes de que Katri estuviera muerta y enterrada.

El tío Matti nos miró con mal gesto, pero no abrió la boca. Más tarde, con el Coronel al otro lado de la calle ocupándose de las tareas de su cargo, me dijo con voz temblorosa, ¿es que no recuerdas, querida niña, lo que decía tu padre, que el Coronel es un tirano? Y yo, que no se puede impedir el amor. Él que sí, si se quiere. Se le crispó nerviosa la comisura de los labios. Piensa también que ese hombre es demasiado viejo para ti, dijo. Y yo, que lo viejo es mejor. El Coronel solo era unos años más joven que mi padre, pero yo no lo tenía en cuenta. La edad son solo números, solía decir el Coronel. Y que papá era veintiocho años mayor que mamá, la misma diferencia de edad que existía entre el Coronel y yo. El tío Matti insistía, que como persona que había luchado en la Guerra Civil sabía que el ejército y la guerra enseñan a los hombres el odio. Que no se puede tener miedo y son ejecutados quienes tiemblan. Que por la sangre de los soldados profesionales corre la agresión, y la violencia se considera un modo de actuar normal y obvio. Y que, por si fuera poco, el Coronel sabía

que Dios y la condenación no existen y por eso estaba ávido de placer y se entregaba a los vicios más oscuros.

A pesar de mi corta edad, yo misma sentía y percibía el éxtasis de la ira en los tensos músculos faciales del Coronel, en sus palabras, en el chacoloteo de las botas y en sus movimientos cuando se levantaba y se sentaba, cuando caminaba de un lado a otro, se crispaba, daba saltos y a veces estaba muy inquieto. Ni siquiera trataba de ocultar lo que era. Todo estaba a la vista y eso precisamente me atraía, pues era extraño y raro. Imaginaba que esa rabia se quedaría en el campo de batalla, que no lo acompañaría a casa. Y menos aún entre nosotros. Que yo lo sanaría con mi amor.

Nuestro compromiso fue largo y nuestra felicidad tan profunda que incluso el tío Matti empezó a creer que el Coronel había cambiado. Solíamos leernos por la noche en voz alta libros como *Expediciones por el norte*, de Axel Londén; *La luz de las regiones salvajes, o En los grandes bosques*, de A. E. Järvinen. Una vez, durante uno de esos momentos buenos que en los años cincuenta iban y venían como un péndulo, le confesé que me gustaría leer un libro como aquellos escrito por una mujer, a lo que él respondió, no hay ninguno, pero escribe tú uno. Me animé, tomé un cuaderno y empecé a garabatear. Fue fácil. Las palabras brotaban de mi interior sobre el papel sin necesidad de pensar en nada, las dejaba fluir. Era como si una presa hubiese abierto sus compuertas y las palabras hubieran estado esperando su liberación. Mi prosa recorría como un largo surco el terreno arriba y abajo. Al fin y al cabo, escribía un diario desde los siete años y se me había ocurrido que podía poner las cosas tal y como las veía y experimentaba o justo al contrario. Podía inventar cualquier cosa, describir lugares y personas como no eran. La escritura surgía de una manera tan natural como beber un vaso de agua cuando se tiene sed. Escribí la historia con la pluma de tinta púrpura del Coronel en un pequeño cuaderno cuadriculado durante dos días y dos noches. Cuando estuvo lista, dormí treinta y tres horas de un tirón, sin levantarme siquiera para orinar. Mientras tanto, el Coronel leyó mi texto y lo elogió del derecho y del revés. Lo envió a una editorial donde una secretaria lo pasó a máquina, corrigió los errores y se editó. El libro recibió elogios unánimes en la prensa. Entonces comencé a escribir otro y me di cuenta de que el Coronel ya no estaba en absoluto entusiasmado. Me miraba con mala cara y no tenía ni una sola palabra amable. Le pregunté por qué ya no me apoyaba. La pequeña poetisa morirá si empiezas a emborronar papelajos en serio, dijo. Una mujer podía escribir un libro, pero no dos. Escribir no era nada bueno porque alejaba mis pensamientos de él. Yo, que eso era cierto. Cuando uno escribe, está en otro lugar, en su mundo propio y los demás pasan a un segundo plano. Aún así no deseaba parar, pues cuanto más me sometía el Coronel, menos existía yo. Al final llegué a existir solo cuando escribía, de otro modo, no. Así que empecé a poner las palabras sobre el papel en secreto cuando el Coronel estaba ausente y, si se encontraba en casa, me iba al vestuario de la sauna con el cuaderno. Escribiría todos mis libros a mano hasta que me fui a vivir con Tuomas. Entonces pude comprar una máquina de escribir. Se convirtió en mi mejor amiga. Tuomas adoraba su tintineo. Decía que por la noche se dormía en cuanto me escuchaba teclear.

Mi suplencia como maestra en la escuela de Hirttojärvi finalizó y el Coronel abrió una oficina de la Guardia de Fronteras en Inari, donde me contrató con el dinero del Estado, es decir, de los contribuyentes, para que fuera su secretaria privada. Yo era la única empleada de la oficina, su prometida, lo que significaba que él podía dejarse caer por allí desde su destino en Rovaniemi cuando le daba la gana. Aguardaba tan ansiosa su llegada que perdía el apetito. Cada día sin él parecía durar un año. Pero cuando estábamos juntos, el tiempo volaba y la hora de la separación llegaba en un suspiro. Al despedirnos nos hablábamos solo en alemán. Era nuestro idioma amoroso.

Y llorábamos como críos pequeños. Las chispas de nuestro amor competían con la ráfaga de destellos de las auroras boreales en el profundo firmamento de Laponia. Nos amábamos al pie de un arcoíris que terminaba en el horizonte púrpura, en la tempestad en la cima de las colinas de Saariselkä y en el abrazo de una noche gélida en el lago Inari, a través de las noches límpidas como el hielo, y no nos deteníamos siquiera en la mañana, aunque el Coronel ya tenía que estar en el cuartel convirtiendo a los jóvenes reclutas en hombres.

Me encontré compitiendo con el Coronel por primera vez al inicio de nuestro noviazgo secreto. Habíamos ido a pescar, primero en las aguas profundas del lago Inari y luego a un humedal en una cala de la ensenada. Ambos teníamos las mismas cañas. El Coronel dijo que iba a cronometrar, a ver cuántos peces capturaba cada uno en doce horas. Me pareció divertido, pues era una pescadora experimentada. En las primeras cinco horas, agarré quince hermosas percas, el Coronel diez. Después de doce horas, la situación era la siguiente: yo tenía cincuenta y dos percas y él cuarenta y nueve. Se enfureció tanto que me arrojó por la borda al agua helada y tuve que nadar hasta la orilla. Naturalmente, estaba conmocionada. El Coronel, como si nada hubiera pasado, me ayudó a quitarme la ropa mojada. Se limitó a decir: has ganado. Y luego caminé en cueros hasta la cabaña de pesca. Eso le hizo reír. Estaba tan enamorada de él que lo perdoné de inmediato. Entonces aquella niña empapada hasta las orejas que era yo aún no sabía que al Coronel siempre hay que dejarle ganar, sobre todo en asuntos de pesca.

Antes de la guerra solíamos salir juntos de excursión. El Coronel había aprendido en el campo de entrenamiento de los *jäger* que el aire libre era liberador.

Antes de una de esas excursiones, estaba yo en los campos de Kaurilovi, en Inari, estacando el centeno de otoño. El automóvil del Coronel apareció al final del campo. Jaska Kaurilovi me miró con una sonrisita, ahí está esperándote el mayor cabrón de Laponia, dijo. Corrí hacia el Coronel y él me atrapó en sus brazos y me dio vueltas en el aire, nos vamos a las tierras salvajes, anunció. Y yo, pero si estoy con la ropa de cosechar. Él, no importa, estarías igual de hermosa con la cabeza esquilada y el culo rebozado en brea y plumas. Su chófer, Alatalo, nos llevó hasta del río Ivalo, donde nos encontramos por casualidad con el mayor Niilo Paasonen, un médico militar que andaba midiendo los cráneos de los lapones de Inari. Allí nos aguardaba una canoa para dos. Cargamos los fardos que había traído el Coronel, nos despedimos del conductor y nos pusimos en marcha.

En la deliciosa frescura de la noche de Laponia, nos lanzamos temerarios por los rápidos. Yo chillaba en los torbellinos más impetuosos, pero confiaba ciegamente en el Coronel, porque sabía que era capaz de evitar los lugares peligrosos y grandes rocas. Remamos como locos durante varias horas. Vi un halcón que trataba de aplacar su hambre pescando en las aguas bravas. En sus arqueadas garras atrapó un enorme pez que lo arrastró hacia los remolinos y el halcón se ahogó. Alrededor del mediodía encontramos un hermoso remanso en la parte baja del río. Guiamos la canoa a la orilla, bajamos a tierra y sentí las hojas húmedas de la ribera en completo silencio bajo nuestros pies. Montamos el campamento, ajustamos el *lavvu* y encendimos una pequeña lumbre. El Coronel atrapó con sus manos desnudas una gran trucha en el borde del agua y la disfrutamos asada al calor de las llamas. Bien entrada la noche, del cielo fue descendiendo lentamente el crepúsculo y nos acostamos. De madrugada, me despertaron copos de nieve de seis puntas que caían suaves sobre las brasas. El Coronel me apretó de una manera cruel contra su pecho y susurró entre terribles torsiones que tenía miedo. Yo, ¿de qué? Del cielo indignado, dijo. Yo, ¿pero qué dices? Y él que lleva horas mirándonos fijamente, furioso. Le tranquilicé, le di un buen trago de aguardiente y al poco ya acariciaba tierno mi mejilla. Comprendí cuánta fragilidad y paranoia albergaba en su interior. Me

pareció algo bueno, papá también era así, valiente y vulnerable.

Nuestra excursión duró más de diez días. Caminamos y cargamos la canoa a través de la taiga virgen y llegamos al río Lutto. Desde allí admiramos la lejana Saariselkä, la cumbre de Kaunispää, la ladera sur de Korvatunturi, el gris inmóvil de las turberas altas, el azul de los lagos entre la foresta salvaje y el rojo de sus peñascos y la calma de las riberas de arena dorada. De vez en cuando nos tamborileaba en la nuca una tormenta de granizo, luego una lluvia ligera, pero nosotros nos reíamos. Vivíamos del amor y completamente libres de los grilletes del mundo. El Coronel estuvo durante todo el viaje como una sopa de zanahoria, tan suave su dulzor que perdí la cabeza una vez más. Subimos de nuevo a la canoa para descender el río Näättämö y pasamos por el paradisíaco Svettijärvi, donde los sami skolt aprendieron a abandonar su vida de pastores. Sabían todo sobre lo bueno y lo malo del mundo a fuerza de ser arrojados de aquí y de allá. Había una cubierta de liquen tan espesa en sus bosques que sus renos eran dos veces más grandes que los renos de los lapones de Inari. El Coronel pescaba de vez en cuando con cebo artificial desde las rocas de la orilla y siempre picaba algún pez. Bien un lucio de cinco kilos, bien una hermosa perca.

Acabamos la excursión en la cabaña de pesca del Coronel en Luusuanniemi. Era una templada tarde de verano y anuncié que iba a nadar. El Coronel, que adelante. Pero cuando regresé no había rastro de él. Lo llamé a gritos. Nada. Empezaba a inquietarme por si había ido a buscar ramillas al bosque y le había fallado el corazón. Corrí alrededor de la cabaña gritando su nombre. Entonces lo vi, acurrucado sobre una roca en la punta de un promontorio. Me apresuré hacia allí, ya creía que estaba muerto, pero lo agarré del hombro y comprobé que estaba vivo. Se retorció entre convulsiones y su rostro estaba crispado del llanto, pero en los ojos no había lágrimas. Qué tienes, le pregunté. Consiguió decir que tenía miedo de la guerra. Tomé su cabeza en mi regazo y le acaricié el cabello. Así se calmó y volvimos de la mano a la cabaña.

El Coronel soñaba con una nueva guerra, pero, al mismo tiempo, temía que, si los rusos derrotaban a la pequeña Finlandia y ocupaban todo el país, su cabeza fuera una de las primeras en caer. Por eso tenía ataques de pánico ocasionales con espasmos y destruía sus documentos, billetes de viaje, viejos pasaportes y fotografías de sí mismo y del ministro de aviación alemán, Göring, en las que posaba en salones cinegéticos o junto a los despojos de un ciervo en alguna cabaña en el corazón de Alemania. Luego esa sensación podía transformarse rápidamente en fe en la omnipotencia del Tercer Reich y en el imperio de los mil años del Führer. Insistía con entusiasmo que nosotros y el Tercer Reich teníamos enemigos comunes: los tipos de los cigarros, como denominaba a los judíos ricos, y los sin cigarro, como denominaba a los judíos pobres, a los rusos y a otra escoria. Según él, Stalin no entendía nada sobre el arte de la guerra y los rusos no representaban un adversario, eran subhumanos que ni siquiera tenían rifles en condiciones con los que disparar. Sin embargo, durante la guerra, el Coronel comenzaría a mostrar respeto por Stalin, pues lo veía como un dictador flexible. Al final de la contienda, diría que el Führer era un genio, pero que carecía de sentido de la realidad y por eso no sabía terminar, mientras que Stalin era capaz de dirigir a los rusos de acuerdo con la situación, cambiar la dirección y planes sobre la marcha.

La víspera de la Guerra de Invierno, el general Wallenius, a quien todos apodaban el César de Laponia y al que el Coronel llamaba siempre el Giligeneral, nos invitó a almorzar en su casa. En principio eran camaradas desde el secuestro del presidente Ståhlberg ³, pero también habían sido feroces competidores en todos los escenarios de la guerra. Como amiga del Coronel, había sido invitada a su residencia varias veces. La fórmula era siempre la misma. Primero se comía y se bebía y luego el Giligeneral y el Coronel buscaban pelea. A continuación se bebía más y finalmente los dos bravucones daban cabezadas abrazados hasta que caían rendidos por el alcohol. En esta ocasión,

mientras se servían los aperitivos, el Coronel me señaló con el dedo índice y dijo esta chavala tiene el mejor coño de Finlandia y sabe manejar una polla porque la he enseñado yo. Los invitados se quedaron mudos y yo sentí orgullo, aunque también vergüenza. Durante el plato principal, el Coronel comenzó a hablar sobre la inminente guerra. Dijo que los rusos no atacarían, que no disponían de maquinaria de guerra en condiciones, ni de armas, ni siquiera de ropa de invierno. Hacemos un ataque sorpresa y los vencemos en dos semanas. Pronto se hizo evidente que Wallenius tenía una visión distinta de la situación. Dijo que había sido testigo con sus propios ojos de lo bien equipado que estaba el Ejército Rojo, en la frontera hay cientos de tanques, carros de combate, bombarderos, entre otros, todo de excelente calidad, y el rostro de los soldados muestra una expresión que pone los pelos de punta; ahora solo había que pensar un poco si queríamos que nos dieran en todo el morro o no. Como amante del realismo, trataba de poner pegos al entusiasmo guerrero del Coronel, aunque este se limitó a sonreírse contento proclamando que pronto habría tantos rusos que poner en salmuera como corégonos blancos nadaban en el lago Raanu, la guerra era inevitable y entonces se le demostraría a Stalin quién la tenía más grande. Wallenius no era un hombre de paz, pero apuntó que los rusos eran casi doscientos cuarenta millones y nosotros ni siquiera cuatro. De postre sirvieron café acompañado de empanaditas dulces. Nadie dijo nada. El Coronel balanceaba inquieto la pierna como si tuviera prisa por partir a la guerra. Vació la taza de un sorbo y salió por la puerta. Yo lo seguí. Volvamos a pie, le propuse. Si tú quieres, dijo. Pensé que la sencillez y simplicidad del paisaje de pantanos y coníferas lo calmaría. Pero no. Caminamos de la mano hacia Saarenkylä. Contemplamos melancólicos y en silencio el hermoso bosque donde luego los alemanes construirían un aeropuerto para Rommel en el que este nunca aterrizaría. Llegamos al pantano abierto que se extendía desde los límites de la ciudad y avanzamos bordeando sus orillas en descomposición y ante nosotros se desplegaba la exuberante inmensidad húmeda. Bajo aquella luz me sentí repleta de fuerza y vida y vi a mi alrededor mil y un detalles que embellecían mis ojos. Aquel que debería haber sido un jefe de guerra desbordante de éxtasis estético romántico, veía en aquella extensión infinita solo posibilidades de explotación forestal, un sembrado, tala y quema, extracción de turba o un campo de batalla. Al contrario que yo, el Coronel no halló la paz en el pantano salvaje, y nos apresuramos a regresar a la ciudad.

Tras la muerte de Katri pasamos nuestra primera Navidad juntos. El Coronel me regaló el maravilloso anillo de diamante antiguo que había pertenecido a Katri. Estábamos oficialmente prometidos y yo era dichosa. Iba a convertirme en Coronela y todo. Pensé que si me quedaba encinta, podríamos apresurar aún más nuestra boda. No sucedió, aunque el Coronel me tocaba de la mañana a la noche y me cubría de chocolate, perfume y claveles, me lamía los dedos de los pies y chupaba sus yemas.

Cuando me hería con sus juegos o menospreciaba, entonces me sentía el ser más miserable de Laponia y el mundo entero me parecía un lugar lóbrego. Ocurría también, si me mostraba especialmente risueña y feliz, que el Coronel hacía todo lo posible para borrar la sonrisa de mi rostro y ponerme de mal humor. Y luego volvía a consolarme y lograba hacerme reír.

Estaba en el paraíso. Pocas mujeres pueden experimentar una felicidad tan intensa sobre la faz de la tierra. En el cielo, no lo sabemos. Aguardaba la propuesta de matrimonio del Coronel, pero esta no llegaba. En un momento vulnerable le pregunté cuándo nos casábamos.

Con ternura respondió que no teníamos prisa.

[2](#) . Un *lavvu* es un tipo de tienda temporal utilizada por el pueblo sami. Se parece a las tiendas tipi, pero es más estable cuando soplan los fuertes vientos de Laponia en las planicies desarboladas. Tiene un fuego en el centro para calentarse y mantener alejados a los mosquitos. *[N. de la T.]*

[3](#) . El ex presidente de Finlandia Kaarlo Juho Ståhlberg y su esposa fueron secuestrados por ultraderechistas y militares próximos al Movimiento de Lapua el 14.10.1930. Los condujeron de Helsinki hasta la ciudad de Joensuu, en el Este del país, donde finalmente los liberaron. Este hecho marcó el hundimiento del Movimiento de Lapua. *[N. de la T.]*

El Coronel selló mi destino cuando cumplí cuatro años.

Y esto es a lo que me ha llevado.

Antes y después de la guerra solíamos pasar largas horas sentados en el restaurante del Hotel Pohjanhovi, y regresábamos a casa a primera luz con el resplandor gris ceniza del amanecer suspendido sobre el río Ounas. Frecuentaban el lugar toda clase de personas, pero durante la Guerra de Continuación siempre estaba por allí nuestro íntimo amigo, el general de las SS Eduard Dietl, cuyos dedos largos y gráciles miraba yo con admiración cuando él fumaba cigarrillos alemanes de vitola dorada.

Durante un breve brindis, Dietl confesó en una ocasión que, si no fuera por las minas de Suecia y el níquel de Finlandia, la industria armamentística del Tercer Reich estaría girando en el vacío. Recordó que, desde el final de la Primera Guerra Mundial, las exportaciones de níquel a Alemania se habían estado ocultando bajo el término de cooperación pesquera internacional. Uno de los más habladores era el jefe de Pesca de Laponia, antiguo jefe de la policía secreta zarista, Kaarlo Hillilä, que el verano de 1938 ya andaba diciendo: Primero reuniremos un ejército fuerte y abriremos una mina de níquel en Kolosjoki y luego iremos a la guerra. Él solía recordar que el Coronel y el César de Laponia, Wallenius, habían librado su propia guerra personal en los bosques de Carelia Blanca, Olonets y Petsamo después de 1918, contra los finlandeses rojos que habían huido a través de la frontera para escapar del terror de la Guerra de Liberación. El Coronel era ya por aquel entonces un hombre poderoso, igual que Wallenius, pero Hillilä era solo un jovenzuelo que se había escapado de casa y quería ser soldado. Ahora les acusaba de incitarlos a él y a su hermano menor, Eino —niños inocentes y descerebrados—, a unirse a la expedición militar. Eino se había quedado por el camino, algo que Hillilä nunca le había perdonado al Coronel, para quien la incursión militar a Carelia Blanca había sido naturalmente una decisión correcta, porque él nunca cometía errores. Después de la guerra, en un momento de debilidad, Hillilä me contaría que habían llegado a un pequeño pueblo en los bosques de Carelia Blanca. El Coronel y él estaban de centinelas cerca del límite de la aldea, era mediados de julio. Por el camino apareció un anciano seguido de una vigorosa mujer joven de piernas robustas y trenzas gruesas y pesadas. El Coronel decidió detenerlos. Gritó «alto» en finés, pero aquellos dos siguieron caminando. Entonces corrieron tras ellos.

La niña tenía cara ancha y tiernos ojos azul oscuro. Mientras Hillilä hablaba con el hombre, el Coronel guió a la muchacha detrás de una pila de madera y pronto regresó solo. Hillilä le preguntó dónde se había quedado la niña. Está ahí, detrás de los troncos, ya no representa ningún peligro, había respondido el Coronel. Hillilä se había sobresaltado y fue a mirar. La niña yacía muerta y violada, rodeada por una nube de mosquitos.

Llegado el momento de las elecciones a gobernador civil de Laponia, los dos camaradas megalómanos se postularon para gobernador: Kaarlo Hillilä, cuya idea principal era convertir en el futuro a la Gran Laponia en una potencia pesquera mundial, y el Coronel, que quería construir una Gran Alemania y una Gran Finlandia. Incluso los comunistas votaron por el primero, porque pensaban que el Coronel era impredecible, un hombre obstinado que siempre debía tener razón.

El Coronel estaba lógicamente amargado por haber perdido las elecciones y deseaba salir de Laponia. Acabábamos de recibir una invitación para la fiesta de Maila Talvio, en Helsinki, y nos subimos al tren rumbo al sur. Al llegar a la estación, el Coronel me dijo: Espera, que no vamos directamente a la fiesta en Villa Laaksola, primero te voy a presentar a mi madre. Yo estaba en el séptimo cielo, pues pensaba que mi rango había subido y él me llevaba a conocerla.

La madre del Coronel, Desiree, hacía tiempo que había pasado de los ochenta años. Estaba arrugada como una cerilla quemada y retorcida, su cráneo era calvo y huesudo. Vivía en el elegante barrio de Ullanlinna, en una gran casa de piedra, de entrada enmarcada por columnas jónicas. *Välkomna*, dijo

en sueco cuando entramos, lo había aprendido en su época como criada. Era difícil imaginar que aquel hogar que reflejaba tanta riqueza y cultura fuera el lugar de nacimiento del Coronel.

Nos sentamos en el sofá de la sala y la sirvienta, que era aún mayor y más frágil que Desiree, nos trajo con manos temblorosas una bandeja repleta de café y pasteles. *Ta ni snälla alla sju sorter*, prueba las siete variedades, dijo Desiree. El Coronel bebió su taza con prisa y desapareció en la biblioteca para echar un vistazo a los libros.

Nos quedamos a solas las dos. Yo guardaba silencio. Ella me examinó de arriba abajo y arrugó la nariz. Preguntó en tono desdeñoso de quién era hija. Le conté que mi difunto padre era un viejo amigo del Coronel, un camarada *jäger*. Ella asintió levemente y suspiró hastiada: *Vilken liten satan*, qué pequeña diablilla. No sabía cómo comportarme. Papá y el Coronel se habían cruzado mucho antes de los *jäger*, a principios de siglo, en el Estadio de Eira, y luego en el Club de Fútbol de Helsinki. El Coronel daba patadas al balón y papá estaba en el estadio. Mis padres y mis hermanas mayores vivían entonces en la calle Huvila, yo ni siquiera había nacido. Papá y el Coronel estuvieron entre los primeros, en 1915, en incorporarse al entrenamiento *jäger* en Lockstedt, en el norte de Alemania. Papá pasó seis semanas en aquel campo de combate disfrazado de campamento de scouts, el Coronel se quedó cuatro años en Alemania. Se enroló como voluntario en la compañía pionera del 27º Real Batallón de *Jäger* de Prusia, junto con el futuro *jäger* rojo Heikki Repo. A veces cruzaba Suabia en un carro tirado por caballos, a veces luchaba en el frente oriental contra su antiguo compañero de estudios, el mariscal Mannerheim, que combatía en las filas del ejército del zar. Yo era una nena de tres años y vivía con mi madre y mis hermanas en Rovaniemi, en una bonita casita de madera pintada de rojo.

La charla de Desiree saltaba de un tiempo y de un lugar a otro. Había nacido en lo más bajo de la escala social, *i mitt i den mörka skogen*, decía, en medio de los oscuros bosques de Häme, y había escalado gracias a su arduo trabajo, su perspicacia para los negocios y su aguda inteligencia, y a la buena suerte; había empezado como criada en una familia de habla sueca cuyo padre, *var så underbart man*, dijo, un hombre maravilloso, me daba un poco más cada mes, *lite extra*, y a mí se me ocurrió la buena idea de poner estos kopeks a buen recaudo, lo que me permitió, después de unos años, pasar de criada a comerciante. Yo era defensora de una Finlandia libre, mi difunto esposo era zarista, y cuando el gobernador general Bobrikov fue asesinado, organicé una gran fiesta, y allí estaba la *crème de la crème*.

Desiree había abierto una carnicería en una concurrida calle del distrito de Eira. El comercio funcionó bien y con las ganancias expandió el negocio. En su apogeo, era dueña de cinco carnicerías, lecherías y ultramarinos en el sur de Helsinki, más una cafetería que mantuvo incluso después de vender todo lo demás, por placer y para asegurarse la vejez. Con los ingresos fue comprando la mitad de los apartamentos de un hermoso edificio de piedra en la calle Tehtaankatu. Cada uno de sus hijos disponía de su propio departamento. El de cinco habitaciones del Coronel en la última planta llevaba alquilado desde que él se unió a los *jäger*. Nunca había vivido allí.

Miramos fotografías, pero Desiree estaba lejos de recordar a todas las personas que posaban y se desvanecían en ellas. Recordaba a Einar. Här är Einar, señaló con su dedo arrugado y tembloroso la foto de un niño pequeño. En la frente le habían dibujado una cruz negra. Murió a los tres años. Här är Jakob. También tenía una cruz negra en la frente. Había muerto a los cinco años. Según Desiree, Einar se había caído, se había golpeado la cabeza contra la esquina de una mesa y ya no se había levantado. Jakob corría detrás del gato con un cuchillo en la mano, tropezó y se cortó la arteria carótida. Se había desangrado. Al Coronel se le permitió portar el ataúd blanco de Jakob junto a su hermana mayor, Maria, que apenas tenía veinte años. Los imaginé caminando hacia la tumba familiar,

por el largo callejón de abedules del cementerio de Hietaniemi, seguidos lentamente por una procesión llorosa vestida de negro.

Este es Johan, el padre de Rudolph, dijo Desiree, raspando con su larga uña la foto de un hombre barbudo con gafas, y esta es Impi, y esta Rauha. Luego había varias fotos del Coronel junto a una niña con nariz de trompeta y, en la página siguiente, al lado de una joven con el mismo perfil. Con fingida inocencia pregunté quién era ella. Desiree miró furtivamente a su alrededor y me susurró al oído que se trataba de Tea, el fruto del amor de su hija mayor, Maria, que vive en Suecia, y a quien ella había criado como su propia hija. Por supuesto, reconocí de inmediato la lumbre de los ojos del Coronel. Desde pequeña, Tea era visita habitual en verano en su residencia de comandante de la Guardia de Fronteras. Ambas teníamos la misma edad y jugábamos juntas. De adolescentes íbamos a los bailes populares. Posteriormente, vendría varias veces a tomar el sol a Villa Coronel, donde sus visitas eran veneno para mí. Cada vez que el Coronel regresaba de un viaje a Alemania, sus mejores regalos eran para ella, los segundos mejores para mí, aunque era su prometida secreta.

El Coronel apareció en la sala de estar, en la mano sostenía *El matrimonio perfecto* de Van de Velde y en los ojos mostraba una mirada de verdugo. La charla de Desiree se detuvo en seco. Le mostré al Coronel un retrato de su padre y le dije que parecían dos gotas de agua. Sin echar siquiera un vistazo al álbum, respondió con voz sofocada, los holgazanes de hoy esperan que el Estado se ocupe de ellos cuando sean viejos e indefensos, pero mi padre estaba cortado de otra tela, a los ochenta y nueve años todavía se levantaba cada mañana a las cinco en punto para ir a cazar aves acuáticas a la playa de Lauttasaari.

Se desplomó en un sillón y nos miró con aborrecimiento. Los ojos de Desiree apuntaban a una foto que lo mostraba de bebé, desnudo, acostado sobre una piel de cordero. Un feto glotón, susurró, tan ansioso por comer que nació un mes antes y se agarraba a mi pecho como si tuviera miedo de perder la comida. Ella lo miró de reojo y me susurró al oído *han är so söt, men alla suvun viat har samlats*, se le ve tan lindo, pero heredó los defectos de la familia; después hizo sonar la campanilla que estaba sobre la mesa y la criada apareció en la puerta. Desiree le ordenó que sirviera jerez. Nos sentamos en silencio. La anciana trajo una botella medio llena y dos vasos. Desiree llenó su taza de café y la vació al instante. La colmó de nuevo y la bebió. La tercera se la sirvió a la mitad. Luego se aclaró la garganta, tomó impulso y contó cómo envolvía en un trapo apretado al Coronel, que chillaba día y noche, y lo colgaba por el día en un gancho clavado al costado de la estufa de azulejos mientras ella se iba a trabajar. Resultaba práctico, claro, la estufa lo mantenía caliente y los excrementos resbalaban. El Coronel se desgañitaba hasta la extenuación y caía en un sueño tan profundo que, para despertarlo, Desiree tenía que salpicarle agua fría en la cara, como en el bautismo. El niño había aprendido a hablar a los nueve meses, pero no caminó hasta los tres años. Y después no se había quedado quieto en su sitio ni por un segundo. Todas las mañanas, antes de irse a trabajar, su padre le ataba el tobillo a la pata del sofá para que no se quemara con la portezuela de la estufa. Desiree, de acuerdo con los consejos de los libros educativos, azotaba al mocosito todos los días. Porque había hecho algo malo o por pura precaución.

El Coronel lanzó a Desiree una mirada de disgusto, se puso de pie, chasqueó los talones y salió al pasillo.

Desiree se inclinó y me susurró: ay, pobrecita, todavía eres una niña inconsciente que no entiende nada de la vida. Puedes querer al Coronel, pero si te quieres a ti misma y valoras la vida y no planeas suicidarte, nunca te cases con él, permanece eternamente comprometida. Y yo, sorprendida, ¿qué quiere decir la señora? Ella suspiró profundamente y comentó que después de la boda, las mujeres se enfrentan a días de sacrificios sin fin intercalados por noches de travesuras y

obsценidades dolorosas. Me figuré que quería tener a su hijo en exclusiva y me tranquilicé diciéndome que sus otras mujeres eran viejas, feas o desagradables, o no habían sabido amarlo de verdad. No habían sabido hacerlo feliz y eso las había llevado prematuramente a la tumba. Con mi amor sincero, me creía capaz de purgarlo del mal y llenarlo del bien. Él y yo éramos uno. Caminábamos al mismo paso y respirábamos con la misma cadencia, teníamos los mismos hábitos y valores y el mismo ritmo de vida. La fuerza de mi amor era tan grande y poderosa, que podía curarlo de sus vicios de carácter, si acaso se manifestaban. Con la firme confianza de la juventud, me grité a mí misma que era capaz de inclinar su corazón hacia el bien. Desiree hizo un gesto con la mano hacia el pasillo y dijo *kriget har gjort honom ett satan och du är ingen vacker flicka*, la guerra lo convirtió en un demonio y tú no eres una muchacha bonita.

Le hice una reverencia, luego me uní al Coronel, que me aguardaba en el pasillo, y lo miré con ojos nuevos. No vi en él nada malvado o feo, solo a un apuesto oficial. Para ir a Helsinki, se había puesto su uniforme de desfile, con botas militares del ejército prusiano cuidadosamente pulidas. Me gustaban los hombres de uniforme y el olor a cuero y le pedía que vistiera su mejor atuendo cuando viniera a verme. Y eso es lo que casi siempre hacía, hasta que nos casamos. Después de la bendición del pastor Schiller, se presentaba ante mí con trapos viejos y sucios. Y la parte superior de sus botas se había ensanchado y le quedaban holgadas. Solo vestía su uniforme de gala cuando tenía misiones importantes en Helsinki, o luego, cuando marchaba a follarse a otras mujeres. Una vez, durante la Guerra de Invierno, fue convocado a una reunión secreta con el general Siilasvuo, que era igual de impulsivo que el Coronel y le envió al ayudante personal del general Wallenius para que acudiera a limpiarle las botas. El muchacho hundió el brazo hasta el codo dentro del calzado, extendió el betún con el mayor de los cuidados, empleó una cantidad infinita de tiempo en cada parte y diez distintos cepillos y pedazos de tela. Habría deseado que las botas relucieran así siempre.

Desde Ullanlinna, tomamos un taxi para ir a Villa Laaksola, la residencia de Maila Talvio, en el distrito de Meilahti. Era la más bella de las novelistas finlandesas y tenía fama de ser una mujer de mundo desde que se había recorrido la Italia fascista de arriba a abajo. Era amiga íntima de Mussolini. Era conocida en los círculos intelectuales por sus múltiples talentos. Escribía libros, era una oradora brillante. Mostraba activismo político y publicaba artículos en el periódico del Movimiento Patriótico Popular. Era nacionalista, enseñaba buenos modales, luego, durante la guerra, fundaría su propio partido fascista con amigos artistas. Maila tenía un marido maravilloso, un profesor que una vez dijo que la gente común era inevitablemente estúpida y que, por lo tanto, todas las decisiones que afectaban a la nación deberían ser tomadas por intelectuales. Maila, como todos los miembros de la intelectualidad finlandesa, estaba vinculada a la cultura alemana no solo por la filosofía y el romanticismo, sino también por el luteranismo.

Era una anfitriona burbujeante que organizaba sin descanso recepción tras recepción en su hermosa villa de estilo careliano. El programa siempre era variado, con música de Bach a Schubert, desde piezas para violín a bailes populares y, lo más destacado: una conferencia impartida por una personalidad seguida de animados debates. A lo largo de la década de 1930, las charlas trataban de que los países y Gobiernos se estaban preparando para una redistribución general de la oferta monetaria, los recursos naturales y los territorios. Alemania quería convertirse nuevamente en una gran potencia mundial y nosotros, los finlandeses, cual bebé de cuco, queríamos ser a su vera una potencia nórdica.

Maila corrió a las escaleras a recibirnos. El Coronel besó su mano y yo hice una reverencia. Al modo continental, en aquellas fiestas solíamos hablar en alemán. Maila presentó personalmente a los

invitados. Éramos algo menos de una decena. Tras la ronda de presentaciones, hubo una actuación musical y luego una conferencia del presidente de la Academia de Ciencias de Prusia. Este dijo que el Tercer Reich liderado por el Führer había permitido el renacimiento del alma alemana y la creación de una cultura común y que Alemania había dado un salto de cien años en todas las áreas del desarrollo humano. Que el Führer había prohibido todo lo que la cultura europea valoraba: la democracia, los ideales del liberalismo, el pensamiento científico y la inteligencia. Y lo había reemplazado por metafísica y misticismo, por el mito de la ciencia racial y el culto a la raza aria. Explicó que el pueblo alemán conocía ahora la felicidad y la estabilidad, trabajaba, cuidaba su hogar, comía bien, disponía de un poco de tiempo libre para relajarse, iba a desfilarse el domingo y se preparaba para extender su espacio vital. Finalmente, anunció el contenido de la ley de protección animal más estricta del mundo, desarrollada por el Führer, y enumeró los beneficios de la castración de los enfermos sociales, es decir, rojos y otros apestados. Agregó que los conservadores de todo el mundo eran generalmente timoratos y rechazaban cualquier novedad o incertidumbre, pero que los industriales alemanes y estadounidenses habían enviado vagones repletos de dinero al Führer y que la burguesía intelectual alemana apoyaba la ideología del nacionalsocialismo.

El coronel Buschenhagen observaba apartado a los invitados que charlaban. El conductor Alatalo me diría años más tarde, tras la muerte del Coronel, que Buschenhagen se había presentado en Rovaniemi a finales de la primavera de 1941. Ambos habían ido a buscarlo al aeropuerto militar. De camino al Hotel Pohjanhovi, el alemán había contado que la Gestapo iba a ordenar, con la aprobación del ministro del Interior, el reemplazo de la administración civil de Laponia por una administración en tiempos de guerra, y que las autoridades civiles, por lo tanto, se colocarían bajo el mando militar. Y el Coronel, entonces las tropas alemanas se convertirán en tropas de ocupación. Un largo silencio se había instalado en el automóvil. Entonces el Coronel había dicho que había tantos rojos en Laponia que no podía correr ese riesgo a las puertas de una nueva contienda. Le habían dado vueltas y más vueltas al asunto hasta llegar al puente sobre el río Ounas y decidieron permitir que el nacionalsocialista Hillilä mantuviera una administración civil, por las apariencias. Fue una decisión sabia, porque se consiguió que los bolcheviques lapones lucharan contra los rusos al lado de los nazis alemanes y mientras el arreglo funcionó, funcionó como un reloj. A la semana siguiente, el aeropuerto de Rovaniemi estaría lleno de bombarderos alemanes. Finlandia había movilizó a todas sus tropas y Hillilä había tomado el título de *Landespräsident*. Necesitaba un título rimbombante para que los oficiales alemanes le mostraran respeto, pero nadie quería hacer el esfuerzo de usar un nombre tan largo. Lo llamaban el Emperador de Laponia.

Entre los convidados había algunos pesos pesados finlandeses. Las mismas caras estaban presentes en casi todas las fiestas a las que asistí con el Coronel, y en esta también. El más importante de todos para mí era Veikko Antero Koskenniemi, profesor de la Universidad de Turku, que había viajado con gran entusiasmo por la Alemania del Führer y la Italia de Mussolini; uno de los mayores especialistas europeos en Catulo, el ícono nacional del mal de amores y el poeta de corte de la Finlandia blanca, que más tarde se convertiría, con la bendición de Goebbels, en vicepresidente de la Asociación Europea de Escritores. Durante la conferencia del presidente de la Academia de Ciencias de Prusia, Koskenniemi no dejó de aplaudir con entusiasmo y gritar bien *Heil Hitler!*, bien ¡Ave, César! Koskenniemi fue un gran hombre, más grande que su tiempo. Le dolían los intentos de los comunistas de politizar el arte. Ostentaba un gran poder, pues se sentaba en la junta directiva de decenas de fundaciones y editoriales y, en general, estaba detrás de los fondos asignados a actividades culturales y, como Catulo, tenía una esposa y seis jóvenes amantes.

En la fiesta estaba también el poeta Heikki Asunta, editor de Sinimusta, órgano de prensa de la

juventud radical de derecha, y deshecho humano hundido bajo infinitas preocupaciones financieras, cuya frase favorita era: A los nazis nos encanta la estética. Según él, encarnamos a los finlandeses auténticos, a diferencia de los partidarios del mariscal Mannerheim, racialmente inferiores y seguidores del cosmopolitismo, títeres manipulados por los papas rojos de Moscú. Esa noche, Asunta pronunciaría después un discurso denunciando el estatus privilegiado del idioma sueco en la escuela y la universidad, acusando a los ciudadanos finlandeses de lengua sueca de bolchevismo e imperialismo cultural y afirmando que controlaban la industria y el comercio nacional y dedicaban todos sus recursos a los suyos y no a la patria. Concluyó que nuestro eslogan era «un único idioma nacional, un único idioma oficial», y nuestra misión, construir un único e indivisible país basado en lo finlandés, y que no necesitábamos traducir literatura extranjera, ni literatura de asfalto, porque creíamos en la vida rural idílica, en la inteligencia campesina y el sentido común. El Coronel no aplaudió. En esta disputa lingüística tenía una opinión diferente, pero se cuidó de mantener la boca cerrada.

Maila me había colocado al lado de la escritora y poetisa Iris Uurto, que sostenía su bolso con firmeza en el pliegue del codo y a su alrededor flotaba una espesa nube de perfume. Se mostraba muy interesada en el cuerpo humano y en la forma en que la ideología nazi se había apoderado de los impulsos, instintos, sentimientos y sexualidad para sus propios fines, cuando estos pertenecían a todos los individuos. No le gustaban los nazis en absoluto y no entiendo quién la había invitado. A mi otro lado estaba el filósofo Alfred Rosenberg, un judío que era uno de los principales ideólogos de los nazis, además del Führer. Amaba al pequeño y heroico pueblo finlandés, pensaba que tenía un alma tan sana, tan pura e inmaculada que se podía ver en ella el arquetipo de la armonía nórdica. Me contó que había extraído su ideología de la vida espiritual pasiva de Schopenhauer, del *Übermensch* de Nietzsche y de la búsqueda noble y práctica hacia la armonía y la razón de Goethe. La mayor tragedia humana es su nacimiento, dijo.

Me quedé dándole vueltas a todo aquello. Luego volvimos a alzar, felices, nuestras copas. La guerra aún estaba lejos, pero ya ardíamos en deseos. Sabíamos que se avecinaba, pero cuándo estallaría, eso pocos podían predecirlo.

Padre me convirtió en hija de la Finlandia blanca, el Coronel, en nazi.

Ni de lo uno ni de lo otro me avergüenzo.

Escuchaba la radio y me daba cuenta de que cuanto más se aproximaba la guerra, más marchas militares alemanas sonaban.

Cada día se incitaba a una desconfianza y un odio más profundos hacia los rusos, llamábamos a Stalin «perro loco», difundíamos propaganda y repetíamos que el gran oso soviético amenazaba a la frágil damisela de Finlandia y pronto se apoderaría de nuestras tierras. En esos momentos, íbamos de un lado a otro, llenos de nosotros mismos, como si nuestro país fuera una gran potencia y, en poco más de tres meses, incluso los hombres de paz estaban listos para la contienda. El cordero se arrojaba a las fauces del lobo, como diría más tarde el presidente Paasikivi.

En la primavera de 1939, el Coronel fue a tomar las aguas a Hanko con un pequeño grupo de oficiales de las SS y regresó afirmando que las balas comenzarían a silbar. Pero no. En verano, lo mismo.

Era el último otoño de paz. El Coronel irrumpió en la oficina de la Guardia de Fronteras de Inari, donde yo hacía un solitario. Estaba orgullosa de que aquel temido hombre subiera hasta allí ardiendo en deseos por mí. Desde la puerta, gritó, pequeña poetisa, nos vamos a Polonia. Yo, ¿has perdido la cabeza? Pero si allí hay guerra. Y él, que no está loco, que es un soldado profesional finlandés y nos vamos al frente oriental para ver cómo los alemanes organizan el transporte de mercancías en las áreas ocupadas, para aprender a hacerlo bien cuando conquistemos el territorio ruso hasta los Urales y lo integremos en el regazo de la Doncella de Finlandia. Le habían contado que el Führer había dado la orden de vaciar Varsovia, sus habitantes iban a ser conducidos a campos de trabajo por toda Polonia y reemplazados por colonos alemanes y la ciudad pronto sería alemana. Sus superiores le habían destinado a esa misión y había obtenido el permiso para llevar a su secretaria.

En Rovajärvi abordamos un avión militar finlandés en compañía de dos oficiales alemanes que habían viajado de incógnito por Laponia vestidos de civil. Ese avión camuflado lo pilotaba un hombre alemán con el uniforme del ejército finlandés, Joachim Berner, que hablaba finés con fluidez. Nos saludó alegre con el brazo en alto. Al amanecer sobrevolamos la Carelia rusa para ver qué estaba pasando por allí. Los hombres empuñaban hoces en praderas naturales y las *matrioskas* frotaban la colada blanca en las piedras de los ríos. El Coronel, que no se dejaba engañar fácilmente en asuntos militares, se sonrió y dijo que pintaba bien, pero uno de los oficiales, el que había alcanzado a cambiarse su atuendo gastado por el impecable uniforme de las SS, se ajustó su gorra adornada por un brillante ribete de lana plateado y una insignia de una calavera bordada, alzó la nariz y declaró que era justo al contrario, que lo que veíamos abajo era señal de un orgulloso aislamiento y un sentimiento de superioridad. El Coronel me hizo reír diciendo en sueco que estos alemanes no entienden nada de los rusos.

Durante el viaje fui testigo de la formidable eficiencia de la máquina de guerra alemana. Los hombres jóvenes tenían apuestos cuerpos musculosos, como los que se obtienen entrenando incansablemente y levantando pesas. Vi a las unidades militares adiestrándose en los campos de deporte, las armas ocultas en los mercados, los tanques en las zonas industriales y el resto del bazar de guerra, sin olvidar, por supuesto, las flotas de aviones de caza. Mientras volaba sobre Europa, me preguntaba qué sería del tío Matti. Cuando la guerra estallara, ¿tomaría las armas contra los rusos o, como buen comunista, cruzaría la frontera para refugiarse en Leningrado, sabiendo que Stalin había ahorcado a sus antiguos camaradas como Feliks Kellosalmi, Toivo Alavirta y Tyyne Salomaa, con quien había mantenido un romance de una noche durante la Guerra Civil?

Hicimos escala en Berlín. Pasamos una semana en el Hotel Savoy, donde también se alojaba Greta Garbo, mientras esperábamos a que la oficina de Himmler emitiera pasaportes y salvoconductos para las áreas orientales conquistadas, no se podía viajar así como así, a los

territorios ocupados solo se accedía mediante una estricta criba. Comimos en elegantes restaurantes anguila ahumada y cabeza de cerdo, bebimos moscatel y deambulamos por las calles. Vimos gente merodeando por cafés mal iluminados, un judío atado a una farola sobre el que se podía escupir, y en los escaparates de una *boutique*, vestidos de noche de terciopelo, de seda, macramé y terciopelo de Bérghamo, colas de mujeres con cestas de la compra medio vacías delante de mercerías, farolas que pendían de cables, tranvías repletos de gente, el asfalto mojado que brillaba como un lago estival de aguas turbias, edificios de apartamentos floreciendo en tierra negra, calles sucias, fábricas y portales en cuya oscuridad nos amamos. Paseábamos a la luz de la luna por el parque a la orilla de la Kantstraße. El astro nocturno caminaba solo, a veces en los charcos de lodo, a veces en el costado brillante de bidones colocados sobre una pila de orugas de metal enrolladas. Las luces de la ciudad apuntaban a las alturas, hasta la bóveda celeste, tan profusas que teñían de gris el cielo nocturno. Todas las noches rodeábamos el lago construido en el centro del parque, lo llamaban Lietzensee, y disfrutábamos de la calma de la metrópoli. Paseaban por allí soldados, los bolsillos de sus pantalones inflados por granadas. Según las insignias del cuello, algunos eran suboficiales o cabos, y había entre ellos SS, que primero se apartaban la gorra de la frente y luego examinaban los pasaportes militares y las autorizaciones de permiso. El Coronel decía que los alemanes eran horriblemente feos, lo cual era falso, en mi opinión. Me compré ropa bonita a sus expensas: una falda de satén y una blusa con el escote calado, medias de seda negras y de color carne y ropa interior de encaje. El Coronel me mimaba por la noche con licor de huevo y bombones Hildebrand. Su dulzor en la boca me hacía sentir una mejor versión de mí misma.

Obtuvimos permiso para ir a Polonia, a una ciudad llamada Lviv, que los alemanes llamaban Lemberg. Antes de partir tuvimos que firmar un acuerdo de confidencialidad. Estipulaba que no debíamos revelar nada de lo que viéramos y que si hablábamos, seríamos eliminados. A bordo de un pequeño avión monomotor atravesamos una lluvia de hollín y una neblina sangrienta. Luego cruzamos la ciudad en automóvil; mirara donde mirara, por todas partes, frente a tiendas o edificios administrativos, plazas y bulevares o alrededor de tabernas, había jóvenes soldados de uniforme. Algunos sostenían una ametralladora, pero los rifles de quienes conversaban frente a los cafés estaban apoyados en la pared.

La secretaria de Himmler había arreglado nuestro alojamiento en una mansión de estilo Biedermeier rodeada por un bosque de robles, confiscada a una familia judía polaca. Las fachadas del edificio principal estaban decoradas con estucos y tenía ventanas altas de numerosos cristales. El suelo del vestíbulo era de mármol y su bóveda estaba pintada con nubes rosas sobre un fondo azul y pastores con sus ovejas; unas guirnalda de yeso de hojas de acanto recorrían el borde de los techos y en el salón había columnas corintias, pilastras y, entre ellas, silencio y altos jarrones negros. El nuevo dueño de la mansión era el capitán Günther, un flaco y afable oficial de las SS que poseía una cadena de guantes en Múnich. Tenía una secretaria, una jovenzuela rubia que los domingos vestía una falda azul marino y la bonita y sencilla camisa de la Liga de Muchachas Alemanas, acompañada de una corbata que se ataba con fuerza. La muchacha se llevaba bien con Ilse, la esposa de Günther, que por su parte era rígida, de cara ancha, pero grácil con su vestido de satén rosa bien cortado. Bonitos tobillos. Le gustaba contar el dinero sentada a la mesa de la cocina al tiempo que hacía balance de todo lo que la Iglesia católica había hecho para ayudar en la construcción y expansión del Tercer Reich. Aparte de ellos tres, en la mansión vivían un niño de comisuras temblonas y numerosos sirvientes. Los prisioneros, si esa es la palabra correcta, judíos nerviosos y chusma, cuidaban con diligencia las ricas tierras fértiles de la mansión, campos, jardines, huerta, vacas lecheras y ovejas. Todas las mañanas veía por la ventana a las treinta mujeres que eran conducidas a trabajar en el

huerto. Se habían afeitado la cabeza y gastaban una especie de batas de fina tela azulada. Detrás de ellas caminaban dos guardias de mayor edad con uniforme de las SS, uno de los cuales tenía un hermoso y bien alimentado rottweiler atado en corto. Un día llovió a cántaros. Soplaban el viento del norte y el aire era tan fuerte que me quedé dentro todo el día. Observé a aquellas mujeres bajo la lluvia, encorvadas sobre sus espaldas encorvadas. No había rastro de los guardias, pero el rottweiler vigilaba.

Me hice amiga de *Frau* Ilse. Ella me explicó cuán maravilloso era vivir en esta nueva Gran Alemania donde la libertad reinaba tan ilimitada que les permitía hacer lo que quisieran. Me mostró dos hermosas pinturas y un conjunto de joyas de oro que había recuperado explorando el apartamento de un profesor desaparecido, un servicio de porcelana de otra residencia, y un abrigo de visón y una estola encontrados en un tercero. Me desagradaba la idea de apropiarme de las pertenencias de otra persona sin permiso. Papá me había enseñado que era un pecado. Sin embargo, mantuve la boca cerrada, pues era una invitada y nuestros anfitriones nos trataban de maravilla. Papá también me había enseñado que allí donde fueres haz lo que vieres. Esa noche, sin embargo, me quejé al Coronel de que estaba mal robar. No ha sido un robo, dijo, sino confiscación, y además, que esas personas ya no necesitan estos objetos, puesto que no existen, querida, están muertos. Al principio, muchas cosas me parecían aterradoras, como los cuerpos de gente ahorcada colgando de las ramas de los árboles, pero al cabo de una semana me acostumbré. Cuanto más me refería Ilse sobre su vida en el Este, más quería saber yo. Hacía preguntas, curioseaba e insistía, y ella respondía, mostraba y explicaba. Por ejemplo, que de profesión era enfermera marrón ⁴, miembro del partido nazi y responsable de varias tareas. No solo enviaba niñas y niños polacos al cielo, sino que también inyectaba veneno en las venas de los soldados alemanes gravemente heridos para liberarles de su sufrimiento y permitirles descansar a la derecha de Dios. Este trabajo tenía un hermoso nombre: eutanasia.

Ilse siempre estaba de aquí para allá, le salía fuego del trasero. Quería sacrificarse en cuerpo y alma al Tercer Reich. Poco a poco entendí que el Führer había confiado a las mujeres alemanas muchas responsabilidades. Además de sus otras funciones, Ilse también formaba parte de una unidad policial femenina que supervisaba los mercados y distribuía alimentos racionados. Millones de mujeres alemanas se dedicaban a esta misión, así como a todo tipo de tareas administrativas y sindicales. Todo estaba muy bien organizado, hasta el más mínimo detalle.

Poco después de este viaje a Alemania, el Coronel entró en la oficina de Inari como un tornado y gritó, ¿estás lista para irnos? Yo dije que sí. Nos vamos a Pello, dijo el Coronel, en la finca de Kortenieni nos espera el enviado especial de Himmler, Yrjö von Grönhagen, que por orden de su superior desea fotografiar los cerros que los eruditos y astrónomos franceses habían escalado cuando querían comprobar si la Tierra tenía la forma de una calabaza o una rosquilla de Berlín. Alatalo nos llevó a la frontera con Suecia, a través de cebadales de espigas redondeadas. Ya en el automóvil, no me sentí en condiciones. Me daba vueltas la cabeza y mis músculos estaban rígidos. Por supuesto, no le mencioné nada al Coronel y me obligué a lucir fresca y enérgica. La casa de Kortenieni era la más hermosa de Pello. El rabilargo Yrjö ya estaba allí esperando. Nuestra anfitriona, Hilma, había dispuesto una gran mesa en el salón. Había vajilla de porcelana, tenedores y cuchillos de plata y, en los platos, pechuga de grévol y liebre con salsa de champiñones. Todo era grasiento y sabroso. De postre, café, camemoros y nata. Después de la comida, me entraron unas náuseas terribles y tuve que correr al baño exterior. Vomité los tropezones y después la bilis. El Coronel gritó, venga, nos vamos al bosque. No puedo, dije al salir del retrete. Me escrutó durante largo rato, tienes la cara totalmente

verde, dijo, te quedarás aquí, Hilma cuidará de ti, volveremos en ocho días, tal vez más. Entré tambaleándome en la casa, donde Hilma me preparó el cuarto de invitados. La cámara era bonita y las sábanas estaban limpias. Me dio un orinal y me puso una escudilla delante de la nariz. Me quedé tumbada sin moverme, sentía que me ardía la entrepierna, me hervía el cerebro y se me derretía la cara. Sudaba tanto que incluso el cobertor estaba empapado. Hilma me entregó un camisón seco y cambió las sábanas. Luego me entró tanto frío que empecé a tiritar, y la cama conmigo, y pronto toda la habitación; gateaba agonizante sobre un lago helado en medio de una manada de caballos que retozaban en la nieve. Luego me atacaron un terrible calor y sudores y me arrastraba por un campo seco en el sur de Alemania y lo veía todo rojo sangre, los guijarros, los troncos de los árboles, las flores secas y la hierba. Transité por esta enfermedad durante varios días. Cuando comenzaba a recuperarme, una criada estaba sentada junto a mi cama, parecía tener solo media cabeza y en la comisura de los labios un bigote larguísimo y grueso como el de Stalin. Cantaba un himno de Sión. También la veía rojiza a ella, y a la lámpara del techo y los marcos de la ventana. Pasé otra semana convaleciente y conversé con una anciana que tenía más de cien años, pero que no había perdido ni un ápice de memoria. Me dijo que su abuela era hija de un francés y que por eso era tan espabilada.

Una noche, a las tres de la mañana, el Coronel entró en mi habitación, me folló y dijo que Yrjö había fotografiado el paisaje desde las cumbres de Kittisvaara, Pullinkivaara, Niemivaara y Kukasvaara, nos volvemos a casa, Alatalo estará aquí enseguida, te dejaremos en Inari, y luego Yrjö y él enfilarían a Rovaniemi para planificar la guerra.

El otoño vino y se fue, y yo pasé las noches en vela. En octubre, observaba por la ventana copos de nieve esponjosos volando en la oscuridad sobre los campos cubiertos de escarcha. Pensaba en las caricias tiernas del Coronel, en sus poderosas manos, su ágil cerebro y su cuerpo indisciplinado. Su mayor talento era su inteligencia, pero a veces se le subía a la cabeza. A finales de octubre se produjo un estruendo tan intenso al otro lado de la frontera este que el geranio del alféizar en la oficina de Inari cayó al suelo y pensé que ya había empezado.

Pero aún no.

La falta de sueño era una ventaja y durante el día rebosaba energía. A veces cortaba leña o quitaba la nieve a paladas, a veces iba y volvía a mi oficina o tejía mitones y calcetines de lana para futuros soldados desconocidos. Justo cuando no podía esperar más, el Coronel llamó de mal humor. Estaba furioso con el mariscal Mannerheim y con el presidente, justo cuando iba a estallar una buena guerra, habían comenzado a lamerle el trasero a los rusos. El Coronel estaba al tanto de que la semana anterior Stalin les había ofrecido un trato: dame tus terrenos frente a Leningrado y te daré tres veces más en el norte. El presidente y el mariscal dijeron que estaba bien, pero, por fortuna, nuestro ministro de Asuntos Exteriores, Erkkö, estaba despierto y había frenado aquello en seco. Stalin se había tomado mal la afrenta.

Pronto estábamos ya en noviembre y cuando el viento se agitaba en la taiga, sacudiendo los árboles y levantando olas del lago Onega, todos comprendieron que los cañones del Ejército Rojo no tardarían en cantar «Katyusha».

El cielo se congeló y en el resplandor amarillo azufre del sol helado los cañones comenzaron a tronar. Sus fauces escupían dragones enteros contra el ombligo del cielo, mientras los rifles concluían el trabajo cerca del horizonte. La sirena de la torre de vigilancia antiaérea aullaba. Se hacía funcionar girando una manivela. Salí corriendo de la oficina y el pueblo entero sonaba, los bosques enanos chirriaban y hasta los bosques salvajes refrescados por el aguanieve imploraban piedad. Pronto disminuyó el alboroto y descendió un silencio como nunca antes había conocido y jamás después. Como si el aliento del universo se hubiera comprimido en un recipiente hermético de

café Gevalia. Me quedé plantada como una estatua de sal en medio del camino, sin guantes ni gorro, con solo mis botas de goma y un jersey de lana. Luego, un estallido. Lo sentí bajo mis pies, la nieve se arremolinó, las ramas de los árboles volaron por el aire; tierra y piedras ennegrecidas. La señal del final del peligro sonó desde la iglesia. Miré mis piernas, si todavía estaban allí. Lo estaban. La bomba lanzada por los rusos había caído en la parada del camión de productos lácteos, en el cruce de la carretera de Kuttura. Caminé de regreso a la oficina en el vacío convertido en pantano boreal. No tenía miedo ni estaba asustada. Me sentía fuerte y lista para sacrificarme, si era necesario. En los márgenes de los caminos había troncos sin ramas, calcinados y chamuscados, caía el hollín sobre la nieve y al poco la nieve estaba negra.

El automóvil del Coronel ingresó en el patio a tal velocidad que traqueteaban los guardabarros. Entró él en casa armando estruendo, henchido de éxtasis guerrero y me susurró al oído: papá se marcha a la guerra y si eres buena le traerá a la pequeña poetisa como trofeo una muñeca rusa y un icono de Andréi Rublev. Me temblaba el coño, nos quitamos la ropa, nos acostamos sobre la suave piel de oso frente la chimenea y contemplamos las llamas reduciendo los troncos a cenizas, uno por uno. Recordé el verano anterior en el río Teno, cuando estábamos sentados en una roca cubierta de musgo a la sombra de viejos abetos y el Coronel me dijo que en este mundo nadie tenía las uñas de los pies más gráciles y finas que yo.

La Guerra de Invierno iba a toda máquina. Avanzaba como una locomotora de vapor. El general Wallenius anunció que ningún soldado se afeitaría la barba o se limpiaría el culo antes de que los rusos fueran derrotados. Y para matarlos, había que dispararles. Y luego el pastor castrense, que no se ha de temer a la muerte, porque la muerte es el mayor misterio de la vida. A los hombres de Laponia se los metió en un tren y se les puso una etiqueta en la frente. Algunos terminaron en Hyrynsalmi, otros en Salla. Menos de dos semanas después, los primeros muertos fueron devueltos a Inari. Viena Saijetsi y yo los recibíamos. Oskari Rintakorpi, el capellán militar laestadiano, corría y se apresuraba ansioso por bendecir sus restos para que no perdieran el autobús de los mártires rumbo al paraíso. Aquellos chiquillos que habían vivido las experiencias del frente y cuyos cuerpos habían sido carcomidos por chinches, pulgas, sarna, gusanos intestinales y piojos, fueron sepultados en tierra congelada. Los soldados del siguiente lote aguardaban tristes a ambos lados del hoyo, contemplando sombríamente su propio destino. Apuntaron sus rifles hacia el cielo helado y dispararon una salva, luego Kuivi Kuttormi cortó tablones de abedul para fabricar cruces.

De diciembre a enero, al Coronel no le vi el pelo. Comandaba un destacamento ora en un frente ora en otro y yo me helaba en Inari sin su protección. Me embargaba una sensación de vacío, no veía vida en ningún sitio. Solo pena. Mi amor por él se convertía en una pesadilla. No sabía comer, ni dormir, nada. Lo peor eran las noches. La soledad se derramaba en mi interior y se transformaba en un dolor violento en la entrepierna, espalda y pecho. Exhalaba desesperación y agonía en la oscuridad muda. Al final, la carencia de sueño me aturdí tanto que no era capaz de levantarme de la cama. Si alguien llamaba a la puerta de la oficina, creía que era el Coronel. Si alguien pasaba por el camino, creía reconocerlo a él. Pasé un día entero sentada frente al teléfono esperando su llamada. Aunque pensara en hacer la colada, pronto me venía a la mente su imagen. Su rostro estaba en mi cabeza por encima de lo demás, su voz y su risa estruendosa se oían por todas partes, era obvio que yo había cruzado la frontera de la locura. Estaba destrozada de amor, sin equilibrio y habría muerto de hambre si el pastor Pulpakko no hubiese pasado casualmente de visita. Vio mi estado, comprendió lo frágil y poco firme que es la vida y empezó a alimentarme a base de gachas de avena con una cucharilla y me curó con palabras divinas. Me lavó el pelo con savia fresca de abedul, me untó los labios agrietados con miel y me llenó la boca de bombones Hildebrand hasta que empecé a cobrar

ánimo. Más tarde me confesó que hubiese sido presa fácil de su riguroso movimiento pietista, pero que se había apiadado de mí y no me había presionado con la santidad. Los últimos meses de la Guerra de Continuación sería enviado al istmo de Carelia. La realidad del frente aplastaría su fe. Renunció al sacerdocio y trabajó el resto de su vida como portero en una escuela en el valle del Torne.

He visto con mis propios ojos cómo en tres horas un simple chiquillo puede transformarse en un soldado, lo rápido que un joven libre se convierte en parte de la manada. Erkki Olthuis, policía militar en la región de Inari durante la Guerra de Invierno, trajo una vez a la oficina al hijo menor de Mattus. El chaval había ido a la tundra en busca de una manada de renos y no sabía que se había declarado la guerra. No era un desertor, pero casi, al menos a los ojos de la ley. Erkki sostenía su rifle, equipado además con su bayoneta, se lo clavaba al muchacho en las nalgas empujándolo hacia adelante. Estamos aquí, dijo, para que este desertor pueda ponerse su uniforme a cubierto, fuera hace menos cuarenta grados. Y allí mismo se quitó el muchacho el traje lapón y se puso el atuendo gris del ejército finlandés. Todo estaba en su sitio excepto que le faltaba el cinturón. Fui a buscarle al armario una correa de cuero que el Coronel había traído de Alemania. Tenía una hermosa hebilla. El chico se la ensartó en el pantalón, descansó ambas manos sobre la hebilla y me guiñó un ojo. Sentí el coño húmedo al instante y me asusté tanto de mí misma que el corazón me latía con fuerza en los oídos y los dedos de los pies.

Y entonces, una noche, cuando estaba sentada en mi mecedora, sonó el teléfono. Aquí el maestro de la guerra en las regiones salvajes y tu amado, dijo el Coronel, te extraño tanto que ando lamiendo el tronco de un joven abedul. Y yo rompí a llorar, estaba tan aliviada y feliz de que estuviera vivo. El simple sonido de su voz me llenó de vida y barrió todo mi dolor.

Después, los recios días y noches heladas pasaron volando. Alimentaba la estufa, jugaba al solitario, me aburría y leía novelas románticas. Un día me topé con un libro realmente horrible y pensé que eso mismo podía hacerlo yo. Empecé a escribir a escondidas historias románticas, por diversión. Escribiendo, el tiempo dejaba de existir y la mañana se convertía en tarde de una sentada. Ojeaba revistas con parsimonia y en ocasiones también mi viejo álbum de pegatinas brillantes o el cuaderno en el que había pegado fotos de mis estrellas de cine favoritas. Sacaba de allí personajes adecuados y les imaginaba un pasado, un presente y, a veces, incluso un futuro. Luego, cuando tomaba el bolígrafo, de mi interior brotaba sobre el papel una historia totalmente diferente, protagonistas muy distintos. Escribir es como la vida misma, incontrolable. Nunca le mostré aquello a nadie.

Durante el último mes de la guerra, el Coronel encontró el momento de venir a follarme un par de veces, como recompensa por sus hazañas militares. En el primero de estos apresurados permisos, lucía un impecable uniforme gris, botas pulidas y una sonrisa alegre, y me tomó jovial entre sus brazos. El sufrimiento te ha embellecido, dijo, y por eso va bien contigo. Le saqué la lengua. La segunda vez su licencia duró solo veinticuatro horas y a la luz de la luna me llevó a un sendero del bosque de olor a turba helada. Caían del cielo grandes copos de nieve dispersos sobre mi nariz, sobre el repecho del río, donde burbujeaban violentos rápidos, y sobre el follaje de un bosque mixto que se abría detrás de campos nevados. Allí, lejos del malvado mundo, admiramos la Estrella Polar que, según el Coronel, brillaba más luminosa que la explosión de una granada.

Un domingo de la época de tregua, mientras descansaba en el jardín de la residencia del Coronel y ojeaba un periódico alemán, le oí llamarme a voces. Salté de mi tumbona y corrí adentro. El Coronel ocultaba algo detrás de su espalda, sentí un maullido. Me había traído una gata que bauticé Nefertiti,

por su aire altivo y embebido de sí mismo. Pronto se reanuda la guerra, dijo, y tendrás que quedarte sin protección ni consuelo durante mucho tiempo, en los momentos difíciles, esta gatita te dará ternura y esperanza.

El Coronel me desnudó y me llevó a la habitación. Mientras estábamos en la cama, Nefertiti entró con un ratón regordete en la boca, lo lanzaba por el aire y lo atrapaba, y lo envió delante de la mecedora. De la boca del ratón escapó una gota de sangre; intentó huir, pero Nefertiti lo agarraba a cada intento con sus afiladas garras y lo mordisqueaba. El ratón chillaba lastimoso, pero aún así seguía forcejeando. Su pequeño hocico estaba rígido de terror, el roedor cayó de costado. La muerte lo aplastaba, muy despacio pero cierta. Nefertiti lo giró con la pata tratando de hacerlo reaccionar. El ratón temblaba de terror y soltaba gemidos, la gata escuchaba sus quejidos y sufrimiento. Las pequeñas patas del roedor buscaban a tientas el aire. Por un momento, Nefertiti creyó que estaba muerto, pero mordiéndolo en el cuello entendió que aún vivía. El ratón se volvió sordo y pesado. Aun así, luchó cauteloso hasta el último aliento. Sus fuerzas acabaron traicionándolo y se rindió. La muerte lo atravesó, cercenó su débil vínculo con la vida, la eternidad se alejó volando, el animal dejó de moverse. Sus pequeñas extremidades las heló el frío de la muerte, había perdido la batalla, su cuerpo se había quedado rígido. Nefertiti miró el cadáver con triste fascinación, la cabeza inclinada, luego le dio la espalda y comenzó a lamerse el pelo. Se preparó una buena cama con las patas y se hundió en un sueño satisfecho. El Coronel me folló profundamente y con ternura y luego dijo que dios no alimenta a los perezosos. Y marchó a prepararse para la guerra.

Los guardias fronterizos alemanes me condujeron de regreso a mi amado Inari, donde los árboles carecen de fuerza para crecer y las polillas otoñales devoran inmediatamente cualquier hoja de abedul que encuentren. Me entregué al ciclo de la naturaleza y a la contabilidad en la oficina de la Guardia de Fronteras. La blanca noche sin noche del norte me cuidaba muy bien. El fresco agosto estaba en movimiento constante. Durante mis paseos a orillas del lago Inari, silenciosa como un tocón de árbol, el viento transportaba hasta mi nariz el aroma del heno y del trébol recién cortados, y de los barcos de brea. Bajo la mirada de las brillantes y oscuras hojas plateadas de sauces, me acariciaba el susurro de la maleza seca, los vientos penetrantes, tormentas de otoño que podían estallar en cuestión de minutos, y las grandes extensiones abiertas del lago Inari llamadas Kasariselkä, Sammakkoselkä, Ukonselkä, Satapetäjäselkä, Vasikkaselkä.

Era el verano de la tregua, antes de que comenzara la guerra de verdad junto a nuestros hermanos de armas alemanes.

⁴ . Las enfermeras pertenecientes a la NS-Schwwesternschaft, Organización de Enfermeras Nazis, eran llamadas popularmente «enfermeras marrones» por el color de su uniforme. [N. de la T.]

Junto a Ilse lo vi todo, los campos, la violencia, los asesinatos y las muertes,

las liquidaciones y el odio. Conocía, como todos los finlandeses que sabían leer

el periódico, lo que estaban haciendo los nazis.

Presencié con mis propios ojos la llegada de los alemanes a la estación de ferrocarril de Rovaniemi a principios del otoño de 1940. Se les esperaba con más impaciencia y fervor que en Oulu en 1918. Vestida con el traje regional de Tuusula y pecho levantado, estaba yo en la escalera al lado del Coronel, a nuestra derecha Hillilä y el general Wallenius. Era un día nublado, sobre el bosque verde había muchas franjas de cielo azul, la marcha militar sonaba con letra de Sillanpää, los abedules se inclinaban pesados ante la melodía y los pinos rugían; ahora empieza. El primero en descender del tren fue el coronel general Dietl, un hombre estrecho y ceñido dentro de un uniforme muy ajustado. Caminó decidido hacia el Coronel, este chasqueó los tacones, se enderezó, levantó la mano y gritó *Sieg Heil!* Dietl hizo lo mismo. Luego se sonrieron ampliamente, pues eran viejos amigos desde los tiempos del Coronel en Alemania. Wallenius hizo una mueca porque, naturalmente, Dietl debería haberlo saludado primero a él, ya que su rango era de general. También yo le estreché la mano y recibí de su ayudante militar de mejillas brillantes un gran ramo de flores. Los vagones derramaban el buen olor propio de los hombres alemanes. Llevaban todos uniformes bien cortados y botas brillantes. Estaban allí Mauritz, gendarme de campaña y campesino de Flensburg; Klaus, sargento y secretario de un instituto técnico en Greifswald; Helmut, cabo y empleado en una tienda en Fráncfort, y muchos más.

Dimos la bienvenida a los oficiales y al resto de dignatarios. Las muchachas más bellas de Rovaniemi ofrecieron ramilletes de flores y, tras extensas ceremonias de bienvenida, los soldados descargaron cajas de conejos, loros, hurones, conejillos de Indias y condujeron detrás de la estación a perros, burros y caballos para que rumiaran fresca hierba de otoño. Los *jäger* alpinos levantaban tiendas de campaña, alineaban las mochilas Tornister en filas rectas, las cartucheras en orden cerrado, al tiempo que nos miraban por el rabillo del ojo con la cabeza inclinada, y las armoniosas melodías de sus canciones resonaban en el aire límpido de finales de verano.

Una vez emplazadas las carpas, los *jäger* alpinos instalaron algunas cocinas de campaña. Pronto humeaban enormes cacerolas y un almibarado olor a *goulash* se extendió por la orilla del río e incluso por los bosques de pinos y líquenes. Rebekka y yo estábamos apartadas, porque ya éramos adultas. Observábamos, pero desde la distancia. Muchachas de dieciséis primaveras pululaban cerca de los alemanes. Helmut gritó, eh, chicas, venid a tomar sopa de carne. Ellas que no. ¿Por qué? No nos atrevemos. ¿De qué tenéis miedo? De vosotros. ¿Por qué? Empujáis a las chicas con un palo. ¡Sois unos nazis crueles y bárbaros! Qué va, no lastimaríamos a una mosca. Entonces las mozuelas corrieron entre risas hacia ellos, porque el griterío era solo un juego. Mi hermana, que se había pintado las cejas con carbón, y yo las seguimos para que el asunto no pasara a mayores. Los *jäger* alpinos nos ofrecieron también a nosotras estofado de cerdo rico en tropezones de sus propias raciones y pudimos beber zumo de cereza en sus tazas de hierro. A las muchachas pobres les sabía tan bien que casi se echan a llorar.

Ya saciadas por los alemanes, nos sentamos a su fogata. Simpaticé con un hombre llamado Ervin, cuya hebilla me resultaba familiar. Estaba adornada con una espada y un gravado: «Mi honor se llama lealtad». Le pregunté por su significado. Me explicó que quería ser fiel al Führer, al pueblo alemán, a la patria, a su división y a sus hermanos de armas, y que creía en la victoria de Alemania. Un grupo de soldados de más edad se dispuso a instalar una batería de cañones. Sopesaron un buen rato dónde colocarla, hasta que un soldado de tropas de asalto, Herbert, se fijó en los campos de la finca Ruikka. ¿Por qué no allí? No tardó mucho en sonar el fuego de entrenamiento de los artilleros.

Los habitantes de Rovaniemi tenían la oportunidad de presenciar grandiosos desfiles y marchas casi a diario, que terminaban con la suelta de increíbles cantidades de globos multicolores, y los niños los perseguían. Los alemanes conquistaron sus pequeños corazones inocentes y puros.

El guapo sargento Fritz, maestro de una institución educativa agrícola en Baviera, había abierto una cantina en la plaza del mercado de Rovaniemi y Rebekka se enamoró de sus labios sensuales. Tenía ojos verdes melancólicos y una expresión alegre. Mi hermana habría querido casarse con él y establecerse en Alemania después de la guerra, pero era imposible. Fritz había dicho que la mujer de un SS ha de ser rubia y medir al menos un metro con ochenta. Rebekka era castaña y le faltaban dos centímetros.

A la sombra de mi hermana, yo también pasaba por allí y obtenía todo tipo de golosinas de Fritz. Había piña en copas de champán, platos de la región de Leipzig y vinos de Naumburgo. Cada vez que entraba, él se ponía de pie de un salto, colocaba los puños en las caderas con un gesto relajado, metía la barbilla para dentro y decía con encanto: *Heil Hitler!* Me divertía. Tan solo los rojos de Viirinkangas que no habían sido fusilados en 1918 y sus mocosos despreciaban a los alemanes, hablaban mal de ellos y juraban a su paso. Pero asegurándose de que no los oyeran.

Un día, estando de compras con Rebekka, entraron en la cantina dos policías militares. Fritz chasqueó sus talones y extendió el brazo a la velocidad del rayo. Uno de ellos le pidió su pasaporte militar. Fritz se lo sacó de su bolsillo y yo lo noté terriblemente nervioso, incluso su cara había cambiado de color. El agente miró el documento y dijo *jetzt gehen wir*. Fritz desapareció en un agujero negro, como muchos de nuestros amigos alemanes. Un joven SS de Prusia Oriental que solo lucía una estrella en la placa del cuello lo reemplazó en la cantina.

Tras la llegada de los alemanes, el Coronel quiso organizar una gran fiesta en su fortaleza de madera de la Guardia Fronteriza. Se frotó las manos y me dijo: Puedes mostrar lo maravillosa anfitriona que eres, decorarás las mesas y todo con tal hermosura que hasta los alemanes comprobarán que por estas latitudes viven algunas personas que conocen y cumplen los estándares arios.

Aquel castillo donde Katri había gobernado antes que yo era un edificio austero de madera. En la planta de abajo había seis habitaciones, además de las cocinas, y arriba, un par de estancias menos. El jardín tenía un sendero de abedules y una bodega subterránea de cuyo techo colgaba un jamón ahumado. El Coronel se aseguraba de que en los anaqueles siempre hubiera tazones de cuajada recubiertos de una gruesa corteza de nata de color amarillo anaranjado. Tyne Petäjäinen, presidenta del comité de celebraciones del sindicato juvenil, horneaba cada semana pan leudado para el Coronel, que yo guardaba en el sótano en un viejo arcón de madera verde. Su delicioso olor aún hoy regresa a mis fosas nasales. Al Coronel le gustaba la simplicidad. La arquitectura de los refugios subterráneos y las literas de campaña eran lo que más lo agradaba y se reía de los megalómanos colosos barrocos de Speer.

Bauticé nuestra recepción con el nombre de Noche patriótica, y confié la mayoría de los preparativos a la sección de *lottas* del distrito de Korkalovaara.

La mañana señalada comenzaron a llegar los invitados. El primero fue el convidado de honor, Vidkun Quisling, líder nazi de Noruega, un hombre increíblemente culto y buen amigo del Coronel. Luego se presentaron el general Hjalmar Siilasvuo, borracho empedernido al que el Coronel aún no odiaba, y los amigos bávaros del Coronel, los comandantes mayores de la Gestapo Heinrich Reitz y Wilhelm Laqua, que me regaló un gran jarrón hecho a mano en Prusia Oriental. Durante su brindis, Laqua dijo que la ruta más corta entre Alemania y Finlandia ahora pasaba por Kirkenes y que los asuntos molestos entre ambos países habían sido olvidados tras una Guerra de Invierno, anémica debido a su brevedad, pues teníamos un enemigo común, compartíamos mucho, y eso bastaba. Durante su discurso, el Coronel expresó que cualquier finlandés siente en su corazón miedo y un odio teñido de desprecio por los rusos, una aversión que corría por nuestras venas desde los tiempos de la

llamada Gran Ira ⁵ . Lo mismo ocurría con los judíos, porque el carácter eslavo unido al éxito intelectual y comercial resultan en bolcheviquismo. Luego levantamos nuestras copas varias veces por esa visión común de nuestro enemigo.

El Partido Nationalsocialista alemán tenía una oficina en Helsinki, y de allí venían el director regional, Wilhelm Jahre, junto con el futuro jefe de la Dirección de Asuntos Escolares de Finlandia, Arvi Poijärvi, y algunos líderes scouts a cargo de las relaciones con la Juventud de Hitler. También estaba el apuesto Yrjö von Grönhagen, antropólogo e investigador del Instituto SS Ahnenerbe, amigo cercano de Himmler, quien después de la guerra pasaría sus inviernos en Grecia y los veranos en su albergue a orillas del río Teno, donde el Coronel y yo nos quedaríamos a menudo en su elegante compañía. La policía de seguridad finlandesa estaba representada por Tauno Heliara, quien calificó al Führer como el mejor líder político de la historia mundial, y por el desafortunado Paavo Säippä, amigo del realismo.

Durante la Guerra de Invierno había tenido lugar un episodio: Paavo, quien por aquel entonces aún dirigía la policía de seguridad nacional, se presentó en la oficina de Inari y me anunció que tenía un asunto de extrema urgencia para el Coronel. Y yo voy y lo despierto, él roncaba en la habitación de atrás. Paavo y el general Wallenius acababan de regresar de Berlín, donde habían sido invitados por la Gestapo para pedir ayuda a Alemania. No la habían logrado. Durante un largo rato Paavo y el Coronel estudiaron sobre el escritorio antiguos fragmentos de un mapa unido por papel adhesivo. Luego tomamos café y Paavo nos contó con voz apagada lo ocurrido en Berlín; que Himmler había dicho: Los finlandeses sois individuos inferiores, incompetentes, lentos, torpes, de constitución fuerte y vuestro lugar está junto a los judíos en la superficie de la Luna. Y que existía un protocolo secreto que le prometía Finlandia a los rusos si Alemania recibía Polonia y el Báltico. Y el Coronel, ¿quién puede estar interesado en Polonia y los países bálticos? Íbamos a marcharnos, totalmente desmoralizados, agregó Paavo, cuando Wallenius se enfureció con Himmler y dijo: Nos habéis vendido a los rusos como Judas Iscariote vendió a Jesús, nos las pagaréis. Paavo se secó el sudor de la frente. Un sombrío y largo silencio descendió sobre todo Inari. El Coronel terminó rompiéndolo con un suspiro: No pasa nada, todo está bien, este pacto de no agresión entre Stalin y Hitler es solo un truco de este último para engañar a los rusos. El pacto le proporciona tiempo a Alemania para preparar una ofensiva en territorio soviético. Paavo permaneció en silencio. Los pactos están hechos para ser rotos, agregó el Coronel, y encendió su pipa, como cuando estaba nervioso. Y en este punto también tenía razón. Como siempre. Paavo Säippä no era un nazi fanático, sino un demócrata moderado incapaz de odiar a los comunistas de verdad, probablemente porque los veía como seres humanos. Es por eso por lo que fue despedido de la Dirección de Seguridad después de la Guerra de Invierno y reemplazado por un amigo del Coronel, Arno Anthoni, posiblemente el nazi más severo de Finlandia.

La belleza femenina estaba representada por las jóvenes *lottas* de Rovaniemi y por las esposas e hijas en edad casadera de banqueros y otros notables. Revoloteaban entre los hombres, sonriendo tímida o abiertamente, cada una a voluntad. Nos divertimos sobremanera, tocando a Chopin al piano, cantando algún breve himno, y yo, por supuesto, leí poemas de Koskenniemi en alemán y recité extractos del *Kalevala* en finés.

Los refuerzos de hierro del Tercer Reich repiqueteaban alegremente mientras los oficiales de observación alemanes de hermosos rostros conversaban en la sala de estar y en el salón de fumadores. Olían a agua de colonia y a rosas, tenían la barbilla lisa y el cabello bien peinado. Nuestro otro invitado de honor era el general aristócrata Von Falkenhorst. Como experto en la situación del norte, el Führer lo había designado para dirigir todas las operaciones en la región.

Tenía su cuartel general en Kirkenes, pero bajaba a menudo a Rovaniemi. Este especialista en condiciones árticas no sabía esquiar ni le gustaba la sauna, y odiaba la noche sin noche y los renos. Ya sea porque recibió una granada en la parte inferior del abdomen o porque una prostituta se vengó contagiándole sífilis, su polla estaba cubierta de cicatrices. Al igual que los alemanes en general, Von Falkenhorst estableció una férrea disciplina militar. Por esta razón estaba constantemente bajo presión, con el gesto cerrado, tan inquieto y nervioso entre los suyos que todo él era gris de la cabeza a los pies, pero cuando nos acompañaba en una caminata por las tierras salvajes o a pescar en la isla de Ukonsaari, en el lago Inari, sacaba una cámara de su mochila, se tumbaba en el hueco de una roca y comenzaba a disparar perdices nivales o zorros mansos. Incluso engatusó al Coronel hablando de cuánto amaba a todas las pequeñas criaturas del Señor, como hormigas, orugas geométricas y demonios de Tasmania, y que tenía la mayor colección de escarabajos de Alemania. Nos contaba chistes, cantaba viejas canciones populares alemanas sobre perros pedorros y a veces incluso bailaba. Este hombre tan infantil, lleno de ensueño y entusiasmo romántico, era el mismo que hacía temblar toda Laponia, a ambos lados de la frontera. A veces traía licor de ciruela húngaro que luego disfrutábamos con moderación. Una vez, en un acceso de sentimentalismo, nos reveló que su sueño más íntimo era pasar el resto de su vida haciendo de Rigoletto en el escenario de la ópera de Nuremberg. Había sido amigo de Finlandia desde la Guerra de Liberación y nos cubría de cumplidos. A veces se refería a nosotros como pueblo invencible tanto en el deporte como en lo militar, a veces como fortaleza legendaria contra el bolchevismo. Me explicó con un lápiz rojiazul el contenido ideológico de los colores oficiales del Tercer Reich. El rojo representa el socialismo nazi, el blanco la nación y el negro todo lo demás. Falkenhorst nunca mencionó directamente la persecución racial, la eliminación de los divergentes y los enfermos, el culto a la crueldad y la violencia, la reducción de las mujeres al rango de máquinas, la práctica de trabajos forzados, el uso de la hambruna como arma de destrucción, los campos de exterminio, la ideología de la superioridad racial, la obsesión por una vida sana, la veneración del ideal espartano. Ante todo, como los demás alemanes, sabiendo que los finlandeses éramos luteranos fervientes, evitó decir que los líderes nazis no toleraban el cristianismo.

Nuestra noche patriótica terminó porque el Coronel tenía que partir a la guerra. Tenía prisa por llegar al frente antes de que se acabaran los rusos. También yo deseaba unirme al campo de batalla ya en junio de 1941. Los hombres tenían que ensanchar las caderas de la Doncella de Finlandia conquistando nuevos territorios y nuestro deber como mujeres era asegurarnos de que pudieran concentrarse en el combate. El Coronel prometió dejar de reír hasta que la bandera finlandesa volviera a ondear en el tejado de la fortaleza de Viborg. Imaginaba que la vida en la línea del frente sería mucho más divertida que mi trabajo como contable; allí cualquier cosa podría pasar. El Coronel, por supuesto, se oponía a mi partida. Quería que me quedara en los bosques boreales de Laponia como un ámbar cristalizado reservado solo para él y tenía pesadillas ante la idea de que me desearan los soldados que luchaban en el frente contra su sed de hembra y yo pudiera aflojarme el cinturón de castidad y entregarle mis agujeros a un apuesto joven oficial. Eres mía, dijo, y ningún otro hombre puede mirarte como yo te miro; entre nosotros hay algo muy especial, muy diferente a los demás. Finalmente estuve de acuerdo. No quería ponerme tan fea y gorda como la presidenta de las *lottas*, Fanni Luukkonen. Me conformé con reunir un círculo de costura en el Grand Hotel de Rovaniemi, en otras palabras, en el Pohjanhovi. Allí es donde, durante la Guerra de Continuación, conversábamos y bebíamos jerez al tiempo que confeccionábamos lindas pantallas de lámparas, según el modelo popularizado por Ilse Koch en una revista de manualidades alemana, con hilo obtenido de pieles secas de animales. Las pieles de color crema daban un hilo beis, las más oscuras

un hilo siena. La fórmula era en principio la misma que la de los lapones, que usaban tripas de renos para fabricar un hilo con el que luego cosían las piezas de piel de reno para sus abrigo y botas.

Rovaniemi era en ese momento, igual que hoy, el centro neurálgico de Laponia, como Helsinki lo es en el Sur. Y el Pohjanhovi era su corazón. Durante la Guerra de Invierno, el hotel acogió a unos cuarenta periodistas llegados de todo el mundo, y durante la Guerra de Continuación, casi seis mil soldados alemanes establecieron allí su residencia permanente, en una ciudad donde los civiles finlandeses éramos unos dos mil más.

Wallenius, el héroe de la Guerra de Invierno, se creía la estrella más brillante de la región y aparecía en todas partes. Posaba para los fotógrafos extranjeros con lágrimas en los ojos, acariciando los rizos de un prisionero de guerra ruso, e incluso tuvo el honor de ser la página central de *Time*, cuando en realidad trataba a los prisioneros como basura. El Coronel, por supuesto, estaba celoso porque él mismo quería ser el eje de todo. Tuvo que conformarse con el papel de número dos, algo terrible para un hombre tan ambicioso de gloria y tan competitivo como él, pero un general siempre pasa antes que un coronel, es así de simple.

Un helado día de invierno de la Guerra de Continuación, esquiaba yo a través del aeropuerto que lleva el nombre de Rommel, construido por los alemanes, e inhalaba el viento que traía el aroma a pan de la gran panadería del barrio Pequeño Berlín, cuando vi a un hombre con una boina de pie en la nieve. ¿Qué haces ahí? Le pregunté. Él, me he perdido. Era un poeta y periodista francés de *Le Monde*, Bernard Le Cor. Me fascinó de inmediato, con sus ojos amables y traviosos y sus gestos complacientes. Me coloqué los esquís debajo del brazo y lo acompañé de regreso al Pohjanhovi. Me invitó a cenar. Acepté. Comimos ganso en gelatina, salmón a la Kalsta y de postre disfrutamos de helado de vainilla con camemoro. Me habló de las prohibiciones, los obstáculos y los frenos nacidos de los valores europeos, las tradiciones y el patrimonio cultural, que impiden que personas sin escrúpulos satisfagan sus bajos deseos y las necesidades superfluas que inventan para sí mismos. Nos hicimos grandes amigos.

Primero me escribió un poema llamado «Monotonía sangrante de la guerra». Respondí componiendo en verso la historia de una granja de nuestra región, abandonada a su suerte y en apacibles ruinas, y rompí a llorar cuando la leí en voz alta. Al poco ya habíamos reunido muchas estrofas. Recuerdo un fragmento de Bernard: Los alemanes solo ganan las guerras de verano, / las del invierno son fracasos asegurados. / Esperaron a mayo para atacar Francia. / Cuando las lluvias de primavera han perdido, / no dirigen el baile. Lo traduje libremente al finlandés, por eso no rima. En francés tiene un buen ritmo.

Tenía razón sobre los alemanes. Exaltaban la magia de la naturaleza salvaje, pero temían el bosque, la tundra, la nieve, la niebla, la bruma, el silencio, el cielo nublado, las llanuras, los campos y los pantanos, los lagos y estanques, moscas, escarabajos, mosquitos, osos, renos y simúlidos.

Además de Bernard, en el hotel me hice amiga de un inglés, Jack, un ladrón y timador. Contó que había venido a luchar contra los finlandeses. Era un aventurero que no sabía leer ni escribir. Además de mí, también había seducido a Tynne Sieppinamma, conocida por ser puta de soldados, y a Helmi Verilähde, que lo lloró durante medio año. También conocí a uno de los líderes del cuerpo de voluntarios sueconoruego, Magnus Dyrssen. Nos leíamos en voz alta a la orilla del río Ounas: yo a Goethe en alemán, él a Strindberg en sueco. Era terriblemente espabilado y de buen corazón. Y buen carácter. Solía suspirar melancólico que el hombre de hoy es una calculadora. Se lo hubiera presentado al Coronel, pero un francotirador ruso alcanzó a matarlo antes de que llegara al frente de Salla.

Los habitantes de Rovaniemi recibíamos de los alemanes todo tipo de regalos. El general Dietl, que quería mantener las habilidades de esquí de sus *jäger* alpinos, ordenó a sus tropas que despejaran la que sería la primera pendiente del monte Ounasvaara. De hecho, era un regalo para el Coronel, quien, como gran deportista, había fundado el Club de Esquí de Ounasvaara. Como aprender esquí alpino formaba parte obligatoria del entrenamiento de los *jäger*, el Coronel era un hábil esquiador, probablemente incluso mejor que Dietl. Los soldados alemanes me enseñaron a mí también a deslizarme cuesta abajo sobre los esquíes. Pasábamos varios días a la semana en las pistas, disfrutando de la vida. Los soldados eran niños sin quebraderos de cabeza. Los oficiales tomaban las decisiones y llevaban el peso de las preocupaciones, así que ellos no tenían nada más que hacer que obedecer. Tan pronto como cumplían con su deber, en este caso darme la lección, marchaban a jugar a las cartas o al libertinaje. Esa clase de soldado vivía también en el Coronel. Se pasaba horas en la sauna con Dietl, a veces hasta el amanecer, y Rudolf, su sobrino, les servía de ayudante, arrojaba agua sobre las piedras calientes, les lavaba la espalda, cargaba hatillos de ramas de abedul y les cortaba las uñas. Lo humillaban. En una ocasión le salvé la vida, un día que el Coronel y Dietl le obligaron a correr desnudo alrededor de la sauna en medio de una atroz helada y le arrojaban cubos de agua fría. Rudolf huyó a Alemania. Se alistó en el batallón finlandés de las Waffen SS y firmó un contrato de dos años. Luchó en Ucrania y regresó, roto, en 1943. Por lo demás, Dietl era una excelente compañía, inteligente, divertido y sagaz. Le encantaba el asado de renos, las salchichas austríacas que nos traía, le gustaban los alcoholes fuertes y los vinos añejos. Cada vez que vaciaba su vaso, decía en finlandés: Abajo los rusos, suerte. A lo que el Coronel respondía invariablemente: Larga vida a la Gran Finlandia, libertad para Carelia Blanca. Pensaba que Dietl era austríaco, pero después de la guerra me enteré de que en realidad era bávaro. Celebramos la inauguración de la pista de descenso en el Pohjanhovi. Fue entonces cuando me dijo que yo era la mujer más bella de la ciudad.

Solo seis meses después de la fiesta, ocurriría el horrible accidente aéreo.

La guerra, en su conjunto, solo intensificó los sentimientos que el Coronel y yo sentíamos el uno por el otro e hizo más profunda nuestra relación. La proximidad de la muerte actuaba como un imán. Nunca he estado tan viva como entonces. En el tumulto de la contienda, el sentido del humor del Coronel brillaba. Su comprensión de las situaciones era increíblemente amplia y sus comentarios tan afilados que a veces me reía sin parar. Sabía cómo encandilar a mujeres jóvenes inteligentes y hermosas, y la amplitud de sus conocimientos merecía una mención especial. Lo sabía todo sobre historia, topografía, química, psicología y filosofía. Sus ojos eran tan agudos que nunca me cansaba de ellos. Sabía actuar de tal manera que no se me ocurría pensar en él como un carcamal espantoso. Excepto a veces.

El espíritu de la época era la venganza y se le había dado un nombre, nacionalismo. Fue la base para construir las operaciones militares. Suecia ayudó al Tercer Reich enviándole fondos, mena y rodamientos. El Führer lo necesitaba para hacer funcionar la industria militar alemana. Himmler había aterrizado en Rovaniemi y le dijo a Dietl que quería experimentar una verdadera sauna de humo. Tomado por sorpresa, este llamó al Coronel para preguntarle si Himmler podía venir a nuestra casa, pues teníamos la mejor sauna de toda Laponia. Adelante, y Himmler se presentó con el secretario de prensa de la embajada alemana, Hans Metzger, que era un verdadero nazi y un gran amigo de Risto Ryti. Nos divirtió hablando en la jerga de Helsinki. Todo sonrisas, nos nombró arios honorarios. Comimos, bebimos y fuimos a la sauna. Además de los caballeros, estábamos algunas muchachas jóvenes de senos puntiagudos y yo. Nos deshicimos de nuestra ropa y subimos a la grada superior. Los hombres se unieron a nosotras, luego Himmler, con calzones largos y las gafas puestas.

Todos lo miraban extrañados, pero nadie dijo nada. Él se mostró complacido con el vapor y le encantó azotarnos a las mujeres con el haz de ramas de abedul. De cuando en cuando salíamos al porche para tomar un refresco y regresábamos a la sauna. Luego nos lavamos y nos enjabonamos mutuamente la espalda, pero nadie se atrevió a tocar a Himmler. Éste no se aseó porque temía mojarse los calzones.

Todo lo bueno y maravilloso, como la noche de sauna con Himmler, terminó en diciembre de 1941, cuando el mariscal Mannerheim se negó a autorizar la toma de su querida Leningrado. El Coronel, por supuesto, estaba terriblemente decepcionado. Según él, estaba claro para todos que el Barón, como siempre llamaba al mariscal, no tenía lo que hacía falta para comandar al ejército, ya que no entendía del arte de la guerra y sus conocimientos estaban totalmente obsoletos y, por lo demás, era un imbécil, y que ningún general finlandés acataría esta decisión. Aksel Airo seguía al mariscal escoba en mano y limpiaba tras de él. El Coronel sabía que si él y los alemanes hubieran conquistado Leningrado, a sus habitantes se les habría impedido abandonar la ciudad, se les hubiera dejado allí para que murieran durante el invierno. Luego, en primavera, las tropas médicas alemanas habrían entrado con su maquinaria para hacer desaparecer los cuerpos de dos millones de rusos. Pero la ciudad no se ocupó, y los soldados se vieron obligados a enterrarse en trincheras excavadas en los bosques pantanosos a ambos lados de la línea del frente. El Coronel decía que el sueño del Barón había sido ser nombrado en 1918 comandante del ejército del zar y la Guardia Blanca de Rusia. Al no resultar, se encontró a la cabeza de la miserable Finlandia.

Esta guerra de posiciones insulsa y agotadora duró dos años y medio, antes de que se reanudara el combate. La sombría espera agotaba los nervios del Coronel. No podía soportar la quietud y rugía que un refugio subterráneo mata por agotamiento incluso a los hombres más fuertes, que los zoquetes se masturban para derretirse la espina congelada, ya había pasado suficiente tiempo tumbado en las trincheras del río Misa ¿es que acaso no bastaba? Sin embargo, no estaba en primera línea y probablemente no vio ni una trinchera durante la Guerra de Continuación.

Esa época la guardo en mi memoria como un momento duro y divertido. Aunque el Coronel estaba nervioso y aguardaba como loco a que se retomara la batalla, nos lo pasábamos bien juntos. A veces se demoraba hasta una semana conmigo en Inari. Me llevaba a un viejo bosque de abetos donde escuchábamos el canto de la perdiz nival y del urogallo, me tomaba entre sus brazos y me susurraba, te amo, te amo, te amo, y mi corazón ardía como una estrella fugaz que ilumina Laponia entera. Me dije que nadie sabía amar como yo y que mi amor por el Coronel nunca se extinguiría ni se convertiría con el paso de los años en un apego tibio, como les ocurre a otros. Mi amor es más ardiente que el de los demás. Mi pasión es una religión por la que estoy dispuesta a rezar y sufrir. Solo vivía para el Coronel y estaba lista para morir si él así lo quería. Cumplía cada uno de sus deseos, disfrutaba de poder servirlo; ser su puta en la cama me llenaba hasta tal punto que nunca pensaba en mí y en mi propio deseo. Me moldeaba a mí misma para ser exactamente lo que él quería que fuera.

Diría que el punto álgido de la guerra fue el verano de 1942. El mariscal Mannerheim celebraba sus setenta y cinco años. El Coronel recibió una invitación para dos personas, lo que significaba que yo lo acompañaría. Ya varias semanas antes se rumoreaba que un misterioso invitado de honor estaría presente. Abordamos nuevamente un avión militar alemán para volar directamente desde Rovaniemi a Immola. Por la ventanilla vi bajo nuestros pies enormes pilas de madera al margen de las carreteras, muchas ardían y despedían humo, carbonizadas.

Los invitados eran numerosos. Estaba Risto Ryti, quien comentó que el Führer era un hombre afectuoso, tierno y una persona con buenas intenciones. Estaba el ministro de defensa, el general

Walden, con su esposa carente de humor, Anni Helli Konkola; el siempre encantador Alarik Prossi, el obispo Tapaninen y el general Talvela, a quienes no les gustaba nada Dietl. Y, como guinda del pastel, el propio Führer, que durante el viaje había sufrido corrientes de aire en las piernas y había insistido a su médico personal para recibir algunas inyecciones extra de Eukodal en las nalgas y cocaína en la nariz, y que ahora masticaba resina de pino recubierta de sal para tener en la boca un sabor más natural. Cuando entró en la sala de la recepción, realmente me asustó. Era canijo, tenía una gran barriga de bebé y una vena hinchada en la sien derecha. A su lado, el Coronel parecía un jovencito, aunque habían nacido el mismo año. El Führer vestía un uniforme del color de la arena del desierto del Sahara, adornado con la Cruz de Hierro y la insignia de oro del Partido Nacionalsocialista; debajo, una camisa blanca inmaculada de cuello grande y una hermosa corbata bien anudada. Un fino arnés cruzaba su chaqueta y el cinturón era grueso. Una de sus manos temblorosas se aferraba a la hebilla, mientras que la otra apartaba el mechón de pelo que le caía sobre la frente. Busqué sus famosos ojos azul hielo, que se decía estaban tristes y solitarios, pero no los encontré. No más que su famosa mirada, que se suponía era negra y sin fondo. Sus ojos eran pequeños, velados y fríos. Observé desde la distancia su muy elogiada piel: estaba arrugada y descamada. Granos de acné le cubrían las alas de la nariz. Estaba bacheada, como moldeada en baquelita.

El mariscal, que generalmente nunca comía lucio pero adoraba el guiso de cuervo, miraba al Führer desde el otro lado de la habitación como si se hubiera tragado una granada. Más tarde, el Coronel me contaría que el mal humor del mariscal se debía a que Alemania iba a perder la guerra y le disgustaba celebrar su cumpleaños con un perdedor. El Führer se reía a carcajadas y cometió el error de darle unas palmaditas en la espalda al mariscal, que odiaba que lo tocaran. Normal, con todas aquellas mujeres que lo habían sobado y manoseado durante su infancia en el laberinto de habitaciones de la mansión Louhisaari donde había nacido.

Tuve que regresar al trabajo y cuanto más duraba la guerra, más me aplastaban las labores extra. La situación cambiaba a un ritmo frenético y llovían las órdenes nuevas. Averiguar cuál era la más reciente podía convertirse en un rompecabezas.

En Inari llegó a haber veintinueve campos de prisioneros, donde se amontonaban los rusos capturados o rendidos. La mayoría de estos campos se encontraban bajo el mando de las Waffen SS y mi trabajo como hablante de alemán consistía en realizar un seguimiento de los muertos, los ejecutados y los huidos. Los alemanes pagaban a los finlandeses y a los sami con alcohol y tabaco, un premio por cada fugitivo ruso capturado. Un ruso fue ahorcado en una rama de pino y lo dejaron allí, a otro lo dispararon en la nieve y lo abandonaron en el sitio, a un tercero le obligaron a arrojararse a un hoyo en el hielo y lo ahogaron, a un cuarto lo ataron con alambre de púas a un pino para que lo devoraran vivo los mosquitos. Los bolcheviques, los comisarios políticos y los partisanos se libraban con menos. Los alemanes los disparaban en el acto. En las guerras son los soldados enemigos los que más sufren, los oficiales menos.

Además de los campamentos en Inari, yo era responsable de contar los cadáveres de los campos gestionados por los finlandeses en Kolosjoki y Palkisoja, en la comuna de Ivalo; del campo de prisioneros de guerra número 9 en Ajos, Kemi; de los campamentos regionales de Rovaniemi, Kemijärvi y Sodankylä, así como de los campos de prisioneros número 19 en Oulu, número 21 en Liminka y número 4 en Pelso, más los que bordean la ruta del océano Ártico. La carretera que unía Rovaniemi con Liinahamari pasaba por las localidades de Sodankylä, Inari y Petsamo, y servía a los campamentos de Kulus, Sieppijärvi, Aska, Sattanen y Parkkina. También me encargaba del registro

de los muertos del Stalag 309 en Kuolajärvi, en la comuna de Salla, que funcionaba al mismo tiempo como campo de trabajo, campo de tránsito y campo central del que dependían los de Alakurtti, Vuolajärvi, Rovajärvi, Korijärvi, Kairala, Nurmi, Lampela, Seipajärvi y Rovaniemi.

Estaba dibujando algunos bonitos números en un cuaderno a cuadros y sumándolos cuidadosamente cuando el Coronel telefoneó, decorad el árbol y ponedlo todo en orden que te voy a traer a un invitado alemán, dijo. No aparecieron hasta las diez de la noche. El Coronel abrió la puerta y entró Speer, el arquitecto y ministro de Armamento del Führer. Me dio un vuelco el corazón y me flaquearon las piernas. Speer cojeaba fuertemente de la pierna derecha y parecía muy afligido, aunque trató de sonreírme. Hulda sirvió licor de camemoro como aperitivo, él vació su vaso de un trago. Invité a los caballeros a sentarse a la mesa. Speer apenas tocó el reno asado que había preparado Hulda y que estaba delicioso. El Coronel comía y Speer se quejaba de su pierna. Me ofrecí a llamar al médico del Coronel, pero Speer se negó. Estaba terriblemente nervioso, sudaba, caminaba por la sala de estar de un lado a otro. El Coronel sacó del armario una botella de coñac francés y se la bebieron a medias. Después Speer se relajó lo suficiente como para explicar lo que le ocurría. Le había salido un coágulo en la pierna al enterarse de que el Führer había ordenado que lo mataran. Antes de que llegaran los asesinos, había tenido tiempo de volar a Rovaniemi en su avión privado. Se retorció las manos y el rostro y estalló en sollozos. El Coronel se deslizó al pasillo y llamó a Pequeño Berlín, venid a buscar a este traidor. Pronto oímos un golpe en la puerta y unos alemanes vestidos de civil se llevaron a Speer. Tenía la cara blanca como una mortaja y no dijo una palabra.

En enero de 1943, recibí la orden de una autoridad superior al Coronel de ir al campamento central de Kuolajärvi para realizar un inventario. Aparecía un error en las cuentas y me mandaron recalcularlo todo. Llamé al Coronel, me iba a Kuolajärvi. De ninguna manera te dejaré ir sola, dijo. Bajé hasta Rovaniemi, donde tuve que esperarlo una semana. Primero tomamos un avión militar alemán hasta Salla. Al aeropuerto nos llevó el conductor bávaro con cicatrices del general Dietl, que estaba completamente borracho. Circulaba como loco por la calle principal endurecida por la escarcha. Yo chillaba y el Coronel se carcajeaba con su estruendosa risa. Al poco se levantó una fuerte tormenta de nieve. Miré por la ventana del automóvil a las mujeres jóvenes en pantalones de esquí frente al barracón restaurante y a los hermosos soldados alemanes que revoloteaban a su alrededor. En cierto modo, los envidiaba.

Cuando el avión aterrizó en el aeródromo del lago Suulajärvi, presencié un espectáculo doloroso. Envueltos en una terrible ventisca, los jóvenes voluntarios finlandeses vestidos con buenas ropas de invierno y los prisioneros de guerra rusos, medio desnudos, despejaban la pista a paladas. Cada vez que una ráfaga la cubría de nieve, tenían que comenzar de nuevo. Alatalo nos llevó al campamento central de Kuolajärvi, rodeado por una valla doble de alambre de púas, de dos metros y medio de altura, y en el centro un sistema de alarma hecho con estacas, alambre y latas. Vigilaban un oficial, cuatro suboficiales y cuarenta y ocho guardias. Fuera de la cerca de alambre de púas nos recibió un montón de arena cubierto de nieve sobre el que habían plantado un letrero: «Aquí yacen cien rusos de cuello corto». Por las perneras del pantalón de uno y otro prisionero consumido de inanición se derramaba sobre la nieve una diarrea sangrienta y allí mismo se congelaba. Todo aquello me horrorizó profundamente porque nunca había sido testigo de algo así en Finlandia. En Alemania sí, pero eso no contaba. Ya lo había olvidado. Tampoco había experimentado aún lo que vendría al concluir la guerra, ni había perdido todas mis ilusiones, como ocurriría más tarde. Cuando en un arrebato de lástima le entregué mis guantes a un prisionero, el comandante del campo me amenazó con un consejo de guerra. Según él, mi gesto constituía alta traición. El Coronel intervino y

metió la mano derecha en la funda de su pistola, apuntó con el arma al comandante, frunció el ceño y dijo: ¿Es que no te han enseñado cómo encerrar a las razas inferiores? En Alemania, por un descuido así te habrían colgado por las pelotas en la rama de roble más cercana, pero como estamos en Finlandia, te condeno a quinientos latigazos.

Era solo una broma y el comandante del campo lo entendió. Toda la tarde, el Coronel me estuvo tomando de la mano con ternura cada vez que los demás miraban a otro lado y, durante el viaje de regreso, me abrazó con tanta fuerza en el asiento trasero del automóvil que casi me ahoga. Ordenaba a Alatalo que se detuviera e íbamos a hacer el amor sobre obstáculos antitanque, entre bloques de hormigón o detrás de setos de alambre de púas.

Conforme la Guerra de Continuación llegaba a su fin, también la situación en Inari se volvió terriblemente confusa. Pululaban por allí masas de *jäger* alpinos alemanes incapaces de seguir luchando. Aterrorizados por los partisanos rusos, habían perdido los nervios. Todas las señales indicaban que detener la lucha, en otras palabras, la paz, sería doloroso. De alguna manera, la atmósfera parecía empezar a marchitarse y los jefes alemanes más importantes desaparecían uno tras otro, cada uno por su lado. Otra vez nos quedábamos solos.

El verano de 1944 fue el más duro. Ocurrió el accidente aéreo que nos privó de un amigo muy querido, Dietl. Había ido a visitar al Führer a su Nido del Águila. De regreso a Finlandia, su avión chocó con una montaña en los Alpes. Muchos otros habían muerto de la misma manera, incluido un arquitecto que antes de Speer era la niña de los ojos del Führer; también había ido al Nido del Águila y a la vuelta se había estrellado en los Alpes.

La muerte de nuestro amigo me causó una profunda conmoción. En un intento de consolarme, el Coronel me aseguró que Dietl era consciente de su destino y se había despedido de un modo conmovedor antes de abordar el avión en Rovaniemi. Durante muchos años pensé que aquel hombre nunca habría permitido que sus compatriotas destruyeran Laponia, incluso si en realidad fue él quien trazó los mapas para planificar cómo reducirla a cenizas.

Un día del mismo verano, el Coronel, von Falkenhorst y yo estábamos sentados a la mesa en la sala de estar de la residencia del Coronel. Disfrutábamos de café y brandy cortado. De repente, el alemán empezó a carraspear de un modo extraño. El Coronel se asustó, pensó que estaba sufriendo un ataque al corazón. Pero el otro sacudió la cabeza entre las manos, logró decir con voz débil que se sentía terriblemente mal porque, cuando Alemania ganara la guerra, tendría que enviar al Coronel a la cámara de gas y a su bella amante, en otras palabras, a mí. Que de acuerdo con las tesis raciales del Tercer Reich, los finlandeses no son escandinavos, sino un pueblo magiar como los húngaros y a vosotros os desinfectarán, en otras palabras, os gasearán de inmediato, os perforarán los ojos y os exiliarán más allá de los Urales, esclavos en una mina de Siberia. Que siente pena por nosotros, pues ambos somos unas personas muy queridas y siente pena por Finlandia, pues su gente ha hecho lo posible para la felicidad del Tercer Reich y por ignorancia y terquedad se han engañado con los éxitos militares del Führer. El Coronel y yo estábamos atónitos. No dijimos una palabra. Me escapé a la cocina con el pretexto de llenar la cafetera. El Coronel estuvo de morros incluso la semana siguiente. Una sensación de desastre se extendía por cada célula de nuestros cuerpos.

El istmo de Carelia, la gran ofensiva del Ejército Rojo, y así comenzó a abrirse el nudo gordiano. Victoria defensiva, a pesar del mariscal Mannerheim. En realidad se trató de una derrota que llamamos victoria. Llega la hora de la paz forzada, la guerra termina en el este y entra en vigor la tregua de Moscú. Que era justamente una tregua, porque Stalin quería darse tiempo para reflexionar tranquilamente sobre todo lo que quería agregar a los siete puntos de la lista de requisitos que había

incorporado al acuerdo de alto al fuego. Al final no añadió nada, porque decidió, al igual que el zar en su día, preservar el estatus especial de la Doncella de Finlandia. Pensó: Vamos a darle a los vehementes muchachos finlandeses una recompensa por su feroz resistencia. Después de la guerra, la gente supo cómo apreciar aquella mano extendida. Pero las hostilidades no se detuvieron allí, nos esperaba un nuevo conflicto fratricida, porque era necesario que obedeciéramos las órdenes de los rusos y expulsáramos a nuestros amigos, los doscientos mil soldados alemanes presentes en Laponia. Escuché la radio con lágrimas en los ojos y cuando Olavi Virta cantaba *Por eso estoy triste*, sollocé. Sonó el teléfono, era el Coronel. Por el sonido de su voz, me di cuenta de que algo irreversible había sucedido. El héroe de la batalla de Raate, el general Siilasvuo, es decir, Hjalmar el Sangriento, había sido autorizado a abandonar su trabajo de oficina tras el desastre de Kiestinki, y regresar al campo de batalla y, por orden del mariscal Mannerheim o más exactamente de Rudolf Walden, había lanzado un ataque sorpresa a espaldas de los alemanes en Röyttä, cerca de Tornio. Me han derrocado, gritó el Coronel al auricular, este grupo de chaqueteros y perros sarnosos me pasan por encima, actúan a mis espaldas y seguramente pronto me colgarán por los pies del primer pino. Yo, que seguramente será un malentendido, como comandante de los oficiales de enlace, tú eres el jefe. Pues no lo parece, gritó el Coronel, a estos imbéciles hay que enseñarles lo que es el orden y la disciplina, voy a ir a hablar con Rendulic.

Al día siguiente, el general coronel Lothar Rendulic nos invitó a cenar, al Coronel y a mí, en la aldea de Namma. Estaba a unos cincuenta kilómetros al norte de Rovaniemi, y hasta allí se había trasladado el personal alemán unas semanas antes.

Un automóvil con el banderín del comandante y con las SS en letras rúnicas en su matrícula nos recogió en el cuartel de Pöyliö, donde el sargento mayor Alatalo nos había llevado. Al llegar, noté de inmediato que Lothar, quien generalmente mostraba la seguridad de un francotirador, estaba cabizbajo. Nos invitaron a sentarnos en un sofá y el ayudante militar nos sirvió martinis secos. Guardamos silencio. Medité cómo comenzar la conversación, aunque los hábitos de los finlandeses y los alemanes en este asunto son bastante similares: ambos aceptamos los cumplidos y los reproches en serio. Le pregunté directamente qué le preocupaba. Rendulic guardó silencio un momento, antes de suspirar que su tristeza y angustia se debían a la profundidad de los bosques finlandeses y a la imposibilidad de ver el cielo a través de su vegetación interminable. Le alenté a que subiera más al norte, allí no había árboles. Los hombres empezaron a escrutar el mapa y se sorprendieron de la ofensiva de Siilasvuo, conocido como el General Manguera. Había distintas opiniones sobre el asunto, por ejemplo, que el mariscal Mannerheim había caído enfermo o que los alemanes lo habían matado o que los rusos lo habían reemplazado por un doble que ahora estaba enviando sus tropas contra sus hermanos de armas. También examinaron cuidadosamente los mapas de los finlandeses y los alemanes. Ambos marcaban el calendario de retirada. El Coronel me diría más tarde que no parecían coincidir en absoluto.

Rendulic se volvió hacia él y le preguntó si podía considerar unirse a las SS. El ayudante trajo un uniforme de la Wehrmacht y un contrato. Tras un largo silencio, Rendulic añadió: Tenemos la intención de formar un regimiento de comando guerrillero finlandés para luchar en nuestras filas contra los rusos y los finlandeses, y el Führer desearía que tomaras el mando. Con las mismas, el ayudante abrió un cofre que estaba en una mesa auxiliar. Rebosaba de hermosos billetes finlandeses. El silencio continuó por algún tiempo. Tragué saliva, pero no me atreví a mirar al Coronel a la cara.

Señor general del Ejército, comenzó el Coronel, aunque amo a Alemania, en este momento solo tengo una patria y es Finlandia, no será necesaria ninguna explicación adicional.

Después de eso, nos ofrecieron un buen café acompañado de coñac y el mismo automóvil nos

devolvió a casa. Así lo he contado siempre, aunque la realidad es un poco distinta. El Coronel nunca dijo que solo tengo una patria y es Finlandia, sino que gritó a pleno pulmón: Malditos nazis, me estás proponiendo a estas alturas de la guerra los galones de general y luego un suicidio colectivo, ahora que estáis fuera de juego y lo habéis perdido todo, nada me ofrecisteis cuando estabais seguros de la victoria, ni el más mínimo colgajo o botón, a los finlandeses nos llamabais personas inferiores, mongoloides de mollera pequeña y nos prometisteis un pasaporte para la cámara de gas cuando ganarais la guerra, puedes limpiarte el culo con tu contrato y hazlo con cuidado, porque dentro de poco todos vosotros vais a colgar de un tronco, yo no voy a suicidarme porque me amo a mí mismo.

Y, por supuesto, no tomamos café, porque el Coronel desfiló hacia la puerta, totalmente gris, empujando perezosamente al pasar al jefe de Estado Mayor, Hölter, quien metió la mano en la funda de su pistola y habría sacado el arma si Rendulic no le hubiera hecho señas para que lo dejara pasar. El mismo elegante automóvil nos estaba esperando fuera y nos devolvió a casa, a Rovaniemi. Por el camino vimos una compañía de infantería alemana marchando hacia el noreste. Un poco más allá, justo al lado de la carretera, un grupo de cinco hombres gateaba y lanzaba balidos al vernos pasar. Yo, míralos. Juegan a ser ovejas para demostrar que se ven a sí mismos como animales sacrificados que envían al norte para ser asesinados.

A nuestro regreso de Namma, sabíamos que nos aguardaba una guerra sombría contra los alemanes. El Coronel no quería tomar las armas contra ellos y por eso tuvimos que pasar a la clandestinidad.

Metimos nuestras pertenencias más preciadas en dos maletas y le dijimos a Hulda que cuidara bien la casa, y el sargento mayor Alatalo nos llevó al sur y al exilio.

No fuimos testigos de la partida de los alemanes, pero Hulda, sí. Me contaría que una mañana sonaron las campanas de Rovaniemi y las locomotoras silbaban como si fuera el día del juicio final. Ella había corrido a la estación. Allí nuestros hermanos de armas cargaban sus bártulos en vagones militares. Los andenes estaban abarrotados de largos y negros vagones de ganado. Los loros chillaban, los conejos habían sido comidos, los hurones y los hámsteres habían desaparecido, los burros sacrificados, los perros ladraban sin cesar y algunos caballos pataleaban en un extremo de la estación mientras se cargaba la artillería en los vagones. La operación de carga duró varios días. Luego llegó el momento en que las cocinas móviles y las carpas se desmantelaron y empaquetaron para el viaje. Los trenes habían silbado, la señal de partida, los vagones decorados con ramas secas de serbal se sacudieron y desaparecieron al amparo del espeso bosque.

Luego les llegó el turno de partir hacia el norte a las unidades de infantería alemanas. Al marchar prendieron fuego a cada promontorio, hendidura e isla y arrojaron granadas a establos, cuadras, rediles y gallineros. También la residencia del Coronel como comandante de la Guardia Fronteriza sufrió lo suyo. Hulda apenas tuvo tiempo de salvar de las llamas el gran jarrón que Laqua me había regalado y la jarrita de crema de un profesor judío que compré en el gueto de Varsovia. También quemarían mi oficina en Inari. No pasaba nada, pero los nuevos *jäger* alpinos llegados de Baviera, que no conocían ni Laponia ni a sus distinguidos personajes, también incendiaron la tan querida cabaña de pesca del Coronel en Luusuanniemi. Eso el Coronel nunca se lo perdonó.

La Guerra de Laponia, las aldeas en llamas y la ciudad de Rovaniemi quedaron atrás mientras el sargento mayor Alatalo nos guiaba veloz hacia el paisaje teñido de otoño de Kemi. El Coronel me estrechó la mano con fuerza, nos casaremos tan pronto como lleguemos, dijo. Ni siquiera tengo un vestido de novia, respondí. Eres tan hermosa que no lo necesitas. ¿Nos mataremos entonces como aconsejó el Führer?, pregunté. Eso haremos, respondió el Coronel, no puedo vivir en un mundo

donde el orden nacionalsocialista no reine, primero te mataré a ti, luego me mataré yo, porque no confío en ti.

Estaba dispuesta a morir si él quería. Pero en mi caso el motivo no tenía nada que ver con la derrota de Alemania. El doble suicidio representaba para mí entonces la mayor prueba de amor. Pensaba que habíamos perdido la guerra y que el resto dependía del Coronel. Muchas personas habían muerto en el frente antes de cumplir dieciocho años. Yo había entrado en la treintena y estaba lista para partir si mi ser querido lo deseaba. Carecía de voluntad propia, en mi alma tenía cuatro años. No había crecido psíquicamente. A la altura de Tornio, el Coronel cambió de opinión y dijo: Vamos a ver cómo marchan las cosas, pero sé que críos no quiero dejar. Me escuché decir que yo tampoco. En cuanto a los actos heroicos en tiempos de guerra, dijo, solo los hombres sin hijos son capaces de ellos, aquellos que nunca han practicado la ternura; y eso de invertir dinero en una esposa es tirarlo, a un agujero hay que darle palos, así se convierte en amorosa y buena. Me asusté, pero me tranquilicé al momento pensando que sus palabras se debían a que a nuestro alrededor flotaba la realidad de la guerra perdida y trataba de pisotear el amor y las palabras hermosas. Que sus crueles palabras pronto volverían a ser dulces, que el recuerdo de la guerra se desvanecería y una nueva fuerza vital y deseo de reconstrucción se apoderaría de él y de todos nosotros.

Cruzamos la ciudad de Kemi. Los caminos estaban atestados de camiones con soldados desmovilizados, apilados bajo las lonas. Otros montaban en bicicletas, en carros tirados por caballos o iban a pie. Grupos de hombres del frente pululaban a paso nervioso por las paradas de los camiones de la leche, las puertas de los bares y las tiendas de alimentos. No sabían si avanzar o retroceder. Los trenes traqueteaban de atrás adelante y Finlandia entera parecía ir o venir. Por los caminos nos encontramos con soldados cenceños, barbudos, silenciosos, retraídos, apáticos, derrengados, decepcionados, clavando la vista en el infinito. Hombres jóvenes, aún muchachos, sin experiencia militar, se arrastraban detrás de camiones hacia el norte y la Guerra de Laponia. Allí servirían como carne de cañón, se desvanecerían en el vacío. Estaba empezando a sentir una verdadera aversión a la guerra, pero me lo callé durante mucho tiempo. Los chiquillos luchan y se pegan con los puños desnudos en los patios de la escuela, los estadistas hacían lo mismo, pero con máquinas de combate. Durante la contienda, los soldados son héroes, los líderes militares les prometen la luna cuando termine la guerra y, cuando termina, no reciben nada. Son abandonados a su suerte o a su desgracia.

Nos unió en matrimonio el capellán militar Schiller, viejo amigo del Coronel desde que lucharon juntos en la Primera Guerra Mundial, y miembro de las SS. El Coronel llevaba un uniforme impecable y las botas brillantes. Yo solo una falda negra de lana plisada y un jersey negro. Parecía vestir de luto, pero en esa época el negro era el color de las celebraciones. No teníamos anillos de boda, así que no los intercambiamos. El sargento mayor Alatalo fue nuestro único testigo, no hubo invitados. Después de la ceremonia, Schiller dijo que Roosevelt y Stalin se repartirían una Europa en ruinas.

Continuamos viaje y yo sentía una turbación infantil pero feliz. Tras más de diez años de relaciones, finalmente éramos marido y mujer, y yo era Coronela.

Aquel fue el día más bonito, más brillante y más feliz de mi vida hasta entonces.

⁵. Se denomina Gran Ira a un periodo dentro de la Gran Guerra del Norte (1700-1721), cuando Finlandia, que entonces formaba parte del Reino de Suecia, estuvo ocupada por Rusia, de 1713 a 1721. [N. de la T.]

Una vez le pregunté al Coronel por qué me torturaba

y raro el mes que no intentaba matarme. A lo que él respondió

que se azota a quien se ama.

Atravesamos de norte a sur el cuerpo devastado por las privaciones de la Doncella de Finlandia, hasta la ciudad de Tammisaari. Alatalo aparcó delante de una gran mansión, esta es nuestra casa, dijo el Coronel. Me parecía una ruina lista para el desguace. Alatalo llevó nuestras maletas hasta la veranda semicarcomida, se despidió con un apretón de manos y puso rumbo a Rovaniemi. El Coronel abrió la puerta y desde el porche todo parecía tan elegante como en un cuento de hadas. Nos quitamos de inmediato la ropa y corrimos de una habitación a otra buscando una cama. Como una niña, creía que los deseos y la voluntad gobernaban el mundo y que podíamos vivir el resto de nuestros días felices y fieles uno al otro.

La antigua mansión había sido construida entre la orilla del mar y una laguna. Un consejero industrial se la había prestado al Coronel mientras la situación política lo requiriera. El nombre del estanque era, naturalmente, Laponia. El edificio desvencijado tenía diez habitaciones elegantemente amuebladas: una sala de estar con muebles de estilo Biedermeier, auténticas cortinas francesas de color marfil, finos visillos de encaje y apliques de estilo imperio; un comedor en cuyo techo colgaba una pesada araña de cristal de muchos brazos, y una maravillosa y enorme galería acristalada donde organizaría cada otoño un festín de cangrejos de río. En la pared sur se había levantado una coqueta celosía por la que trepaba una madreselva de delicioso aroma y una acacia blanca, exactamente igual que en la mansión Ilse, en el frente oriental. La ventana del comedor daba a los viejos arces y tilos del gran jardín y a los árboles frutales de la huerta y más lejos se extendía un interminable mar revuelto que en otoño levantaba olas de plomo. Nuestra estancia en Tammisaari me aficionó a las mansiones y los jardines. Aún me gustan los avellanos y los castaños, también los sólidos juncos junto al mar, las espadañas y otras plantas decorativas. Todo lo que susurra en el viento otoñal.

Las primeras dos semanas en Tammisaari tras la bendición del cura fueron perfectas. Deambulaba de una habitación a otra como drogada. Si los síntomas de abstinencia por el final de la guerra se volvían demasiado agobiantes, me metía en la boca un bombón Hildebrand. Los sueños, la esperanza y la fe en la vida se alojaban en mí en el mejor de los veranos, y cada vez que recordaba la guerra intentaba devolver a mi mente los buenos momentos y las aventuras. El Coronel obtuvo un trabajo encubierto para el ejército en Hanko. Estaba frustrado, deprimido y gruñía que tenía que ocuparse del papeleo, pero aún así me miraba con embeleso y orgullo. Ahora eres solo mía y puedo hacer contigo lo que quiera, repetía. La pequeña poetisa, susurraba, tu coño es suave como una patata cocida, y me sostenía con ternura en sus brazos tardes enteras. Construíamos un refugio juntos. Yo era el ama de casa perfecta. Ojeaba revistas con calma, paseaba por robledales y me mantenía hermosa y deseable.

Una noche, el Coronel regresó de Hanko e inmediatamente nos fuimos a retozar, como solíamos hacer. No noté nada en particular. Me miró con ternura y me susurró dulces palabras al oído. Luego olí el perfume de otra mujer en el vello de su pecho. Husmeé más cerca y vi congelarse su mirada. Se puso de pie de un salto, me miró furioso y gritó qué demonios es ese sujetador de puta que llevas puesto. Dije que era el que me había traído él de Berlín. Gritó, cierra la boca, coño, me lo arrancó, gritó que su esposa no va vestida como una fulana y me dio una bofetada en plena cara y la sangre salió volando de la nariz y del labio hasta las sábanas blancas.

Al primer golpe le siguió otro. Yo era testigo de su furia que salía a raudales de su interior. Parecía un animal perseguido y lanzaba miradas furtivas a su alrededor poseído por tal rabia que no me atrevía a mirarlo a la cara. Me gritó al oído que ninguna hembra lo encadenaría, le daría órdenes o lo vigilaría igual que una bestia salvaje a sus cachorros, atropó los pedazos de mi sujetador del suelo y me los embutió en la boca. En sus ojos brillaba el odio, cristalino como el hielo, y un disfrute dulce y pegajoso. Sus labios apretados, los movimientos de su mano, la forma de su palma, las gotas

de sudor en su frente y las sienas, los latidos impetuosos de su arteria, los gritos, jadeos, gemidos, resuello, el momento en que descolgó el famoso látigo inglés de la pared de la sala del que yo tanto había oído hablar y empezó a azotarme. Escuché el áspero susurro de los latigazos, los golpes sordos de los fustazos y sentía la luz que se tamizaba torcida por la ventana del cuarto y las sombras de los robles sobre el papel pintado con rosas rojas. Me lancé fuera de mí misma, a un área gris del alma y del cuerpo y desde el techo lo veía azotarme, violarme y orinarme encima y finalmente encerrarme en el armario. Recuerdo cada uno de los detalles y movimientos, cada sonido y todos los olores. Estaba conmocionada. Me enfrié y morí. De madrugada, él abrió la puerta del armario y rodé por el suelo como una madeja de lana. No sentía las piernas ni las manos, estaban como amputadas. Me acurruqué formando un pequeño círculo como un feto en el vientre de la madre. Mantuve mis ojos ciegos cerrados. Era automático. El cuerpo reacciona así porque imagina que esa posición lo protege de todo mal. Me quedé allí tirada, amortecida de miedo y temor y él me levantó con suavidad y me llevó a la cama y dijo, con pretendida alegría, amor mío, es hora de ir a dormir. Al poco ya roncaba a mi lado, yo era un torso violado.

Estaba tan avergonzada de mí misma y de mi estado, que me mordí los dedos hasta hacerme sangre. Me avergonzaba que el Coronel me hubiera engañado con otra mujer. Me avergonzaba porque entendía la trampa en la que había caído. Me avergonzaba lo infantil e ingenua que había sido. Me avergonzaba mi estupidez, por no creer lo que me habían dicho. Permanecí amurallada física y mentalmente durante varios días; como moldeada en hormigón, no sentía nada, no comía, no dormía. Tenía los párpados tapiados, los labios reventados y pegados uno con otro. El Coronel se asustó e intentó consolarme, pero yo estaba más allá de todo consuelo. Luego me obligó a tomar un vaso de leche en el que había diluido analgésicos y me sumí en un largo y profundo sueño.

El Coronel estaba sentado al borde de la cama cuando me desperté unos días después. Me miró con la cabeza ladeada y dijo: Perdóname, querida, estoy condenado a la perdición, en mi interior serpentea una culebra venenosa, en lugar de cerebro tengo un hormiguero y estoy exhausto, nuestros ideales han sido pisoteados, todo lo hermoso ha sido destruido, Estados Unidos se repartirá el mundo, nos van a escupir encima y nos obligarán a lamerles el culo a los rusos, el pueblo finlandés es insignificante y estúpido y un saco de mierda nauseabundo, la bondad escondida en el ser humano jamás ha existido, la humanidad entera es como una horda de ladillas en un enorme coño y, si creyera en Dios, rezaría para que destruyera este planeta. Luego lloró mucho tiempo y con fervor. Me uní a su llanto. Prometió no volver a ponerme jamás la mano encima y me llevó a la sauna que había calentado para mí. Me quitó la ropa ensangrentada y me sentó en las gradas. Allí comencé a sentir mis manos de nuevo y luego mis pies. Examinó mi cuerpo con una lupa y alabó la flexibilidad de su pequeña poetisa. Me dio consejos. Igual que papá había enseñado a mamá. Solo debes tener pensamientos hermosos, ennoblecen a las personas y hacen a una mujer aún más deseable, más atractiva y encantadora. Y solo debes tener en mente cuestiones de fe, porque entonces en ti se desarrollará el amor hacia el sufrimiento, la sumisión, la humillación y el olvido de ti misma.

Durante los hermosos días posteriores, me dejé convencer. La voz del Coronel, que se había vuelto tan querida y familiar y segura, me ablandó. La fe y la esperanza tenían que volver, porque sin ellas estaría muerta. Y pronto nos sumergimos en el océano del perdón donde cientos y mil veces ahogué los actos dolorosos y las malas acciones. Se hundían allí como un saco de vicios y pecados cargado de piedras. Recordé las palabras del tío Matti, no se debe responder al mal con el mal, porque el mal se destruye a sí mismo, pero jamás volví a tener un orgasmo.

Después de los primeros golpes, el patrón de nuestra vida fue siempre el mismo. Primero unos días de agradable vida cotidiana, luego el Coronel se aburría y no podía respirar. Estaba ansioso, lo

consumía el veneno de la insatisfacción, deseos que escapaban a su comprensión. Como si tuviera malaria, empapaba las sábanas de sudor, daba vueltas, se removía, no conciliaba el sueño, luchaba y gesticulaba un tiempo, luego se marchaba. Iba a follarse a una u otra y regresaba borracho. Me despertaba, me abrumaba con reproches, me gritaba, se burlaba de mí y buscaba pelea. Si era necesario, discutía consigo mismo y daba vueltas poseído por la ira propinando puñetazos a las paredes. Me arrancaba de la cama y derramaba su furia sobre mí. Necesitaba los ataques de ira para desahogar su frustración. Una leve sumisión le proporcionaba bienestar, le calmaba. Se excitaba tanto que su polla estaba a punto de explotar y luego me daba una paliza. No me atrevía a defenderme porque pensaba que se acabaría calmando. Creía que era lo mejor, pero solo empeoraba las cosas. Él odiaba mi sumisión, justo las características que adoraba en mí cuando estábamos prometidos. Entonces no lo entendí, incluso si lo expresaba claramente: la maldad pelea, la bondad cede y se retira. Cuando estaba cubierta de magulladuras y moretones, él me ocultaba al mundo. Si una visita preguntaba por mí, él fingía que yo había salido a recoger bayas o setas, o a esquiar, aunque me hubiese encerrado bajo llave en la habitación. Cuando estaba fregando los cacharros, venían los reproches. Los vasos estaban sucios. Yo los fregaba otra vez. Hay huellas, decía él. Y yo los lavaba de nuevo. Ahora no brillaban lo suficiente. Frotaba cada vaso durante media hora con un paño. Ahora estaban bien. Preparaba puré de patata y asado de reno, pues estaba seco y sin sabor. Se lo arrojaba a los perros y hacía otro. También éste iba para los perros. Comíamos puré solo y el Coronel se tiraba un pedo en agradecimiento. Hacía la cama. La colcha no estaba recta. La alisaba. Todavía estaba mal, las almohadas estaban mal colocadas debajo de la colcha, según él. A hacer la cama otra vez. No está bien, decía él, no sabes hacer una cama. Lavaba la ropa. La había tendido mal en la cuerda. La tendía según sus órdenes. Él la arrancaba del tendal y la lanzaba por toda la casa. Fregaba el suelo de la sala. Lo había dejado demasiado mojado. Yo iba a buscar una mopa seca y lo limpiaba de nuevo. Él lo comprobaba y decía que no, que no está bien.

Me hizo jurar que nunca le contaría a nadie lo que sucedía dentro de nuestras cuatro paredes. Nadie debe saberlo, dijo. Respeta mi orgullo, repitió. En ese momento no entendí a qué se refería. Ahora creo que su orgullo se asemejaba a su mala autoestima. Estaba tan hecho pedazos que no podía tratar a ningún humano o animal como un igual. Era su destino. El amor es un secreto divino, decía, debe mantenerse lejos de ojos ajenos y si rompes tu juramento, te mataré con mis propias manos, no lo olvides. Era tan sumisa que no me atrevía a decir nada, ni siquiera a Rebekka. Guardaba silencio porque estaba demasiado avergonzada. Porque él había tenido que pegarme. Me había mantenido sujeta desde el momento en que se presentó en la escuela de Hirtojärvi. Él me había controlado desde mis cuatro años.

Cuando el Coronel se marchaba a Hanko, yo respiraba un instante de libertad, pero si se ausentaba por más tiempo, me invadía un terrible remordimiento y lo añoraba. Cuando él regresaba a casa, me estremecía, temblaba y temía. Él gruñía, resoplaba y lanzaba pequeños objetos al suelo, gritaba a la radio, traqueteaba las cosas, caminaba resoplando un rato, se marchaba y cerraba la puerta tras de sí dando un portazo. Luego, al volver a casa, borracho o no, me refería con todo lujo de detalles cómo me había engañado con esta y aquella y qué coño tan bonito tenían esta y aquella. A veces me obligaba con un cuchillo en la mano a sentarme en su regazo y me sumergía en todas sus terribles experiencias y en todos los horribles actos que había cometido a lo largo de su vida. Me forzaba a escuchar una y otra vez cómo había violado y estrangulado con sus propias manos a una joven careliana de diecisiete años, lo bien que se había sentido en ese momento y lo mal que se sentía ahora, cómo le atormentaban los pecados de sangre en los que se había enlodado.

Sé por experiencia que cuando la rabia brota a raudales de una persona, se siente purificada. Si

el mal no sale, te envenena y puedes morir. Los juramentos alivian, al igual que golpear puertas, lanzar platos y romper muebles. La rabia del Coronel le recorría y socavaba, pues tenía los nervios hechos trizas. Le cabreaba su propia debilidad, haberse largado dejando a sus tropas en Laponia a merced de los alemanes, y por otro lado temía su destino: ¿sería condenado como nazi y criminal de guerra o podría seguir llevando una vida normal, libre de toda sospecha?

Me consolaba a mí misma pensando que todo sería mejor cuando nos libráramos del recuerdo de la guerra y admitiéramos que las batallas se ganan y se pierden. Me consolaba pensando que el Coronel estaba profundamente decepcionado con la democracia y resentido con los militares. Que las palizas eran por eso y que pasarían con el tiempo. Pensaba que él tenía que descargar su ira o se arriesgaría a sufrir un ataque cardíaco y morir. Eso no lo quería yo. Me convencí de que aguantaría. Que el amor del Coronel se purificaría gradualmente y pronto sería más grande y profundo que nunca. Que reencontraríamos el respeto sobre el que descansan las relaciones entre dos seres. Que incluso en los momentos más difíciles de la vida sientes felicidad si tienes valor y un ánimo común y el mismo objetivo. Estaba tan desesperada que imaginé que si me convertía en madre y la maternidad me brindaba fuerza, fe y la capacidad de preservar la vida, ser padre curaría al Coronel, y que si me convertía en madre, mi hijo sería un hombre de paz.

A veces, cuando él había terminado de pegarme, llorábamos juntos como chiquillos. Llorábamos por la terrible trampa en la que ambos nos encontrábamos, y rezábamos para que el sufrimiento siguiera igual de vivo y mordaz. A su manera extraña e insana, el Coronel me amaba, y es por eso que yo no quería o no podía marcharme. Cuando una persona tiene amor, aunque sea insano, lo tiene todo.

Pero yo misma envejecía y aquel juego sangriento se volvía demasiado doloroso. Finalmente me topé con un muro, pero tardé mucho tiempo. Unos veinte años.

En la ciudad de Tammisaari, la sensación de desastre se extendía por todas partes. Siempre hacía frío y estaba oscuro, aunque el sol brillara en el cielo despejado. Esa oscuridad brotaba de mi interior. En los buenos tiempos traté de construir allí junto a otras esposas la misma sensación de comunidad que existía en las zonas militares y que había conocido en el círculo de la Guardia de Fronteras. A veces organizaba un club de costura donde ojeábamos fotografías de los pueblos de Laponia incendiados por los alemanes. La mayoría de las veces jugábamos a la lotería, el primer premio consistía en un bizcocho de mármol, y rellenábamos pasteles y bollos. Las mujeres organizábamos días de trabajo comunitario, tardes de sauna, fiestas en las que los hombres se desabrochaban el botón superior del uniforme y bailaban achispados con sus esposas al compás de discos de foxtrot traídos de Alemania. Yo me unía al grupo cuando no tenía moretones en la cara.

Al principio volvíamos siempre de esas reuniones juntos y en buena armonía. Luego el Coronel quería que me marchara antes, mientras él permanecía para beber y fumar una pipa; eso significaba que se quedaba para follarse a otra mujer.

En Tammisaari incluso la Navidad era negruzca, y de la tierra irradiaba una escarcha helada. Los granizos caídos del cielo solo alcanzaban una o dos horas a iluminar el suelo oscuro. Me provocaba una grave y profunda nostalgia por Laponia. En vísperas de Navidad, levantábamos en el jardín una gran pira con ramas viejas y disfrutábamos de la paz navideña a la luz del fuego. En la posguerra, la gente corriente carecía de todo excepto papel, especialmente café y cintas de goma, pero nosotros teníamos todo lo que una persona puede imaginar: chocolate suizo, mermelada inglesa, azúcar sueco. Nunca necesité una autorización o un cupón para comprar tela nueva o medias de nailon.

Durante nuestro último otoño en Tammisaari, me quedé embarazada de un niño. Ya tenía treinta y

cuatro años y nunca había estado preñada, pero ahora lo estaba, en medio del infierno que era nuestra vida en común. Tenía sentimientos cruzados, por un lado tan feliz de esta futura personita y por el otro horrorizada, pues pensaba que el Coronel podía comenzar a golpearlo también. Durante dos meses sopesé cómo anunciarlo. Entonces, una mañana, cuando le había entregado mi coño hasta que se le salía por las orejas, le solté vamos a tener un hijo. Me miró como si fuera carne agusanada y dijo es imposible, un vientre viejo como el tuyo. Dije que había visto al médico y que era verdad. Él, vas a deshacerte de eso ya mismo, en este mundo de mierda no quiero a ningún mocoso que se cague en los pantalones. Yo, no puedes hablar en serio, no puedes negarme esta felicidad. Sí, puedo, espetó, y dijo que iba a concertar una cita con un médico que conocía para ocuparse del aborto. Yo llorando y él llamando al matasanos. No tuvo piedad. Fui a casa de este hombre y le conté que no quería abortar. ¿Y el Coronel?, me preguntó él, y añadió: Señora Coronela, su opinión carece de importancia.

Concertó una cita conmigo para la semana siguiente. Fui directamente a la oficina de telégrafos, pedí en secreto una llamada telefónica con Rebekka, le conté todo y ambas lloramos. Mi hermana me aseguró que podía vivir con ella en Helsinki durante mi embarazo, que se encargaría de que todo saliera bien y de que el feto pudiera desarrollarse y nacer tranquilamente. Volví a casa con este pensamiento secreto en mi mente. El Coronel fue amable conmigo e hizo todo lo posible por compensármelo. Me explicó que no aceptaba tener un hijo porque sería un padre terrible. Y yo, te volverás bueno tan pronto como veas a tu pequeño, lo amarás de inmediato. Me miró y dijo que lo importante no era si cambiaba él o no, sino que los padres siempre mataban a sus hijos. Y yo, qué pasa con Tea y Rudolf, son como tus propios hijos, y eres bueno con ellos. No entiendes nada, suspiró el Coronel, los niños son el reflejo de la muerte. Luego tomó mi mano entre las suyas, mi pequeña poetisa, no le des demasiadas vueltas y confía en mí como antes, dijo. Tenía razón. Hubiera sido aún más atroz con su propio hijo que con Rudolf. De hecho, con ese pobre muchacho se había portado de un modo muy cruel. Después de su expedición militar a Alemania, Rudolf no vino jamás a visitarnos a pesar de las reiteradas invitaciones del Coronel, pero me lo encontré una vez. Fue dos años después de que Kekkonen fuera elegido presidente. Venía de frente por una calle de Rovaniemi, me estrechó la mano calurosamente y conversamos. Dijo que estaba allí para una reunión, enviado por la Universidad de Helsinki, donde acababa de obtener la habilitación. Me habló largo y tendido de su pena por el Coronel y la profunda amargura y maldad en la que aquel se había hundido. Sin embargo, la amargura del Coronel no parecía molestar a Tea, que vino varias veces de visita a Villa Coronel desde Suecia, donde era doctora, y revoloteaba de habitación en habitación como una mariposa. Cuando estaba allí, el Coronel se transformaba por completo, volvía a ser la persona de nuestro compromiso. Siempre conversaba en sueco con la hija de su hermana, supuestamente para que yo no entendiera lo que decían, se reía, tarareaba marchas militares alemanas y a veces incluso bailaba un poco. Tea lo miraba como a un benefactor y parpadeaba. Sus ojos y labios eran los del Coronel. Yo lloraba sola en la cocina.

Dos días antes de la fecha prevista para el aborto y el día antes de mi huida a Helsinki, el general Talvela organizó una recepción por San Esteban. Caminamos hasta allí tomados de la mano y con amor. Nos quedamos hasta altas horas de la noche, y vi al Coronel cazando a la hija del primo del general, que apenas tenía veinte años, echándosele encima detrás de una cortina. Luego me miró como un héroe libertino que libra una furiosa batalla contra la impotencia. Le di las gracias al general y me apresuré a casa sola, apaleada y ofendida. El Coronel me siguió y me alcanzó en nuestro porche. Me arrancó el abrigo, me arrojó al suelo y me dio puñetazos en la cara. Aquellos dos minutos me parecieron más largos que toda mi vida anterior. Me asfixió y perdí el conocimiento. Mi

último pensamiento fue que iba a morir. El Coronel me pateó hasta que aborté. Y cuando me encontraba tirada rodeada de un terrible charco de sangre, la ropa hecha jirones, inconsciente, llamé a un coche que me llevó al hospital. Allí me desperté al día siguiente y no me reconocí. Había querido hacer feliz al Coronel pero había fracasado por completo.

Permanecí en el hospital durante tres meses porque, por supuesto, tuve una hemorragia, una neumonía, y caí tan bajo que no podía levantarme de la cama. Rebekka, que vino a visitarme, me contaría después que yo no reaccionaba a nada. Tenía los músculos tensos como piedras, jadeaba y mis manos temblaban como las de un anciano. No es de extrañar, porque además del desgarramiento físico, estaba bajo una reacción psíquica. Mientras tanto, el Coronel dejó Tammissaari y se compró en Rovaniemi, a orillas del río Ounas, una gran casa de troncos a la que llamó Villa Coronel. Y a Hulda Häkki la tomó como ama de llaves, claro. Cuando mi cuerpo estaba más o menos curado, el viejo médico del hospital insistió en devolverme al Coronel. Me aconsejó que en caso de patadas me protegiera la cabeza.

El sargento mayor Alatalo vino a recogerme y le pedí que me llevara al hospital psiquiátrico de Oulu. ¿Hablas en serio?, me preguntó. Yo, sí. Me creyó y me llevó al manicomio. No me admitieron, aunque dije que el árbol de Navidad se había convertido en una cruz.

Lloré todo el camino desde Oulu a Rovaniemi. Las huellas de la guerra eran visibles en todas partes, a pesar de las muchas construcciones nuevas que ya se habían edificado en el lugar de lo quemado. El Coronel me recibió con ternura en el patio de su villa. Me abrazó y secó mis lágrimas a besos. Me tranquilicé y gradualmente le permití volver a domarme. Así actúan las personas. Las guía la costumbre y lo nuevo aterroriza. Al fin y al cabo, sabía qué esperar del Coronel, pero no sabía qué me habría esperado sin él.

Cuando regresé a Rovaniemi después de la hospitalización, el Coronel se había convertido una vez más en una figura central. A su alrededor gravitaba la misma élite de unas veinte personas que antes y durante la guerra. Como si la contienda y los alemanes jamás hubieran existido. Esta alta sociedad me aceptó a regañadientes, al igual que Hulda Häkki. De hecho, ella había sido la confidente de Katri y toda su vida me consideró una pequeña furcia. Me llamaba loca y puta, mientras que el Coronel era un héroe de guerra a los ojos de los notables de la ciudad. Los pecados nazis habían sido olvidados y éramos uña y carne con los estadounidenses que pululaban por Laponia. El presidente Kekkonen, que entonces era ministro de Justicia, había decidido que el mariscal Mannerheim no sería acusado de nada, porque estaba exento de responsabilidad. El desafortunado Airo y los otros comandantes del campo de batalla cargaron con el muerto. Los rojos, por supuesto, rechinaron los dientes de rabia ante el tratamiento especial reservado para el mariscal, pero se les explicó que estaba tan enfermo, tanto de cuerpo como de mente, que no podía aparecer en público sin poner en peligro la seguridad del país. Hasta el conmovedor Edwin Linkomies fue nombrado de inmediato rector de la universidad, lo que le absolvió de todos sus pecados nacionalsocialistas. El pasado fue metido sabiamente bajo la alfombra y hasta a Hillilä le devolvieron todas sus medallas y funciones.

Pensé que si no nos habíamos suicidado, era mejor adaptarse a las nuevas costumbres del país. Le escribí a Rebekka y ella estaba de acuerdo. Pensé que los seres humanos son como ratas, se adaptan a todo. Durante un evento organizado en el salón del liceo, me di cuenta de que los rusos eran buenos cantantes y bailarines, mucho mejor que los alemanes. Comenzó el año nuevo y yo también, como Paasikivi y Rebekka, me uní a la Asociación Finlandia-URSS. El Coronel decía: La pequeña poetisa quiere asegurarse un lugar en la vida cultural de la Finlandia rusificada. Yo, que la vida sigue. Gradualmente logré ver las cosas desde un ángulo diferente. Empecé a creer que

Alemania se había liberado del nazismo y que los alemanes eran responsables de la guerra y habían convertido sus ciudades en ruinas mediante la violencia que tanto adoraban. No sentía lástima por ellos. Ahora creo que los nazis no desaparecieron con el suicidio de Hitler, sino que cada vez que se les da la oportunidad, surgen nuevos nazis y fascistas, porque el ser humano es así. Repetimos los mismos errores y esperamos un resultado diferente. En cada uno de nosotros coexisten el amor y la misericordia con la crueldad, la dureza de corazón y la indiferencia.

Pasaron los años y volví a formar parte del mundo de los vivos. Naturalmente notaban todos que yo estaba hundida, pero no les importaba. A veces el Coronel me susurraba al oído, a los dos solos nos va muy bien, no necesitamos médicos ni loqueros que nos molesten. Él no había vuelto a trabajar desde su último puesto en Hanko. Siempre estaba en casa, lo que me resultaba muy doloroso. No había nadie más a quien hostigar y torturar que yo, pobre mujer asustada y vejada. Me zumbaban los oídos y en mi cabeza no se movía un solo pensamiento indemne, solo retazos.

En aquellos años de la posguerra, hasta los bosques madereros de Laponia estaban repletos de agentes estadounidenses. Un día fui con el Coronel al mercado a comprar carne ahumada. Allí nos encontramos cara a cara con el general del asedio de Pelkosenniemi, en otras palabras, el general Wallenius. Miró al Coronel y a punto estuvo de abrir la boca, pero giró la cabeza. Tomó su paquete de carne y el Coronel el suyo y continuamos nuestro camino, un poco avergonzados. Dos muchachos que habían cometido juntos todo tipo de maldades y estupideces que era mejor olvidar.

Luego estaban esos momentos de felicidad, cuando íbamos en pareja de excursión a la cima de las montañas y contemplábamos a nuestros pies las llanuras entre las que fluían ríos profundos, cuando íbamos a pescar a valles fluviales rodeados de fangosas aguas de inundación, turberas y altas colinas, o cuando recorríamos los montes de Laponia, donde podíamos flotar hasta dos semanas envueltos en una espesa neblina. Amábamos los bosques ancianos y la tundra, pues su paisaje es tan hermoso como el del desierto boreal: hasta donde alcanza la vista nada más que roca plegada y desnuda, piedra y grava. A veces dormíamos semanas en una tienda de campaña o en un *lavvu*, contemplábamos la constelación de El Reno, descubierta y bautizada por el francés Le Monnier mientras se hospedaba en casa de Korteniemi y observaba el cielo estrellado con su telescopio desde la cima del monte Aavasaksa; y planeábamos cómo construir la mejor madriguera posible para un oso o cómo curar a un cisne enfermo sin manchar sus plumas de sangre. A veces sabíamos reírnos juntos de la simpleza humana, de su estupidez, de su incompreensión, fealdad y buena fe. Sí, a veces sabíamos reírnos de nuestra propia mente retorcida, de nuestra depravación y nuestro estúpido orgullo. Navegábamos en canoa por las tranquilas aguas de los lagos, pescábamos percas en el hielo, contábamos las puntas de los copos de nieve, recogíamos gotas de rocío en una taza una mañana de agosto, viajábamos por nuestro país y por el mundo. Privada de esos destellos de puro amor, me habría suicidado. No tenía amigos con quienes sincerarme sobre la cruel realidad en la que vivía. Rebekka intentaba ayudarme desde Helsinki, pero era complicado, pues el Coronel estaba siempre cerca y podía oírnos.

La última vez que el Coronel me dio una paliza sucedió que yo había preparado el café y untado mantequilla en el pan. Se lo llevé todo en una bandeja, como solía hacer. El Coronel, pon el azúcar en la taza. Yo, que no hay azúcar. Él arrojó la bandeja y su contenido contra la pared, me agarró del pelo y me arrastró por el suelo. Recuerdo a Hulda, contemplando mi sufrimiento desde la puerta de la cocina con entusiasmo. Sus ojos brillaban de placer. Seguramente, se decía, por fin va a matar a esta cucaracha y ella se convertirá en la número uno de Villa Coronel. No ocurrió, Hulda se ahogaría dos meses después en su propia cama con un pedazo de bollo. Ese fue el final de alguien

que había logrado vivir la vida sin cuestionar su significado. El Coronel no contrató a una nueva ama de llaves.

En aquel suelo, mi mundo se oscureció y perdí el conocimiento. El Coronel se asustó y llamó a Alatalo para que le llevara mi cuerpo inanimado a su médico personal, como había ocurrido tantas veces antes. El doctor era incapaz de reanimarme. Se vio obligado a enviarme al hospital, donde el joven médico de guardia se atrevió a indagar. Había venido del sur para una suplencia. Me preguntó si aquello me lo había hecho mi marido. Le dije que sí, y esta no es la primera vez. Y él, ¿desde cuándo sucede? Yo respondí que desde el otoño de 1944. El médico me reparó los huesos, pero, incapaz de alejar a los ratones que me chirriaban en los oídos, me envió al hospital psiquiátrico regional de Oulu. Allí pasé las dos primeras semanas mirando fijamente el techo, sin expresión. La tercera semana empezaron la terapia prescrita por el doctor Von Bagh, experto en psiquiatría militar y antiguo médico del Batallón Psiquiátrico de Lahti. Me dieron todo tipo de tratamientos: inyecciones de insulina, baños fríos, terapia de electrochoque. Gracias a eso me recuperé lo suficiente como para tratar de ahorcarme en el baño del hospital con una venda que olía a sudor, orina, pus y manteca rancia. Me descubrieron y me ataron a la cama. No me resistí. Pude experimentar y ver cosas de las que no quiero hablar más. La cama contigua estaba ocupada por una enfermera de la escuela de Vietonen, Hilikka Adenauer, tenía dientes calcáreos y la nariz torcida. Empezamos a charlar. Ella quería evocar el recuerdo de su madre y yo de mi padre. Como cuando una noche de San Juan papá dijo que nos íbamos a otear la noche sin noche desde la cúspide del Aavasaksa; tomamos un autobús de línea y antes de llegar vimos copos de nieve y también relucientes rayos de sol. En aquel tiempo, solo existía un pequeño sendero para acceder a la cumbre y este cruzaba un espeso bosque. Echamos a andar por la pendiente y me agoté. Papá me subió a hombros, pero mis hermanos tuvieron que escalar solos a pesar de que también ellos estaban agotados. Nos encontramos con un enorme pedregal a ambos lados del sendero. Hacia arriba sin parar, y pronto el espeso bosque. Cuando alcanzamos la cima, la vista sobre el río Torne era tan impresionante que me dejó sin aliento. Brincamos por la vertiente noroeste del monte, un canchal terriblemente empinado, arrojamos piedrecillas y nos divertimos. Padre divisó un nido de rapaces, y dijo: Sed buenos o el águila vendrá y os llevará. Cuenta más, insistió Hilikka. Luego le referí la loca idea que tuvo papá de vestir a toda la familia con trajes lapones, de invitar a algunos hombres y mujeres sami a unirse a nosotros con sus renos e ir todos a exhibirnos de un lado a otro en las inmediaciones de los zoológicos de Berlín, Varsovia y San Petersburgo. Estableceremos allí un campamento de verano de tiendas laponas y mostraremos la vida en Laponia. Papá tenía en mente recaudar dinero. Y así subimos al tren en Rovaniemi. Y en el grupo yo con mis tres veranos. Llegamos a San Petersburgo. Los renos murieron uno tras otro de una epidemia antes siquiera de abandonar la estación. Después de dos días de búsqueda, encontramos el zoológico y los hombres comenzaron a construir una primera choza. La policía local se presentó de inmediato y pidió los papeles. Papá tenía todos los documentos en regla, aún así los hombres fueron conducidos al calabozo. Los niños y las mujeres nos quedamos llorando a lágrima viva y la gente nos miraba. Alguien nos lanzaba un kopek o dos. Seguramente habríamos muerto allí mismo, pero pasó un finlandés que nos repatrió a Rovaniemi. Padre y los señores lapones regresaron unas semanas más tarde, completamente exhaustos y hambrientos. A uno de ellos se lo llevaría después una fiebre nerviosa provocada por el viento, y a otro lo mató una tifoidea que le contagió el agua, pues en su casa no tenían más remedio que el aguardiente mal destilado, agua de brea y sangre caliente de reno.

En el hospital psiquiátrico el mundo parecía un lugar muy extraño. El vacío de la muerte me atraía

con fuerza, pero no estaba lista. Empezaba a sentirme bien allí acostada. No necesitaba más que entregarme a los cuidados mengelianos y mantener la boca cerrada. Pero siempre llega el día en que te expulsan del paraíso y te ordenan que sanes.

Una mañana, Von Bagh se plantó a los pies de mi cama, se pasó la lengua por los labios, me miró con ojos burlones y dijo: Eres una exagerada tremenda, llena de sí misma, una vaca teatrera, una caricatura de un ser humano degenerado y moralmente corrupto, y si los nazis hubieran ganado la guerra, seguramente ahora serías ministra de Educación del Gobierno finlandés, pero como desafortunadamente no fue el caso, pues entonces tú, vaga perezosa mantenida por el Estado, tienes que tomar desde ya las riendas de tu vida y, si protestas, te daré una azotaina y luego te impondré ejercicios físicos tan violentos que me rogarás que te permita regresar con el Coronel.

Me rompí en pedazos y esta fractura me asustó tanto que supuso el comienzo de mi lenta y dolorosa resurrección.

Primero aprendí a respirar, a vivir los días brillantes, los cálidos y secos y los negros y lluviosos, comía bien y recuperaba las fuerzas que había perdido por completo en el estado de sumisión. Cuando recobré el aliento y fui capaz de vaciar mi plato y no solo mordisquear los alimentos, Rebekka vino de Helsinki a visitarme, vamos a tomar el toro por los cuernos y a mirarlo a la cara, porque tienes que separarte ya mental y físicamente del Coronel, me dijo. Yo, que sí, eso tengo que hacer, pero la vida me ha pegado a él y, haga lo que haga, no puedo liberarme. Entonces me dijo que tenía que contarme cosas que me ayudarían a sumergirme de nuevo en el agua, si se pone como ejemplo a un pez, y a despegar de nuevo, si el ejemplo es una mosca. Me explicó lo que el Coronel le había hecho en Rovaniemi en nuestro propio hogar, la vergüenza con la que había cargado y cómo la había superado. Lo que oyeron mis oídos provocó tal tormenta en mi interior que finalmente pude abandonar el hospital. Dominada por la rabia, imaginaba una venganza rápida, o un ajuste de cuentas frío y decidido: me presentaba en Villa Coronel como si tal cosa y mataba al Coronel en su mecedora con una pistola, o le disparaba en ambas manos y tomaba un cuchillo y le cortaba la polla y se la metía en la boca, que se ahogue. Maquinaba todo tipo de planes de la mañana a la noche y así me fortalecí. Después, por supuesto, comprendí que con la venganza y el resentimiento yo misma habría sufrido más que él, pues él quería morir, y su vida entera no había sido más que preliminares con la muerte.

Al principio, desconectarme del Coronel me parecía un sueño muy remoto, y la idea misma me aterrorizaba. Sentía que moriría de pena si lo dejaba. Luego me gravé en el cerebro que podía esperar al día siguiente para pensar en él. Y eso fue lo que hice. Siempre lo apartaba para el día siguiente y fue una buena decisión. Fui capaz de continuar, minuto tras minuto, hora tras hora y día tras día, hasta que, poco a poco, comencé a creer que sí podía vivir sola y que, si no, pues adoptaría algún perro o gato. Una de las cosas que más me apenaba era perder el título de Coronela. Cuando entre lágrimas se lo confesé a Rebekka, ella me dijo que no había ninguna ley que me prohibiera usarlo hasta el fin de mis días.

Me llevó casi tres años descargar piedra por piedra el lastre del trineo que arrastraba. Cada vez que tiraba una, me sentía un poquito mejor, porque en el fondo soy alguien completamente normal y sano. Y un día me sorprendió la visita de Von Bagh, que puso un papel en mi mano donde estaba escrito: *Humor biliosus y melancholicus, colerius, complexio cholericus*. Y finalmente: *Ingenium bonum*. Me echaron del hospital y fui a casa de Rebekka en Helsinki para acostumbrarme a la vida cotidiana. Mi hermana me enseñó de nuevo a preparar gachas, a cocinar macarrones gratinados y a sostener un bolígrafo en la mano.

Desde Helsinki solicité un trabajo como maestra de escuela en la aldea de Kalmalompolo, la

laguna de la muerte, y me aceptaron, pues fui la única candidata.

Con Tuomas, que era un niño, pude comenzar

a reconstruirme desde cero. Crecimos juntos

y pude reconstruir mi sexualidad.

La escuela agreste de Laguna de la Muerte estaba detrás de bosques frondosos cubiertos de líquenes, en una aldehuela erigida en una vertiente del cerro boscoso de Kitusvaara. Me indicaron que yendo por el agua desde la orilla del río Halla se podría arribar en un par horas, si se disponía de un bote y se era un buen remero, pero a pie, por el estrecho sendero desde la carretera más cercana, había que contar una docena de kilómetros, y allí, en aquel villorrio perdido, me esperaban unos pocos soldados abiertamente rojos, consumidos por la guerra, pobres entre los pobres, así como sus catervas de críos hambrientos.

No me asusté, porque desde niña siempre había amado las tierras pantanosas boreales y los bosques salvajes, y el mero nombre de la aldea me reconfortó de inmediato el corazón. La relativa proximidad al centro de Ylitornio y la frontera sueca eran por supuesto de gran interés para mí, pues allí estaba el monte Aavasaksa y la historia de los asentamientos en la región estaba llena de color. Y cerca había tres grandes lagos interiores, Mieköjärvi, Iso-Vietonen y Raanujärvi, con sus aguas burbujeantes. Las maravillosas líneas de colinas de reflejos azules: Pirttivaara, Kaulavaara, Orankivaara, Lakkiroa, Turravaara, Rikulainen, Kuivalaki, Laukumavaara, Jänisvaara y las otras.

Una semana antes del inicio de las clases, me bajé en la parada del autobús a la orilla de la carretera y eché a andar hacia la Laguna de la Muerte. Solo cargaba una bolsa y algunos trapos. Me seguía Eva Braun, mi amiga, una auténtica gata persa. Me la había regalado hacía unos días Ragnar Lassinantti, el gobernador civil de la región de Norrbotten, en honor a mi recuperación. Habíamos pasado una noche maravillosa en el Haparanda Stadshotel y al despertarme por la mañana, en mi habitación ronroneaba una gata. Llevaba una cinta roja al cuello y una nota: «Con amor por siempre, Ragnar». La olisqueé y la observé un tiempo preguntándome a quién me recordaba. De ahí su nombre. Cruzamos una loma arenosa, orillamos una gran ciénaga abierta, bordeamos la cima desnuda de una colina y desde allí giramos por un estrecho istmo para arrastre de barcas hasta el pueblo y, durante todo el viaje, sentí que era una con el paisaje.

Me recibió una aldea recién improvisada y que todavía olía a aserrín, a su alrededor se extendía a lo largo de miles de hectáreas una tierra pantanosa salvaje. Aquel putrefacto terreno salvaje y descampado, habitado por aves acuáticas, estaba medio seco, medio húmedo, era gigantesco, pestilente, era en realidad un mar de turberas de increíble belleza. Crecían allí juncos, brezos, algodoncillo y, por supuesto, camemoros. Pensé que ese vasto espacio lejos del mundo era un refugio perfecto para plantas, para animales y para mí misma. Me enamoré del paisaje, de su eterna oscuridad titilante, donde la luz se convertía en sombra en un instante.

En aquella pequeña y oscura casa de maestros, acompañada de Eva Braun, escuché a Wagner, pues su melodía es tan fresca y profunda como una noche de agosto.

Más tarde, Tuomas me contaría que los aldeanos habían pasado el verano entero horrorizados y escandalizados, porque se había elegido como maestra a la fulana de los jefazos de las SS. Una prostituta de lujo. La encamada del Coronel, a quien conocían como persona influyente de Laponia, que golpeaba a las mujeres con la culata de un rifle, empuñaba el látigo cuando estaba borracho y era además un ricachón y un arrogante de lengua sueca nacido en Helsinki. Alguien había oído que aquella puta nazi era también una especie de escritora. Todo esto había excitado la curiosidad de Tuomas, que había estado esperando ardientemente todo el verano para ver qué aspecto tenía la forastera. Se había deslizado hasta las ventanas de la escuela varias veces, pero no había notado ningún movimiento.

Cuando Tuomas me vio por primera vez, le cedieron las piernas y se orinó en el pantalón. Le dije que se acercara y corrió tan raudo hacia mí que se tropezó con sus propias piernas. Preguntó dónde estaba el Coronel. Le susurré a su oído inocente que estaba tan lejos en el pasado que ya ni siquiera

lo recordaba. Tuomas tenía solo catorce años, pero estaba muy crecido y era alto y guapo, muy rubio, con ojos oscuros, casi negros, como yo, ojos de glotón. Echamos a andar hacia el bosque, yo delante, él detrás, con la misma idea en mente. Caminamos tanto que encontramos la más hermosa de las grandes turberas, se llamaba Raatosuo, el pantano de la carroña. Allí, sobre una flotante balsa de turba, me desnudé, Tuomas solo se dejó puestos los calzones. Nos acostamos uno al lado del otro sobre nuestras espaldas y yo contemplé las nubes pasajeras. Tuomas tenía los ojos cerrados. Puse mi mano sobre su pecho, muy ligera, y él abrió los ojos, y contenían un brillo sosegado pero inquieto. Deslicé la mano hacia abajo y metí tres dedos debajo del elástico de sus calzoncillos. Su polla saltó de inmediato como un resorte. Miré su cara. Sonreía y pensé, aquí está. Sus ojos destellaban un rayo de luz que se sentía en los dedos de los pies. Pensé primero que enredarse con un niño estaba mal, pero, luego, que parecía un hombre y me subí encima de él con mis carnes rollizas y en cuanto lo sentí en mí, me corrí. Sentía deseos de reír, pero actué como si nada y al poco continuamos. No tuve que darle ningún consejo, él actuaba por instinto. Se estremecía por dentro como un sople de viento del oeste y me susurraba una melodía al oído al tiempo que embestía. Actuaba como los renos macho que sentían en su sangre la cercanía de la temporada de celo y olía el aroma de la hembra flotando sobre el paisaje, como si siempre hubiese retozado, aunque debía de ser su primera vez. Así es como Tuomas perdió su virginidad, y me folló en el chapoteo del agua del pantano una vez más, como un cabrón que ha visto todos los coños del mundo. Me corrí muchas veces seguidas, una tras otra, y creía que iba a vaciarme y morir. No morí. Nuestro primer acto sexual tuvo el ímpetu de un amor puro, inocente y una carga que venía de una época prehistórica, y nos quedamos allí tumbados, exhaustos, mansos y felices, bajo el resplandeciente cielo azul de una belleza loca, y le dije: Vamos a rebautizar este pantano, ahora será Onnensuo, el pantano de la felicidad.

En medio de la noche, sola en mi alojamiento de maestra, miré por la ventana. La luna brillaba en las copas de los viejos abetos y las sombras de los árboles se alargaban hacia el inminente invierno. Pensé que habíamos escrito una promesa de amor en el agua turbia y la tierra y que ahora comenzaba mi tercera vida. Pude revivir la inocente y tierna intimidad de la época de compromiso con el Coronel y una relación que no me obligaría a caminar con la cara llena de costras. Además del deseo y el placer, me enamoró el sentimiento de unión y de dependencia mutua, el amor mismo.

Mis juegos con Tuomas se debían a que su polla joven se me había subido a la cabeza. Me había tocado tragar la polla flácida de un anciano y su olor rancio me repugnaba. El esperma de un varón joven sano no apesta. Y aquel aroma fresco a juventud. Estaba en el cielo. El dolor de la existencia se desvanecía, solo existía un impulso en el seno de noches extraordinarias. Nos comportamos como chiquillos inconscientes, como el Coronel y yo durante tantos años antes de que Schiller bendijera nuestro matrimonio. Le hice a Tuomas todo lo que el Coronel me había hecho a mí cuando nos conocimos y durante los largos años de compromiso secreto, y Tuomas era moldeable como la cera.

Comprendí que cuanto más hablara la gente sobre el Coronel, más satisfecho estaba Tuomas. Faenar en el caladero del Coronel hacía crecer su orgullo. Su sangre era joven y su fuerza de oso, el Coronel era un hongo viejo y podrido. Un auténtico nazi habría podido decir que era un buen hombre, que no temía a nada ni siquiera en el frente, seguía adelante sin sentir frío, hambre o cansancio. Tales comentarios eran sin embargo raros. Incluso los antiguos miembros de la Guardia Blanca afirmaban que, al final de la Guerra de Continuación, el Coronel dejaba pasar adrede a los partisanos rusos en Seitajärvi y era una clara marioneta de nazis y rusos, y extendía historias de que se había comportado como el mismo diablo hacia jóvenes reclutas, azotándolos y torturándolos durante los entrenamientos y había enviado hermosos soldados, especialmente a lapones skolt, al frente en vano durante la guerra. Se rumoreaba que había obligado a los lapones a luchar entre sí en el frente de Petsamo,

contra su propio pueblo: sami de Inari contra pobres sami skolt. Era plausible, pero si alguien despotricaba contra él, yo lo defendía. Sentía que solo yo tenía derecho a asesinarlo.

Tuomas empezó a quedarse conmigo en la escuela. Me pregunté si debíamos mantener nuestra relación en secreto, pero luego me dije que cada uno de nosotros tiene una sola vida. Durante el día, él salía de la casa de la maestra para convertirse en mi alumno. Era mediocre en matemáticas, pero bueno en dibujo.

En la escuela de Laguna de la Muerte enseñábamos dos maestros. Aunque los aldeanos eran rojos, los maestros éramos defensores de la Finlandia blanca. Yo instruía a los más pequeños y Jaakko Palsakorpi, un predicador itinerante de Tornio, miembro de la Iglesia Laestadiana del Primogénito, y borracho, a los más mayores. Era un hombre guapo, como suelen ser los predicadores. Tenía una nariz grande y seria y cabello negro y rizado. Los aldeanos comentaban que por sus venas corría sangre lapona y sueca, aderezada con esperma ruso o francés. Era un alcohólico intermitente. Durante sus períodos de borrachera, mantenía la botella de aguardiente sobre el escritorio y empinaba el codo todo el día. Su enseñanza no se veía afectada en absoluto y los niños lo apreciaban más cuando estaba ebrio. Sobrio era muy irascible.

Los alumnos eran buenos, humildes, tenaces, sólidos, trabajadores y de recia disciplina. Y al mismo tiempo eran libres, salvajes, temerarios, crueles e indómitos. La guerra los había vuelto así. Sus padres y hermanos habían sido enviados al frente y el estado de emergencia se había convertido en la vida cotidiana. Algunos habían muerto en la batalla, otros de enfermedades, otros se habían convertido en héroes. La guerra significaba tanto una aventura como el miedo constante de quién sería el próximo en irse y todo esto había afectado a los niños. Mi aula era fría y húmeda, porque todas las ventanas daban al norte. Al otro lado de la pared se alzaba un denso abetal que se elevaba hasta el cielo. Era testigo del cambio de las estaciones ocho veces al año. Cuando enseñaba en el interior, los alumnos se sentaban en los hoscos pupitres de dos plazas. Mi lugar estaba en el estrado, acomodada a la mesa y frente a la clase, y a mi espalda colgaba una pizarra negra. Sobre el escritorio había una almohadilla negra, papel secante, manchas de tinta azul oscuro y una botella de pegamento. Del techo estaban suspendidos tres globos de vidrio de los cuales caía suficiente luz como para que los niños pudieran leer su cartilla incluso durante los días más oscuros del invierno. En la pared de atrás, Jaakko había colgado una hermosa cornamenta de alce y encima había colocado una ametralladora Suomi, a la que había retirado el cargador. Y el olor. Los niños siempre olían a lana húmeda, francamente, a suciedad. En aquella época, se iba a la sauna como mucho una vez a la semana y cuando el frío era extremo, bastante si una vez al mes. Para aguantar hasta el final del día, me rociaba todas las mañanas el cuello y las manos con unas gotas del perfume Chanel N.º 5 que el Coronel me había regalado. Los niños me olisqueaban hechizados. Para ellos era una fragancia extraña y tentadora. Y yo estaba tan feliz de ser económicamente independiente. Podría usar mi salario de maestra como me apeteciera. Durante nuestro matrimonio, a veces hasta tenía que rogarle al Coronel dinero para comida.

De muchacho, Tuomas era el típico mozalbete tenaz y taciturno de una aldea comunista pequeña, pobre, perdida en el bosque. Hoy es vago, rechoncho y le cuelga la barriga. Le cuelga la barba, le cuelga su suave bigote de maharajá indio y su cabello de Jesucristo, que le cae por los hombros. Los testículos no le cuelgan como al Coronel, que si hubiera visto a Tuomas se habría muerto de envidia, él, que odiaba la vejez y habría deseado ser eternamente un reno macho ágil y bien alimentado.

Tuomas se ha formado a mi imagen y semejanza, tanto interna como externamente, está vinculado a nivel celular a mi alma y a mi cuerpo. Al comienzo de nuestro matrimonio, le gustaba acostarse en la cama nido, beber cerveza suave y fumar cigarrillos. Ahora, cuando viene a verme, se sienta en la

mecedora y se balancea. Siempre hemos estado en la misma onda, antes y después de nuestro divorcio, a pesar de la diferencia de edad, aunque, ya solo por mi origen, yo soy naturalmente superior a Tuomas, cuyo árbol genealógico nadie ha dibujado.

Pudimos vivir tranquilos y enlazar nuestro dedo meñique en mi vivienda de maestra durante un par de años. Allí, en las profundidades de las inmensas turberas que se extienden infinitas, en la alfombra de vegetación rojiza de las palsas, sobre las húmedas mantas de los trineos, entre los traicioneros ojos pantanosos de color verde brillante, gradualmente me convertí en mí misma. Me tranquilizaba el susurro de los altos pinos, el invierno me revitalizaba con el crujido de las heladas, y el balbuceo del agua burbujeante de los manantiales de primavera me infundía fe en la fuerza vital. Me convertí en una mujer adulta, poderosa, un alce hembra rebosante de experiencia cuya existencia no podía imaginarme. Siempre había creído que era una balsa de musgo de turbera que flota en agua acética, o una especie de vaca, pero me convertí en un magnífico animal astado que observaba a aquellos con los que se encontraba con unos ojos que hacían detenerse el corazón.

Tuomas era el conserje de diecisiete años y sin sueldo de la escuela y yo una maestra y escritora principiante que rondaba los cincuenta cuando le pedí que se casara conmigo. Le dije, bueno, para qué esperar más, vamos a acabar con los chismes de estar amancebados y le enviamos los papeles al presidente. Los del pueblo nos habían mirado mal desde el principio. El veneno que sembraban no se debía a nuestra diferencia de edad, sino a que Tuomas era un niño cuando lo metí en mi cama. Y luego se enteraron por la cocinera de que tenía la intención de casarme oficialmente con él, ahí sí que se desbocaron. A sus ojos, el peor de los pecados era que yo, que había tomado dos veces los sagrados votos del matrimonio y me había divorciado en contra de los designios divinos, me atreviera a casarme por tercera vez y encima con un niño. ¿Es que la vergüenza no tiene límites? Mientras aguardaba la dispensa presidencial, escribí un libro infantil. Fue premiado en todas partes. Esta noticia debía de haber llegado a oídos de los espías del presidente, pues al poco me esperaba en correos una carta certificada de la oficina presidencial.

Nos casamos sin ceremonia en el juzgado de Kemi. Inmediatamente después, Tuomas recibió una carta llamándole a filas y, por supuesto, a hacer su servicio militar. Dijo que no tenía la intención de tomar las armas y que no quería estar separado de mí por tanto tiempo. Consígueme unos papeles de que estoy loco, pidió. Pensé un momento y luego dije que no, no necesitas un certificado de locura. Fui a Rovaniemi, a la oficina central, y después jamás recibió más correos del ejército finlandés. Pero las habladurías no hicieron más que aumentar. Si hubieran podido matar, ya estaría descansando bajo tierra. Me harté de la estrechez mental de los aldeanos del bosque, dejé la profesión de maestra y un salario seguro y me embarqué en una carrera como escritora, compré esta casa a crédito y nos instalamos aquí.

Rápidamente me di cuenta de que era imposible vivir de mis ingresos literarios. Venía un penique de aquí, otro de allá, deudas y letras. Fue un terrible planchazo. Probablemente Tuomas no notara ninguna diferencia en nuestro nivel de ingresos, pues había crecido en la pobreza, pero a mí, acostumbrada como Coronela a lo bueno y lo mejor, me temblaban las piernas. Pero me aseguraba de que no se notara de puertas para fuera. Mi telón nunca se ha bajado, tengo madera de actriz. Sé como hacer una entrada y una salida.

Había que encontrar dinero y empecé a dar todo tipo de pequeñas charlas. Para mi sorpresa, resulté ser una buena oradora y gracias a eso logré lo suficiente para pagar las facturas de la comida, así que al menos no moriríamos de hambre. Las letras de los préstamos las dejé pendientes pues los bancos nunca se quedan sin fondos. Extendí mi repertorio y empecé a hablar de la defensa de la naturaleza. En el fondo, siempre he estado más cerca de ella que de la humanidad. Me sobran las

fuerzas cuando se trataba de luchar contra las represas en el río Ounas o los grandes señores del sur, que querían mantener Laponia como una región en desarrollo y explotarla hasta el infinito.

Me han preguntado mil y una veces por qué me convertí en escritora. Quedó grabado en las estrellas aquella vez que me encontraron en el estómago un tumor que tenía que ser operado. Fue una operación de manual, pero no me desperté de la anestesia. Pasé en coma más de una semana y todos creyeron que iba a morir. Mamá, por supuesto, la primera. Luego logré agarrarme a una brizna de conciencia, pasé días en el límite gris entre la vida y la muerte. Recuerdo haber visto la luz eterna del reino de los cielos y los maravillosos ángeles me invitaban a entrar, y me disponía a tomar a uno de la mano cuando se levantó una violenta ráfaga de viento y me lanzó el pelo largo delante de la cara y retiré la mano. Entonces me desperté y abrí los ojos. No lo recuerdo, pero mi madrina, Alexandra von Konow, una amiga de la infancia de mi madre que también era amiga del gobernador general de Finlandia, Franz Albert Seyn, dijo que mis primeras palabras fueron: Voy a ser artista. Todos los presentes estaban asombrados de que hubiera regresado de entre los muertos. Mi madrina me examinó la cabeza y descubrió una terrible protuberancia en el occipucio. Esta niña tiene en la cabeza la protuberancia de la bohemia, dijo.

Rebekka tenía diez años cuando encontró el viejo cuaderno de partituras para piano de mamá y aprendió sola a tocar a Liszt, Bach, Beethoven y Vivaldi. En mi decimotercera primavera, intenté hacer lo mismo, pero solo logré aporrear el comienzo de una canción que hablaba de volar hacia las nubes. A los doce años, Rebekka se jactaba de haber leído a Lagerlöf, Paulaharju, Dostoievski, Sillanpää, Lérmontov, Tolstói, Jotuni, Kant, Platón y Strindberg. Todos estaban en la biblioteca de papá. Con catorce años, también yo decidí explorar los clásicos de la literatura mundial. Comencé con Sillanpää, llegué a la página cinco y me detuve. Demasiado desesperado y aterrador para mi gusto. Tomé a Tolstói. Las divagaciones de un viejo religioso. Strindberg me pareció una completa locura, de Kant no entendí ni una palabra. *El maravilloso viaje de Nils Holgerson* de Selma Lagerlöf me salvó. Lo leí varias veces desde la primera hasta la última línea.

Después de mudarnos aquí, a esta casa azul, me puse a escribir como loca. Las fauces negras de mi máquina de escribir resoplaban y bramaban. Me limitaba a observar desde fuera sus dientes pequeños pero afilados arrojando palabras sobre la cuartilla blanca. Burbujeaba con un impulso irreprímible y desbordaba confianza, como un marjal inflado. Me disolvía en los sentimientos y sensaciones de los personajes del libro, de los que surgían las frases. El tiempo dejaba de existir y de repente volvía la noche. Los días que escribía me olvidaba por completo de comer y beber. Y cuando me levantaba de mi escritorio, sentía que el mundo se abalanzaba sobre mí e intentaba derribarme. Siempre colocaba un vaso de leche en la esquina de la mesa, para tragarlo con urgencia. Era el nirvana de la creación, y también un amor inocente, una fe en la vida y un sentimiento de seguridad que había perdido con la muerte de papá y que Tuomas me había devuelto. Escribe como una luchadora y será bueno, me decía, y comencé, como los grandes poetas, a extraer la inspiración de mi propia realidad.

Cuando novelaba mi historia con el Coronel, sentía como si tuviera que esconderme de él para colocarme delante de la máquina de escribir. Él estaba en Helsinki, muriéndose o ya muerto, y no obstante me daba la impresión de que vivía dentro de mi máquina y que podía salir de ella en cualquier momento para violarme. Trataba de mantener la cordura hablando en voz alta: Escúchame bien, bastardo, después de la boda ya no viví un solo momento de felicidad contigo, solo cubrías tus pecados y te protegía, pero se acabó. Escribía impulsada por sentimientos controlados de ira, venganza y agresión, o por mi instinto, como un reno salvaje, como si hubiera sido otra persona, me hubiera apartado a mí misma mientras escribía y hubiera empezado a vengarme, a rebanar cabezas

con una espada afilada. Me acerqué mucho a la esencia de las cosas y bebía de la fuente de la verdad, si bien es cierto que censuré los peores momentos. Eran tales verdades que nadie las habría creído.

Guardar silencio sobre nuestra unión habría sido un pecado y un crimen. Callar hace que la comida no baje y, si baja, en lugar de permanecer en el estómago sale inmediatamente, por un extremo u otro. El silencio te mata desde dentro. A lo largo de la historia humana, ha habido quienes hablaron y quienes no lo hicieron porque la vergüenza les impidió hacerlo. Pensemos por ejemplo en Eva Braun, quien nunca abrió oficialmente la boca, se limitaba a sonreír detrás de la cortina de una ventana. O en la sobrina del Führer, víctima de su sadismo. Abrió la boca y tuvo que suicidarse.

Sin el coraje que me aportó Tuomas, también yo habría permanecido en silencio y sufrido aún más por los dolorosos agujeros infectados en mi alma y mi cuerpo. Vertí todo el mal sobre el papel. Lo vomité todo, y sentí que hasta los dientes me habían salido volando. Pensaba que mi matrimonio con el Coronel había sido y seguiría siendo el centro de mi vida, que dejaría su impronta en mi existencia así en la tierra como en el cielo. Cada vez que un recuerdo del Coronel cruza por mi mente, me estremezco y me congelo al instante. Como si de repente ya no sintiera las piernas. Está todo tan profundamente arraigado en mí. Incluso ahora me duele la cabeza como si me clavaran una estaca y mi corazón da un vuelco.

Presentía que, suficientemente diluida, la historia de mi calvario con el Coronel se vendería y conseguiría dinero, del que a la continua andaba escasa. Mi máquina de escribir chirrió, el trabajo estaba listo. Mi editor me mimaba y el cajón de la cómoda rebosaba de billetes. Fuimos a admirar el sol a Canarias y a Sochi. Tomamos un taxi a Helsinki y nos instalamos unos días en el Hotel Tornio para beber y ponernos ciegos. Naturalmente, aceptaba todas las muestras de admiración y premios y hacía tintinear con un gesto seguro, como aprendí en los años treinta con Maila Talvio, la cristalería encarnada rusa regalo de Johan, el hermano del Coronel. Mi foto aparecía en la portada de todos los periódicos, me entrevistaban en la radio e incluso en la televisión, y charlaba con total libertad de mis asuntos y de los de los demás, llovían las invitaciones, cuando a una recepción del Ministerio de Cultura, cuando a las fiestas del gobernador civil. Me coronaban de gloria y eso era suficiente para mí. Las críticas literarias no me interesaban. Traté de imitar a Maila y organizar fiestas aquí en esta casa azul, pero el resultado fue más bien escaso. Los lapones no saben cómo divertirse. La comida se zampa y la bebida se pimpla a toda prisa, y luego adiós.

Algunos libros los escribí a gran velocidad y por lo tanto mal. Creía que la historia era más importante que la elección de las palabras. Al principio parecía una buena idea. Al fin y al cabo, los lectores adoran los libros que pueden devorar de principio a fin sin pensar en nada. No echan de menos los pensamientos profundos o perturbadores. Escribía lo que vendía y el cajón de la cómoda no paraba de sonar, pero luego ni siquiera tenía tiempo para inventar buenas historias y, como mi sentido estilístico es endeble y también tengo grandes lagunas en mi talento, las ventas bajaron. Empecé a escribir poemas. Eran mediocres porque les faltaba sentimiento y reflexión. Un buen número de mis trabajos son pura palabrería. No quería robar el precioso tiempo de los lectores ni escribir nada que les hiciera pensar y aumentara su sufrimiento. Solo las historias que evocan los grandes espacios salvajes del norte son una excepción, esas las redacté con sensibilidad, aunque las novelas constituían mi sustento.

A veces el alcohol causaba que mi vida y la de Tuomas se hundiera en la pobreza y a nuestro alrededor se tejía la cortina de encaje de la destrucción. No discutíamos, aunque estuviéramos borrachos. Él no era pendenciero. Le encantaba pescar, igual que al Coronel. Pescábamos, recogíamos bayas y setas, y cuando íbamos a Helsinki por mis libros, Tuomas caminaba en silencio

detrás de mí o a mi lado, y entrelazábamos nuestros meñiques.

Me gustaría recordar las fuentes de mí misma,

encontrar mis primeros motivos de alegría, mis penas, la magia del primer amor infantil

y los juegos en los que fui maestra, un geranio, una locomotora, un puente

o una pequeña oruga.

Esta mañana cayó aguanieve. Me las arreglé para salir a la fuerza de mi cama y arrastrarme hasta el armario de luna. En el espejo, un monstruo con ojos vitrificados por el alcohol, una barriga de grasa y un cuerpo decrepito me devolvió la mirada. Pensé, quizá soy yo, dónde está la bella y viva yo que era antes. Me observé durante un buen rato y luego me sentí mejor. No me avergüenzo de mí misma. Llevo con orgullo el viejo cuerpo moribundo de mujer. Oxidarse es una ley que el ciclo vital y la naturaleza le han conferido a la cadena de criaturas humanas. El Coronel odiaba envejecer porque temía que su deseo se evaporara y no se le levantara la polla. Aparté al Coronel de mi mente y preparé café. Era una tarea tan lenta que me llevó una hora, si no dos. Miré por la ventana a la hembra de reno que solía caminar en solitario al borde del bosque. La saludé con la mano y ella asintió con la cabeza. En tiempos antiguos, la gente pensaba que los animales eran superiores a nosotros porque percibían cosas de las que no sabíamos nada. Eso me consuela. Yo también tengo una personalidad tan vasta y tan ramificada que con quien mejor estoy es en mi propia compañía. Soy, para mí, la infinita ciénaga de grullas de Talasjäykkä, la orilla arenosa del lago Jerisjärvi o un pantano inexplorado, húmedo y exuberante. A veces soy tan tentadora como un césped o un huerto calentado por el sol, a veces tan dulce como la cebada madura. Me interesa tanto todo lo que existe en mí que el resto no me importa. El resto de la gente y sus pequeñas vidas me parecen anodinas en comparación con mi rica vida interior que la edad no hace sino aumentar. En lugar de personas inútiles, tengo personajes de novela a los que doy vueltas de un lado a otro. Y además tengo a mis gatos y mis perros. Son fáciles de entender, los humanos son mucho más complicados. No hablan sobre sí mismos y siempre escuchan con interés lo que estoy diciendo. Tengo ahí una ventana junto a la que escribo y por la que el universo me mira, mientras que desde mi lado yo observo ese patio que en verano es una jungla y en invierno, un campo de nieve immaculada. A lo largo de los años la ventana se ha ido hundiendo hasta casi el suelo y frente a ella florecen adelfillas tan hermosas y lozanas como yo. Oscilan en pleno verano al compás del buen tiempo por todo el jardín de múltiples colores como un corazón: violeta, blanco deslumbrante, amarillo y rojo anilina. Es mi compañera la luz del norte, así como los listones del piso de la habitación, que chirrían cuando los pisan los gatos y los perros. A la intemperie miro el cielo hacia el horizonte y me escoltan bandadas de pájaros, nubes y viento. Dejo las puertas siempre abiertas. Que entre quien quiera.

Ayer, el reno hembra trotaba detrás del cobertizo y Tuomas apareció por esa puerta. Primero saludó a todos los animales, lo que le llevó un tiempo. Luego vino a mí, me miró a los ojos y dijo: Estás estupenda. Comparado conmigo, es lento y perezoso, pero no me importa. Ya tuve suficientes prisas e idas y venidas durante la época del Coronel. Junto a Tuomas, lo que más he disfrutado es poder estar sin hacer nada.

Antes de casarnos, le dije, piénsalo bien, porque tengo el coño cansado y soy demasiado vieja para darte hijos. Y Tuomas, que a él no le importan los niños. Veinte años después me viene con que quiere dejar una huella en este mundo, engendrar al menos un descendiente. Ya estamos, dije. De acuerdo, añadí de inmediato, a pesar de que mi corazón estaba roto. Un instante estuve en el suelo, pero luego me levanté. Me dije que si dejaba que Tuomas se ocupara solo del asunto del niño, de aquello no saldría nada. Busqué durante un tiempo y encontré en los anuncios clasificados del periódico a una chica que parecía adecuada. La conocí en el café de la estación de autobuses de Kemi antes de llevársela a Tuomas. Tenía el pelo negro, ojos negros como yo, mis mismas medidas de juventud y, además, habíamos nacido el mismo día del mismo mes. Le pregunté su edad, ella dijo que tenía diecisiete años y era virgen. Papá era veintiocho años mayor que mamá, el Coronel me llevaba la misma edad, yo era veintiocho años mayor que Tuomas, que tenía diecisiete años cuando nos casamos. Todo se repetía, solo cambiaban los roles. Nos entendimos bien charlando y se vino

conmigo. Al principio Tuomas protestó, que ella era solo una niña y que él debería enseñarle todo. Yo le dije que la juventud era mejor que la vejez y eso le tranquilizó.

Les hice prometer a los amantes que sería la madrina de todos sus críos. Entonces nos divorciamos, él se casó con la niña y cada año nació un nuevo bebé. Esta cadena de chiquillos no ha cambiado el vínculo que nos une. Tuomas viene a verme cada día. Está unido a mí y se adhiere a mi carne, aunque vivamos en planetas diferentes.

Antes de que Tuomas se marchara oficialmente de mi lado, atravesamos el gran bosque inhabitado cogidos de la mano hacia nuestro pantano de la felicidad. Fue a mediados de septiembre de 1980, justo antes de la puesta de sol, estábamos de pie en ese lugar familiar donde se unen el agua y la tierra, al borde del pantano, y levantamos la vista hacia el cielo del oeste. El sol se ponía y teñía la bóveda celeste de amarillo azufre y el mar de turberas de amarillo rojizo, como antes de que caiga una noche helada. Los mirlos trinaban en las ramas de los árboles muertos, los zampullines y las serretas chicas se zambullían bajo las tembladeras de turba, y una pareja de grullas agitaban sus largas patas en medio del pantano. No dijimos nada, solo nos quitamos la ropa sobre la piedra familiar, vadeamos las matas cual árabes del desierto y nos bañamos en el ojo del pantano que a lo largo de los años nos había sido tan querido. Allí, en el cálido seno de cieno, lodo y fango contemplamos ascender la bruma y ocultar las líneas regulares del paisaje. Lo cubría todo y nos encontrábamos en el centro del infinito. Solo nosotros dos. Todo estaba allí. Melancolía, tristeza, alegría y el inicio de algo nuevo. En el regazo de la helada nocturna caminamos de vuelta a casa y Tuomas continuó su viaje en solitario para reunirse con la niña. Nuestro divorcio oficial entró en vigor un año más tarde; aunque ellos vivían allí y yo aquí, Tuomas y yo siempre hemos sido uno. Los niños que ha engendrado corretean a menudo por el jardín o juegan dentro. No tengo fuerzas para escuchar sus gritos durante mucho tiempo y Tuomas se los lleva. Cuando la casa se calla y de la algarabía de los chiquillos no queda más que un aroma fresco, mis propios recuerdos de infancia me asaltan en forma de objetos. Recuerdo el gran cucharón en el fregadero de la casa de la abuela, las rosas amarillas del plato de la mantequilla, el encaje gitano blanco del almohadón, la bolsa de la compra marroquí de mi madre, hecha de piel de camello, con una caravana impresa cruzando el desierto.

Mi primer recuerdo está relacionado con el huerto de mamá, del que se ocupaba sobre todo la criada, Olga. Debía de tener yo dos años cuando ella salió en un caluroso día de verano a desbrozar las hileras de zanahorias. Zafándome de la mirada de Rebekka, salí de la casa y me tambaleé hasta el borde del hortal para observar a Olga y el mundo. El huerto rebosaba de todo tipo de plantas, se superponían, se entrelazaban, se sofocaban mutuamente, trepaban por la pared de la sauna y saltaban sobre su techo, sobrepasaban la cerca, cruzaban el camino de tierra y se extendían hacia la puerta de la lavandería de la cuadra. Me acosté bajo una grosella y hurgué en el suelo. Encontré allí escarabajos sanjuaneros, estercoleros y coleópteros que me guardé en el bolsillo del vestido. Me quedé dormida con el calmoso zumbido de las moscas. Mi hermana me contó más tarde que ambas me habían estado buscando durante horas. Habían corrido hasta el lago e incluso al río, pero nada. Por supuesto, estaban aterradas, pero no se habían atrevido a confesarle a mamá que me había escapado. Finalmente, Olga me encontró debajo del arbusto y discretamente me llevó a la casa.

Mi segundo recuerdo está relacionado con sentir entre las piernas un palo que me desgarraba en dos. En ese recuerdo hay un hombre que ve un objeto de deseo en un inocente esbozo de mujer. El hombre guiado por su polla tumba a la fuerza a la niña, que se abandona instintivamente, y luego apresa y hasta destruye por completo la sexualidad de la pequeña. Todo esto no empezó a abrirse

gradualmente en mí hasta finales de los años cincuenta, en aquel manicomio, cuando conversaba con aquella otra loca, Hilikka. Primero comprendí que si no hablaba de algo ocurrido, no existía, y que solo se haría realidad si lo vestía con palabras. Me vino a la memoria que, a pesar de la prohibición de papá, corro en secreto hacia el edificio de la Guarida de Fronteras, doy vueltas por toda la casa, no se ve a nadie, voy al cuarto de atrás y allí está el Coronel sentado a su escritorio y frente a él, encima del escritorio, está de pie la hija de los vecinos, Inkeri, con su delantal de cuadros levantado hasta las orejas y tres dedos del Coronel en sus bragas. Lo veo todo, giro sobre mis talones y salgo corriendo.

Hilikka me escuchó y al final preguntó, ¿alguna vez pensaste que esa Inkeri en realidad eras tú?

Y al principio, yo, pero qué dices, sin embargo me quedé dándole vueltas.

En el vecindario no había ninguna Inkeri.

Lo único que me preocupa ahora es tener

suficiente leña para el invierno.

En esta cabaña azul estoy tan segura como en el vientre de un lucio. Mi alma ha encontrado la paz. Me gusta llorar sin motivo alguno. Purifica.

Cuando nos instalamos aquí Tuomas y yo, esta casucha estaba medio devorada por la tierra, e incluso sus esquinas estaban retorcidas. Desde el margen del terreno se extiende un lago de aguas claras, oblongo, poco profundo y festín de peces desde la última glaciación, mi despensa. Los ojos se me llenan de lágrimas cuando salgo al jardín y miro las extensas tierras salvajes y los bosques vírgenes de las orillas distantes, grandes páramos que se extienden alrededor del lago y las colinas que se elevan hacia el cielo cual cúpulas de templos. Pienso en las generaciones pasadas que lucharon para salir adelante en estas tierras apartadas. Habitaban el paraíso bíblico. Tenían comida y el fuego les brindaba calor. En las noches estrelladas claras, contemplaban el mismo espectáculo cósmico que yo, escuchaban idéntico silencio de los campos estelares y temían la palidez mortal de un cuarto de luna macilento en el corazón del invierno. Algunas veces, en mis narinas flota el olor a las espigas mecidas por el viento, a veces el aroma de la hierba timotea en las praderas, a veces el olor lleno de vida de un exuberante patatal en flor. Ahí, detrás de la casa, comienza un bosque y allí está el maravilloso Mustaoja, cuyas piedrecillas son de color cobre y su agua fluye como el oro. También hay un manantial curativo, una ciénaga de grullas y un lecho de frágiles bordes. Esos páramos han visto muchos miles de millones de amaneceres y aún verán otros tantos más si los humanos dejan el planeta en paz.

He vivido alguno de los últimos años una vida tan tranquila y sin fuelle que siento que ni siquiera existo. Mi viaje interior no hace más que aumentar. Esa sensación de desvanecerse es terrible y maravillosa al mismo tiempo. Si se añade la angustia y el dolor de ser testigo de cómo el ser humano trata la tierra, el aire y el agua, en otras palabras, la naturaleza de Laponia que ha dado origen a todos mis libros, me oprime el pecho, el corazón me arde y siento que me ahogo en la mierda del mundo. Ante esos repentinos ataques de desesperanza, tomo un trago, dos o vacío la botella y abro una nueva. Me medico con alcohol. Nunca me traiciona. Se mantiene como mi apoyo y seguridad, pero mientras escriba no voy a volverme alcohólica. El libro grita desde la máquina de escribir, cierra el corcho y a trabajar, y yo obedezco.

Cada mañana espero a Tuomas. Cuando oigo sus pasos en los escalones, mi alma se calienta y el corazón brama de contento. Él enciende la estufa, trae un poco más de leña, me prepara unas gachas y conversamos.

Perdono al Coronel su individualismo, su violencia y su presunción, su ateísmo, su ambición, su bipolaridad, su traición, su falsedad, su desprecio por los compromisos morales, su riqueza, su generosidad, su avaricia, su admiración por el hombre del Renacimiento y su lascivia. La humillación, las patadas, los azotes puedo perdonarlos fácilmente, si es necesario, al igual que su tortura psicológica que acabó llevándome al manicomio, pero nunca jamás le perdonaré por expulsar de mi vientre a golpes a nuestro hijo sobre el suelo del porche. Esto no puedo ni debo perdonarlo.

Ya no quiero pensar ni recordar al Coronel. Estoy tan aburrida de este tema, quiero centrarme solo en mí misma. El Coronel no confiaba en nadie. Solía decir que lo peor de su vida eran los demás. No amaba a nadie, lo guiaba su polla, que no lo dejaba ni un segundo en paz. Era un espíritu renacentista en el sentido de que adoraba la literatura y las artes, la inteligencia y la erudición. A veces solo se alimentaba de gachas durante semanas a las que añadía carne enlatada o mordisqueaba papas crudas con una pizca de sal. Le gustaba correr de un extremo al otro. En esto tenía alma esclava, incluso si odiaba a los rusos. Odiaba esa parte rusa en su interior, igual que el Führer odiaba su parte de judaísmo. Wallenius me dijo una vez que el Coronel era un cobarde, que en el último momento no se atrevía y por eso fanfarroneaba y golpeaba a sus subordinados y a los más débiles a la mínima oportunidad. Si era necesario, compraba a los mismos que humillaba. Y yo, pobre niña, adoraba y veneraba a este hombre, a pesar de la edad que socavaba su vitalidad y detenía su flujo, que ya no brotaba a chorros como una fuente feliz. Tenía que chupar su flácida polla sin ningún resultado. En el fondo, él carecía de deseos. Vivía solo como un animal.

Actuaba llevado por sus impulsos, cazaba e idolatraba a la hembra hasta que conseguía guiarla a su trampa y luego empezaba el tiempo de tortura y humillación. Me consuela que este frío cielo azul del invierno lo perdona todo, y ese invierno no se extiende más allá de finales de abril; hasta entonces la helada mantiene congelado todo lo vivo, la ventisca barre los botes, los cobertizos, las leñeras y saunas, tal y como ha dispuesto el Gran Espíritu. Luego llega la brisa primaveral del sur que resquebraja los hielos y los comprime en grandes montones y surge una nueva vida. Así es como la eternidad creó el mundo, que los opuestos forman un todo, como el chucrut y las salchichas, el té y la mermelada de frambuesas o la miel y muchas otras cosas.

El día de la muerte del Coronel, estaba recogiendo arándanos detrás del henil y de repente sentí como si me sacaran un cuchillo del coño y que el terrible dolor dentro de mí y la contracción de mi cuerpo que me perseguía desde su primera paliza se alejaba volando ⁶.

⁶. Fin del texto en tornedaliano. [N. de la T.]

El crepúsculo se desliza entre edificios, patios, senderos y pistas de esquí. Una brisa perezosa se arremolina en el lago hacia la orilla, porta consigo una pequeña brizna de hierba seca que ha atrapado en un rincón del embarcadero. Los aldeanos comienzan a despertarse lentamente del sueño al nuevo día. Alguien camina por el porche, mira el termómetro y siente el olor a brea. Evoca la inminente primavera, cuando los ventisqueros níveos comenzarán a derretirse, las pequeñas corrientes fluirán bajo el manto de nieve, la tierra despertará y la nueva vida se originará para morir nuevamente en el frío helado del invierno.

La Coronela siente en su nariz el olor de los troncos derretidos durante la noche frente a la estufa. Se incorpora con gran fatiga y se sienta al borde de la cama. Está encorvada como si cargara un pesado saco a la espalda. Sus ojos están cerrados, agacha la cabeza y jadea. Flota en la penumbra intangible.

Después de un momento sentada, se deja caer de nuevo sobre el colchón. El fuego de la chimenea se ha apagado, los rescoldos se desvanecen, el calor se escapa por los huecos de los troncos y los tablones del suelo.

Esta es la cuarta vida de la Coronela. Primero fueron los días cotidianos y festivos en su hogar de la infancia en una ciudad del norte, luego los años bajo el yugo del viejo Coronel, luego la vida compartida con el joven Tuomas en esa casa.

Ahora está en el tramo final de su existencia.

Un hilillo de sangre roja fluye de la comisura de sus labios sobre el cojín de piel de reno. Sobre la mesa hay dos percas ahumadas que ha traído Tuomas. En la despensa del zaguán aguarda una cesta con una brema que él ha salado. Planea calentar el gran horno de pan en los próximos días y asar a la parrilla el pescado.

En la habitación flotan unos copos de nieve.

Gracias a

Annikki Kariniemi-Willamo-Heikanmaa y Anita Seppä, Jonni Aromaa, Jorma Ylävaara, Kirsti Lonka, Mika Kukkonen, Riikka Ala-Harja,
Ulla Kautto, Pasi Lampela y Harri Haanpää

Título original: *Överstinnan*

Edición en formato digital: 2020



Esta obra ha sido publicada con la ayuda de una subvención para la traducción de FILI-Finnish Literature Exchange

© 2017, Rosa Liksom. Published by arrangement with Hedlund Literary Agency through Casanovas & Lynch Literary Agency S.L.

© de la traducción: Luisa Gutiérrez Ruiz, 2020

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-1362-044-23

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es

Contenido

[La mujer del Coronel](#)
[Créditos](#)